

# **NUESTRA SEÑORA DE LAS TINIEBLAS**



**Fritz Leiber**



**Fritz Leiber**

Título original: Our Lady of Darkness

Traducción de Rafael Marín Trechera

© 1977 by Fritz Leiber

© 1978 Editorial Martínez-Roca

Gran Vía 774 - Barcelona

I.S.B.N: 84-270-1695-6

Edición digital: Conde Vargas

R6 11/02

## Prólogo

Pero la tercera Hermana, que es también la más joven... ¡Cuidado! ¡Susurrad cuando habléis de ella! Su reino no es grande, o de lo contrario no habría nada con vida, pero dentro de ese reino todo el poder es suyo. Su cabeza, enorme como la de Cibeles, se alza más allá del alcance de la vista. Nunca baja la mirada, y sus ojos, al elevarse tanto, puede que queden ocultos por la distancia.

Pero, siendo lo que son, no pueden ocultarse. Puede leerse desde el suelo, a través del tenue velo negro que lleva, la fiera luz de una ardiente miseria, que no descansa mañana ni tarde, ni a mediodía o a medianoche, ni en la pleamar o la bajamar. Ella es la que desafía a Dios. Es también la madre de las locuras, y la que induce a los suicidas. Las raíces de su poder son profundas, pero la nación que gobierna es pequeña. Pues sólo puede acercarse a aquellos en los que una naturaleza profunda ha sido soliviantada por convulsiones centrales, aquellos en quienes el corazón tiembla y el cerebro se mece bajo conspiraciones de tempestades interiores y tempestades exteriores. La Madonna se mueve con pasos inseguros, rápidos o lentos, pero siempre con trágica gracia. Nuestra Señora de los Suspiros se arrastra tímida y furtivamente. Pero esta Hermana más joven se mueve con gestos incalculables, rebotando, y con saltos de tigre. No lleva ninguna llave, pues aunque aparece rara vez entre los hombres, derriba todas las puertas en las que se le permite entrar. Y su nombre es Mater Tenebrarum, Nuestra Señora de las Tinieblas.

Thomas De Quincy  
«Levana and Our Three Ladies of Sorrow»  
Suspiria de Profundis

## 1

La colina empinada y solitaria llamada Corona Heights era negra como la noche y muy silenciosa, como el corazón de lo desconocido. Se alzaba contra las nerviosas y brillantes luces del centro de San Francisco como si fuera una gran bestia nocturna que escrutara su territorio en paciente búsqueda de su presa.

La pálida luna se había puesto, y las estrellas en el negro cielo brillaban todavía afiladas como un diamante. Al oeste se extendía un banco de niebla. Pero al este, más allá del centro comercial de la ciudad y la bahía cubierta de niebla, asomaba la estrecha y fantasmal franja de las primeras luces del amanecer, recortada contra las cimas de las colinas bajas situadas tras Berkeley, Oakland y Alameda y el lejano Monte del Diablo.

A cada lado de Corona Heights las luces de las calles y las casas de San Francisco, más débiles al final de la noche, la bañaban con aprensión, como si fuera realmente un animal peligroso. Pero en la colina en sí no había ni una sola luz. Desde abajo, a un observador le habría resultado imposible distinguir su contorno irregular y las extrañas grietas que coronaban su cima (que incluso las gaviotas evitaban) y salpicaban acá y allá sus faldas peladas y yermas, visitadas de vez en cuando por la niebla, pero carentes de las caricias de la lluvia desde hacía meses.

Algún día la colina tal vez sea arrasada con excavadoras, cuando la avaricia sea aún mayor que hoy y el respeto a la naturaleza primordial sea aún menor, pero ahora todavía podía producir terror y pánico.

Demasiado salvaje y seria para ser un parque, había sido inadecuadamente diseñada como patio de recreo. Ciertamente, había algunos campos de tenis y limitadas zonas de hierba

y edificios bajos y pequeños grupos de pinos en su base, pero aparte de eso, la colina se alzaba escarpada, desnuda y desdeñosamente solitaria.

Y ahora algo parecía agitarse en la oscuridad (era difícil decir qué). Tal vez uno o varios de los perros salvajes de la ciudad, sin hogar durante generaciones, capaces de hacerse pasar por mansos (en una gran ciudad, cuando se ve a un perro que va a lo suyo, sin amenazar a nadie, sin adular a nadie, comportándose de hecho como un buen ciudadano con trabajo que hacer y sin tiempo para tonterías, y si ese perro carece de chapa o collar, entonces pueden estar seguros de que no tiene un dueño descuidado, sino que es salvaje, y está bien adaptado). Tal vez algún animal más salvaje y más secreto que no se había plegado al dominio del hombre, sino que vivía de forma casi invisible contra él. Tal vez, seguramente, un hombre (o mujer) tan hundido en el salvajismo o la psicosis que no necesitaba luz. O tal vez sólo el viento.

Y ahora el lazo de luz al este se volvía rojo oscuro, y todo el cielo se iluminaba de un extremo a otro, las estrellas desaparecían y Corona Heights empezaba a mostrar su superficie seca, hirsuta, marrón claro.

Sin embargo, perduraba la impresión de que la colina estaba inquieta, pues por fin había decidido cuál sería su víctima.

## 2

Dos horas más tarde, Franz Westen contemplaba a través de su ventana la torre de televisión de trescientos metros de altura que se alzaba roja y blanca a la luz de la mañana, destacando sobre la bruma nevada que todavía enmascaraba a Sutro Crest y Twin Peaks, situadas a cinco kilómetros de distancia, y contra la que se recortaba Corona Heights, encogida y marrón. La torre de televisión (podríamos llamarla la Eiffel de San Francisco) era ancha de hombros, estrecha de cintura, y con piernas largas como una mujer hermosa y estilizado... o una semidiosa. Mediaba entre Franz y el universo, igual que se supone que el hombre media entre los átomos y las estrellas. Contemplarla, admirarla, casi reverenciarla, era su saludo de cada mañana al universo, su afirmación de que estaban en contacto, antes de hacer el café y volver a meterse en la cama con una carpeta y una pluma para cumplir el trabajo diario de escribir historias de horror sobrenatural y especialmente (su pan y su sal), novelizar el programa de televisión Profundidades Extrañas, para que los televidentes pudieran también leer, si así lo querían, la mezcla de brujería, Watergate y amores no correspondidos que veían en casa. Un año antes Franz habría estado reflexionando sobre sus desgracias a esta hora de la mañana, preguntándose cuál sería la primera copa del día, si ya la había tomado o si había acabado con todo el alcohol disponible la noche anterior, pero eso quedaba ya en el pasado, y era otra cuestión.

Leves sirenas de niebla se avisaban unas a otras en la distancia. La mente de Franz corrió brevemente cuatro kilómetros más allá, donde la niebla debía de estar cubriendo la bahía de San Francisco, a excepción de las cuatro cimas que abarcaban el primer tramo del puente hasta Oakland. Bajo aquella superficie de aspecto helado habría filas de coches impacientes, la charla de los barcos, y procedente de debajo del agua y el fondo fangoso, pero oído por los pescadores en sus barquitos, el extraño rugido del TRAB (Tren Rápido del Área de la Bahía), que atravesaba las vías subterráneas mientras llevaba a sus trabajos al principal contingente de obreros.

Danzando en el aire llegaban las notas dulces y alegres de un minueto de Telemann que Cal tocaba a la flauta dos pisos más abajo. Franz se dijo que Cal tocaba para él, aunque tenía veinte años más que ella. Miró el retrato al óleo de Daisy, su esposa muerta, junto a un dibujo de la torre de televisión realizado con líneas negras como telarañas en

cartulina roja fluorescente, y no sintió ninguna culpa. Tres años de pena de borracho (todo un récord) lo habían borrado todo, hasta que lo superó hacía un año.

Bajó la mirada hasta la cama del estudio, todavía a medio deshacer. En la mitad intacta, junto a la pared, había un pintoresco montón de revistas, ediciones en rústica de novelas de ciencia ficción, unas cuantas novelas de detectives en edición de tapa dura, todavía con su envoltorio de celofán, y media docena de brillantes libritos como Golden Guides (Guías Doradas) y Knowledge Through Color (El conocimiento a través del color), su lectura recreativa, opuesta a su material de trabajo y de referencia, que le esperaba sobre la mesita de café junto a la cama. Habían sido su compañía principal, y casi la única, durante los tres años que había permanecido borracho contemplando estúpidamente la tele.

Pero siempre las había ojeado y hasta estudiaba sus brillantes páginas de vez en cuando. Apenas un mes antes se le ocurrió que su alegre disposición casual componía una mujer esbelta y descuidada tendida junto a él sobre la colcha: por eso nunca ponía las revistas en el suelo, por eso se contentaba con la mitad de la cama, por eso las disponía inconscientemente en forma de mujer con piernas largas, larguísimas. Decidió que eran la «amante del erudito», sobre la analogía de «amante holandesa» ese almohadón largo y flexible al que se agarran los durmientes en los países tropicales para que capture el sudor, una compañera secreta, una call girl atrevida pero estudiosa, una hermana delgada e incestuosa, eterna camarada de su trabajo de escritor.

Con una mirada afectuosa hacia el óleo de su esposa muerta y un cálido pensamiento dirigido a Cal, que enviaba al aire la pirueta de sus notas, se volvió con una sonrisa conspiradora a la forma cubista que ocupaba todo el interior de la cama.

—No te preocupes, querida, siempre serás mi chica favorita, aunque tendremos que mantenerlo en secreto —susurró, y se volvió hacia la ventana.

Fue la torre de televisión, alzándose de aquella forma tan moderna sobre Sutro Crest, con sus tres largas patas hundidas en la niebla, lo que le hizo volver a conectar con la realidad después de su larga escapada en un sueño de borracho. Al principio, la torre le pareció increíblemente chillona y de mal gusto, una intrusión peor que los rascacielos en la que antaño fuera la más romántica de las ciudades, una obscena encarnadura del mundo vocinglero de ventas y anuncios, e incluso, con sus grandes miembros rojos y blancos recortados contra el cielo azul (como ahora, por encima de la niebla), una versión de la bandera americana en sus peores aspectos: franjas rojas como el anuncio de una barbería, gruesas estrellas en fila. Pero luego empezó a impresionarle contra su voluntad con sus luces rojas parpadeantes por la noche (¡eran tantas!; había contado diecinueve, trece firmes y seis intermitentes), y luego sutilmente le hizo interesarse en las otras distancias en el paisaje de la ciudad y también en las estrellas de verdad, y en la luna las noches que tenía suerte, hasta que volvió, a interesarse apasionadamente por todas las cosas reales, no importaba cuáles fueran. Y el proceso no se detuvo: todavía continuaba en marcha. Hasta que Saul se lo dijo el otro día:

—No sé si está bien aficionarse a cada nueva realidad. Podrías acabar con una costumbre muy mala.

—Eso es todo un consejo, viniendo de un tipo que es enfermero en un hospital psiquiátrico —dijo Gunnar.

—Desde luego —respondió Franz inmediatamente—. Campos de concentración. Gérmenes.

—No me refiero exactamente a esas cosas —dijo Saul—. Supongo que estoy hablando de las cosas que se encuentran algunos de mis pacientes en el hospital.

—Pero todo eso no serían más que alucinaciones, proyecciones, arquetipos y todo eso, ¿no? —observó Franz, un poco asombrado—. Parte de la realidad interna, desde luego.

—A veces no estoy tan seguro —dijo Saul lentamente—. ¿Quién va a saber qué pasa si un loco dice que ha visto a un fantasma? ¿Realidad interior o exterior? ¿Quién puede

diferenciarlas? ¿Qué dices, Gunnar, cuando uno de tus ordenadores empieza a dar datos que no debería dar?

—Eso es que se ha calentado demasiado —contestó Gun con convicción—. Recuerda, mis ordenadores son gente normal, no pirados y psicóticos como tus pacientes.

—Normalidad, ¿qué es eso? —replicó Saul.

Franz sonrió a sus dos amigos, que ocupaban dos apartamentos en el piso situado entre el suyo y el de Cal. Ella también sonrió, aunque no mucho.

Ahora Franz volvió a mirar por la ventana. El hueco de seis pisos de altura pasaba por delante de la ventana de Cal, un estrecho pozo entre este edificio y el siguiente, cuyo tejado plano casi estaba al nivel de su planta. Más allá, enmarcando su vista del otro lado, se hallaban las paredes blancas de hueso y manchadas de negro por la lluvia, casi sin ventanas, de dos altos edificios que subían y subían.

Había una rendija bastante estrecha entre ellos, pero Franz podía ver toda la realidad que necesitaba para mantenerse en contacto. Y si quería más siempre podía subir los dos pisos que le separaban del tejado, cosa que hacía últimamente con frecuencia, de día o de noche.

Desde este edificio en la parte inferior de Nob Hill el mar de tejados bajaba y bajaba, y luego volvía a subir, haciéndose cada vez más pequeño en la distancia, hasta el banco de niebla que ahora cubría la pendiente verde oscura de Sutro Crést y el pie de la torre de televisión. Pero a media distancia una forma parecida a una bestia agazapada, marrón claro a la luz de la mañana, se alzaba de entre el mar de tejados. El mapa decía que era Corona Heights, y hacía semanas que sacudía la curiosidad de Franz. Ahora enfocó sus pequeños binoculares Nikon sobre sus pendientes de tierra pelada y su encorvado relieve, que destacaban claramente contra la niebla blanca. Se preguntó por qué no habrían construido allí. Las grandes ciudades, desde luego, tienen extrañas intrusiones en ellas. Ésta era como un burdo resto del terremoto de 1906, se dijo, sonriendo ante aquella fantasía tan poco científica. Se preguntó, mientras hacía girar un poco más el pequeño disco de los binoculares, si se llamaría Corona Heights por la corona de rocas irregulares que tenía en la cima, y éstas se recortaron momentáneamente contra la niebla.

Una roca marrón y pequeña se distinguió de las demás y le saludó. ¡Maldita fuera la forma en que las lentes se agitaban con sus latidos! Una persona que esperara ver imágenes claras con ellas no usaba binoculares. ¿O podía ser algo que flotaba en su visión, una mota microscópica en el fluido del ojo? ¡No, allí estaba de nuevo! Tal como pensaba, era una persona con una gabardina o un gabán largo que se movía como si estuviera bailando. No se podían ver figuras humanas con detalle a tres kilómetros de distancia, ni siquiera con siete puntos de ampliación. Sólo se conseguía una impresión general de movimiento y altura. Quedaban simplificados. Esta delgada figura de Corona Heights se movía con bastante rapidez, cierto, tal vez bailaba agitando los brazos, pero eso era todo lo que podía distinguirse.

Mientras bajaba los binoculares, Franz sonrió al pensar que algún hippie saludaba el sol de la mañana con brincos rituales en lo alto de una colina recién emergida de la niebla. Y sin duda también cantaba, desagradables gemidos como la sirena que ahora escuchaba en la distancia, esos que parecen frenéticos cuando se oyen de cerca. Probablemente alguien del manicomio de Haight-Ashbury, que se hallaba en aquella dirección. Un sacerdote drogado de una moderna deidad solar danzando alrededor de un Stonehenge accidental. Aquello le hizo dar un respingo al principio, pero ahora lo encontró muy divertido.

Sopló una repentina ráfaga de viento. ¿Debería cerrar la ventana? No, pues el aire volvió a quedarse quieto. Sólo había sido una extraña ráfaga.

Depositó los binoculares sobre la mesa junto a dos libros antiguos. El de arriba, encuadernado en gris sucio, estaba abierto por la primera página, la del título, cuyo tipo de letra utilitaria y sus grecas lo identificaban como perteneciente al siglo pasado, un

trabajo chapucero de un encuadernador chapucero que no tenía ningún deseo de hacer algo artístico: Megapolisomancy: A New Science of Cities (Megapolisomancia: Una nueva ciencia de las ciudades), por Thibaut de Castries. ¡Eso sí que era una extraña coincidencia! Se preguntó si un sacerdote loco y drogado vestido con una túnica color tierra (o una roca bailarina, qué más daba) habría sido considerado por el viejo pirado de Thibaut como uno de los «hechos secretos» que había predicho para las grandes ciudades en el libro solemne y lleno de inquina que había escrito en la década de 1890. Franz se dijo que tenía que seguir leyéndolo, y también el otro libro.

Pero no ahora mismo, se dijo de repente, mientras miraba la mesita de café donde reposaba, en lo alto de un gran sobre manila sellado ya y dirigido a su agente en Nueva York, el manuscrito de su última novelización: Profundidades extrañas 7: Torres de traición, todo preparado excepto un toque descriptivo final que tenía que comprobar; le gustaba que sus lectores no se sintieran defraudados, aunque esta serie era literatura de evasión de la peor, creatividad secundaria por su parte en el mejor de los casos.

Mas se dijo que esta vez enviaría la novelización sin el toque final y declararía el día festivo: empezaba a tener una idea de lo que quería hacer con él. Con sólo un destello de culpa ante la idea de estafar a sus lectores, se vistió y preparó una taza de café para llevarla al apartamento de Cal, y al pensarlo mejor llevó también los dos libros antiguos bajo el brazo (quería enseñárselos a ella), y se metió los binoculares en el bolsillo, por si se sentía tentado de volver a escrutar Corona Heights y su extraño dios de roca.

### 3

En el pasillo, Franz pasó ante la negra puerta sin pomo del trastero que jamás se utilizaba y la pequeña puerta con candado, donde había un conducto para la ropa sucia o un montaplatos (nadie recordaba qué), y la gran puerta dorada del ascensor, con la extraña ventanilla negra al lado, y bajó por la escalera alfombrada de rojo, que formaba tramos en ángulo recto de seis, tres y otros seis escalones alrededor del hueco oblongo situado bajo la sucia claraboya dos pisos más arriba. No se detuvo en la planta de Gun y Saul (la siguiente, la quinta), aunque miró a sus puertas, que estaban situadas una frente a la otra junto a la escalera, y siguió hasta el cuarto piso.

En cada rellano volvió a ver más extrañas ventanitas negras que no podían abrirse y unas cuantas puertas negras sin pomo. Era extraño cómo los viejos edificios tenían espacios secretos que no estaban realmente ocultos, aunque nadie los advertía. Al igual que los cinco conductos de aire de éste, cuyas ventanas habían sido pintadas de negro en algún momento para ocultar su suciedad, y los trasteros abandonados, que habían perdido su función con la muerte del servicio de limpieza barato, y en el zócalo las aberturas redondas de un sistema de calefacción que seguramente no había sido utilizado desde hacía décadas. Franz dudaba de que en todo el edificio hubiera alguien que los viera conscientemente, excepto él mismo, recién despertado a la realidad por la torre y todo lo demás. Hoy aquello le hizo pensar por un momento en los viejos tiempos, cuando este edificio fue posiblemente un hotelito con botones con cara de mono y doncellas que imaginó como bellas francesas de falda corta y risitas bajas (aunque era más probable, argumentó la razón, que fueran matronas de aspecto agrío). Llamó al 407.

Era uno de esos momentos en que Cal parecía una seria estudiante de diecisiete años, ligeramente envuelta en sueños, y no una mujer diez años mayor, su verdadera edad. Pelo negro y largo, ojos azules, una sonrisa tranquila. Se habían acostado juntos un par de veces, pero ahora no se besaron: habría sido presuntuoso por parte de Franz, ella no llegó a ofrecerse, y en cualquier caso él no estaba seguro de querer comprometerse. Cal le invitó al desayuno que estaba preparando. Aunque era un duplicado de su habitación, la de Cal parecía mucho más bonita, demasiado buena para el edificio. Ella la había

redecorado por completo con la ayuda de Gunnar y Saul. Pero no tenía vista al exterior. Había un atril de música junto a la ventana y un piano electrónico que constaba principalmente de teclado y caja negra y que tenía auriculares para practicar en silencio, así como altavoz.

—He bajado porque te escuché tocando a Telemann —dijo Franz.

—Tal vez lo hacía para llamarte —replicó Cal, casual, mientras se ocupaba de los platos y la tostadora—. Ya sabes, la música tiene magia.

—¿Estás pensando en La flauta mágica? —preguntó él—. Haces que la tuya lo parezca.

—Hay magia en todos los instrumentos de viento —le aseguró ella—. Parece que Mozart cambió el argumento de La flauta mágica en el último momento porque se parecía a una ópera rival, El fagot encantado.

El se echó a reír.

—Las notas musicales tienen al menos un poder sobrenatural —dijo—. Pueden levitar, volar en el aire. Naturalmente, las palabras también pueden hacerlo, pero no tan bien.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó ella por encima de su hombro.

—Por los dibujos animados y los cómics. Las palabras necesitan bocadillos para contenerlas, pero las notas salen volando del piano o de donde sea.

—Tienen esas alitas negras —dijo ella—. Al menos las octavas y las más cortas. Pero es cierto. La música puede volar... es una liberación, y tiene el poder de liberar otras cosas y hacerlas volar y danzar.

Él asintió.

—Ojalá liberaras las notas de este piano, y las dejaras bailar cuando practicas el clavicordio —dijo él, mirando al instrumento electrónico—, en vez de mantenerlas atrapadas dentro de los auriculares.

—Eres el único al que le gusta —le informó ella.

—Están Gun y Saul.

—Sus habitaciones no están en este lado. Además, tú también te cansarías de escalas y arpeggios.

—No estoy tan seguro. Pero tal vez las notas de clavicordio son demasiado tintineantes para crear magia.

—Odio esa palabra, pero sigues equivocado. Las notas tintineantes (¡ugh!)... también pueden crear magia. Recuerda las campanas de Papageno. Hay más de un tipo de magia en La flauta.

Desayunaron tostadas, zumo y huevos. Franz le habló a Cal de su decisión de enviar el manuscrito de Torres de traición tal como estaba.

—Así que mis lectores no averiguarán cómo suena una máquina destructora de documentos cuando funciona..., ¿qué diferencia habrá? Vi ese episodio en la tele, pero cuando el brujo satanista introdujo la runa, hicieron que saliera humo... lo que me pareció una estupidez.

—Me alegro de oírte decir eso. Pones demasiado esfuerzo en racionalizar ese tonto programa —dijo ella bruscamente, pero luego su expresión cambió—. Con todo, no sé. En parte es que siempre intentas hacerlo lo mejor posible, no importa el caso, lo que me hace considerarte un profesional —concluyó sonriendo.

Franz sintió otro leve retortijón de culpa, pero lo combatió con facilidad.

—Tengo una gran idea —dijo mientras ella le servía más café—. Vamos a Corona Heights. Creo que tiene que haber una gran vista del centro de la ciudad y de la bahía. Podíamos usar el Muni la mayor parte del camino, y no habría que escalar demasiado.

—Olvidas que tengo que practicar para el concierto de mañana por la noche, y que en cualquier caso no puedo arriesgar mis manos —dijo ella con un leve tono de reproche—. Pero no dejes que eso te detenga —añadió con una sonrisa que solicitaba su perdón—.



¿Por qué no se lo dices a Saul o Gun? Creo que hoy tienen el día libre. Gun es un gran escalador. ¿Dónde está Corona Heights?

Él se lo dijo, recordando que su interés en Frisco no era tan nuevo ni tan apasionado como el suyo: Franz tenía el celo de un converso.

—Eso debe de estar cerca del parque de Buena Vista —dijo ella—. No vayas por esa zona, por favor. Ha habido algunos asesinatos últimamente. Relacionados con drogas. El otro lado de Buena Vista da justo al Haight.

—No es ésa mi intención, aunque creo que te preocupas demasiado por el Haight. Se ha apaciguado mucho en los últimos años. Mira, encontré estos dos libros en una de sus fabulosas librerías de viejo.

—Oh, sí, ibas a enseñármelos —dijo ella.

Franz le tendió el que estaba abierto.

—Es el libro de pseudociencia más fascinante que he visto jamás..., contiene algunas reflexiones genuinas mezcladas con las paparruchas. No tiene fecha, pero calculo que se imprimió alrededor de 1900.

—«Megapolisomancia» —Cal pronunció con cuidado—. ¿Qué es eso? ¿Predecir el futuro... a partir de las ciudades?

—De las grandes ciudades.

—Oh, sí, las mega.

—El futuro y todo tipo de cosas —continuó él—. Y al parecer también hacer magia a partir de ese conocimiento. De Castries la llama «una nueva ciencia», como si fuera un segundo Galileo. De todos modos, ese De Castries se preocupa mucho por las «enormes cantidades» de acero y papel que se acumulan en las grandes ciudades. Y el combustible de carbón (queroseno), y el gas natural. Y también la electricidad, si puedes creerlo... calcula cuidadosamente cuánta electricidad hay en cuántos miles de kilómetros de cable, cuántas toneladas de gas iluminador en los tanques, cuánto acero en los nuevos rascacielos, cuánto papel para los archivos del gobierno y periódicos sensacionalistas y cosas así.

—Vaya, vaya —comentó Cal—. Me pregunto qué diría si viviera hoy.

—Sus predicciones directas quedarían revalidadas, sin duda. Especuló sobre la creciente amenaza de los automóviles y la gasolina, pero sobre todo por los coches eléctricos capaces de llevar cubos de electricidad directa en sus baterías. Llegó incluso a predecir nuestra actual preocupación por la contaminación: hasta habla de las «grandes acumulaciones de gigantescas tinas humeantes» del ácido sulfúrico necesario para manufacturar acero. Pero lo que más le preocupaba eran los efectos psicológicos o espirituales (los llama «paramentales») de todo ese material acumulándose en las ciudades, su pura masa líquida y sólida.

—Un auténtico protohippie —interrumpió Cal—. ¿Qué tipo de hombre era? ¿Dónde vivió? ¿Qué más hizo?

—En el libro no se hace la menor indicación a ninguna de esas cosas —le dijo Franz—, y nunca he encontrado otra referencia sobre él. En sus libros habla de Nueva Inglaterra y un poco del este de Canadá, y de Nueva York, pero sólo de forma general. También menciona París (estaba loco por la Torre Eiffel) y Francia unas cuantas veces. Y Egipto.

Cal asintió.

—¿De qué trata el otro libro?

—De algo bastante interesante —dijo Franz, tendiéndoselo—. Como puedes ver, no es un libro normal, sino un diario con páginas de papel de arroz, fino como una piel de cebolla pero más opaco, encuadernado en seda que era rosa de té, antes de ajarse. Las entradas, hechas con tinta violeta y a pluma, apenas ocupan una cuarta parte. El resto de las páginas están en blanco. Cuando compré los dos libros venían unidos por un trozo de cuerda. Parecía que hubieran estado juntos desde hacía décadas: todavía se pueden ver las marcas.

—Ajá —coincidió Cal—. ¿Empieza desde 1900 o así? Un diario encantador... me gustaría tener uno igual.

—Sí, ¿verdad? No, sólo desde 1928. Un par de entradas tienen fecha, y todas parecen haber sido hechas en el espacio de unas pocas semanas.

—¿Era poeta? —preguntó Cal—. Veo grupos de líneas interrumpidas. ¿De quién se trata? ¿Del viejo De Castries?

—No, no De Castries, aunque es alguien que leyó su libro y lo conocía. Pero sí creo que era un poeta. De hecho, me parece que he identificado al escritor, aunque no es fácil demostrarlo, puesto que no firma. Creo que era Clark Ashton Smith.

—He oído ese nombre antes.

—Probablemente me lo has oído a mí —le dijo Franz—. Fue un escritor de historias de horror sobrenatural. Material muy rico, muy denso, estilo mil y una noches. Un ambiente sepulcral. Vivió cerca de San Francisco y conoció a los artistas de] momento, visitó a George Sterling en Carmel, y es muy posible que estuviera en San Francisco en 1928, justo cuando empezó a escribir sus mejores historias. Le he dado una fotocopia de este diario a Jaime Donaldus Byers, que es una autoridad en Smith y vive en Beaver Street (que por cierto está al lado de Corona Heights, el mapa lo demuestra), y él se lo enseñó a De Camp (que piensa que se trata de Smith con toda seguridad), y a Roy Squires (que dice que no lo es). El propio Byers no puede decidir, dice que no hay pruebas de que Smith hiciera entonces un viaje largo a San Francisco, y aunque la letra parece de Smith, es más nerviosa que nunca.

Pero yo tengo motivos para pensar que Smith mantuvo el viaje en secreto y que hubo causas para que estuviera enormemente nervioso.

—Oh, vaya —dijo Cal—. Te has tomado muchas molestias. Pero comprendo por qué. Es très romantique, sólo el contacto de esta encuadernación en seda y el papel de arroz.

—Tenía un motivo especial —dijo Franz, bajando un poco la voz, de modo inconsciente—. Compré los libros hace cuatro años, antes de mudarme aquí, y leí mucho el diario. Quien lo escribió (yo sigo pensando que fue Smith), no para de mencionar la «visita a Tiberio en el 607 de Rhodes». De hecho, casi todo el diario es la narración de una serie de entrevistas. Ese «607 Rhodes» se me quedó en la cabeza, y cuando me puse a buscar un sitio barato para vivir y me mostraron la habitación...

Claro, es tu apartamento, el 607 —interrumpió Cal.

Franz asintió.

—Me pareció que era algo predestinado, o predispuesto de algún modo misterioso. Como si me hubiera puesto a buscar el «607 Rhodes» y lo hubiera encontrado. Tuve muchas misteriosas ideas de borracho en aquellos días, y no siempre sabía lo que hacía o dónde estaba... Por ejemplo, he olvidado el lugar exacto donde está la fabulosa tienda en la que compré esos libros, y su nombre, si es que tenía uno. De hecho, entonces me pasaba borracho la mayor parte del tiempo.

—Sí que lo estabas —recordó Cal—, aunque no molestabas. Saul, Gun y yo sentimos curiosidad y le preguntamos a Dorotea Luque y a Bonita —añadió, refiriéndose a la casera peruana y a su hija de trece años—. Incluso entonces no parecías un borracho típico. Dorotea dijo que escribías «ficción para asustar, sobre espectros y fantasmas de los muertos y las muertas» pero que pensaba que eras un caballero.

Franz se echó a reír.

—¡Qué expresión tan española! Con todo, apuesto a que nunca pensaste... —empezó a decir, y se detuvo.

—¿Que algún día me acostaría contigo? —terminó Cal por él—. No estés tan seguro. Siempre he tenido fantasías eróticas con hombres mayores. Pero dime... ¿cómo encaja tu cerebro confuso de entonces con lo de Rhodes?

—No encaja —confesó Franz—. Aunque sigo pensando que el escritor del diario tenía un lugar preciso en mente, además de la referencia obvia al exilio que Augusto impuso a

Tiberio en la isla de Rodas, donde el futuro emperador estudió oratoria junto con perversiones sexuales y algo de brujería. El escritor no dice siempre Tiberio, por cierto. A veces es Teobaldo y otras Tybalt, y en una ocasión Trásilo, que era el adivino y hechicero personal de Tiberio. Pero siempre aparece ese «607 Rhodes». Y una vez es Theudebaldo y otra Dietbold, y tres veces es Thibaut, que es lo que me hace estar seguro, además de todas las otras cosas, que Smith debió de visitar a De Castries casi a diario, para luego escribir sobre él.

—Franz, todo esto es fascinante, pero tengo que empezar a practicar. Tocar el clavicordio con un piano electrónico es ya bastante difícil, y el concierto de mañana por la noche no es cualquier cosa, es el Quinto Concierto de Brandeburgo.

—Lo sé, siento haberlo olvidado. Ha sido una desconsideración por mi parte, puro machismo... —empezó a decir Franz mientras se ponía en pie.

—Vamos, no te pongas trágico —dijo Cal alegremente—. He disfrutado cada minuto, de verdad, pero ahora tengo que trabajar. Toma, coge tu taza... y por el amor de Dios, llévate estos libros, o me pondré a hojearlos en vez de practicar. Alégrate, al menos no eres un cerdo machista: sólo te comiste una tostada.

Cuando él llegó con sus cosas hasta la puerta, Cal volvió a llamarle.

—Franz. Ten cuidado en Beaver y Buena Vista. Llévate a Gun o a Saul. Y recuerda...

En vez de decir nada, ella dio un beso al aire mientras lo miraba solemnemente a los ojos.

Franz sonrió, asintió dos veces, y salió sintiéndose feliz y excitado. Pero al cerrar la puerta tras él decidió que, fuera o no a Corona Heights, no pediría a ninguno de los dos hombres del piso de arriba que lo acompañasen. Era una cuestión de valor, o al menos de independencia. No, hoy sería su aventura. ¡Malditos torpedos! ¡Avante toda!

#### 4

El pasillo ante la puerta de Cal duplicaba todos los rasgos del de la planta de Franz: ventanita de ventilación pintada de negro, puerta sin pomos en el trastero sin usar, puerta dorada en el ascensor, y sistema de aspiración en el zócalo, una reliquia de los días en que el sótano contaba con un motor para el sistema de limpieza y la asistente sólo tenía que manejar una larga manguera y un cepillo. Pero antes de que Franz pasara por delante de ninguno de estos elementos, oyó en el interior una risa íntima y divertida que le hizo recordar la que había imaginado para las doncellas. Luego captó algunas palabras que no pudo diferenciar en la voz de un hombre: bajas, rápidas y jocosas. ¿Era Saul? Parecía venir de arriba. Entonces otra vez la risa femenina o juvenil, más fuerte y un poco explosiva, casi como si estuvieran haciendo cosquillas a alguien. A continuación un rumor de pasos bajando la escalera.

Franz las alcanzó justo a tiempo de ver, abajo y al otro lado del hueco de la escalera, la sombra de una figura desapareciendo en el último ángulo visible, apenas la sugestión de cabellos y ropas negras y delgadas muñecas y tobillos blancos, todo en rápido movimiento.

Se acercó al hueco y se asomó, asombrado al comprobar que los pisos sucesivos de debajo eran como la serie de reflejos que se ven cuando uno se interpone entre dos espejos. Los rápidos pasos continuaron su descenso en espiral por todo el camino, pero quien los daba se mantenía pegado a la pared y apartado de la barandilla, como impulsado por alguna fuerza centrífuga, así que no pudo ver nada.

Mientras continuaba asomado a aquel tubo largo y estrecho iluminado por la claraboya de arriba, todavía pensando en la ropa negra y en la risa, un recuerdo sombrío se alzó en su mente y por unos instantes lo poseyó por completo. Como si rehusara aparecer por entero, lo asió con la autoridad de un sueño muy desagradable o una mala borrachera. Se

encontraba de pie en un espacio oscuro, maloliente, claustrofómicamente estrecho. A través del tejido de sus pantalones sintió una mano pequeña colocada sobre sus genitales y oyó una risa baja y perversa. Rebuscó en su memoria y vio el óvalo espectral y sin rasgos de una cara pequeña y la risa se repitió, burlona. De algún modo, parecía que había tentáculos negros alrededor. Sintió el peso de una excitación enfermiza, culpa y miedo.

El oscuro recuerdo desapareció cuando Franz advirtió que la figura de la escalera tenía que ser Bonita Luque con el pijama negro y la bata y las zapatillas que había recibido de su madre y que ya le quedaban pequeñas, aunque a veces las usaba para corretear por el edificio cumpliendo los encargos matinales de su madre. Sonrió desdeñosamente ante la idea de que casi lamentaba (aunque no del todo) no estar ya borracho y poder así acariciar varias sucias pasiones.

Subió la escalera, pero se detuvo casi de inmediato cuando oyó las voces de Gun y Saul en el piso de arriba. No quería verlos ahora, al principio simplemente por reluctancia a compartir su estado de ánimo de hoy y sus planes con nadie que no fuera Cal, pero mientras escuchaba las voces claras y agudas sus motivos se volvieron más complicados.

—¿Qué pasaba? —preguntó Gun.

—La madre envió a la chica para comprobar si alguno de nosotros había perdido una radiocassette —respondió Saul—. Cree que la cleptómana del segundo piso tiene uno que no le pertenece.

—Esa expresión es muy elevada para una persona como la señora Luque.

—Oh, supongo que dijo «mangante». Le dije a la chica que no, que todavía conservaba el mío.

—¿Por qué no me consultó Bonita? —preguntó Gun.

—Porque le dije que no tenías radiocassette —contestó Saul—. ¿Qué pasa? ¿Te sientes abandonado?

—¡No!

Durante la conversación, la voz de Gun se fue haciendo cada vez más regañona, y la de Saul progresivamente más fría y más burlona. Franz había oído las especulaciones sobre el grado de homosexualidad en la relación de Gun y Saul, pero ésta era la primera vez que se lo preguntaba en serio. No, decididamente no quería interrumpir ahora.

—¿Que qué pasó entonces? —insistió Saul—. Demonios, Gun, sabes que siempre tonteo con Bonny.

—Sé que soy un europeo puritano, pero me gustaría saber hasta dónde va a llegar la liberación de los tabúes anglosajones con respecto al contacto corporal —la voz de Saul casi parecía imitada.

—Bueno, hasta donde los dos consideréis adecuado, supongo —replicó Saul, casi con tensión.

Se produjo el sonido de una puerta al ser cerrada deliberadamente. Se repitió. Luego, silencio. Franz suspiró aliviado, continuó subiendo con cuidado, y al llegar al rellano del quinto piso casi se encontró de cara con Gun, que esperaba delante de la puerta cerrada de su habitación, mirando a la de Saul. En el suelo, a su lado, había un alto objeto rectangular con un asa cromada, sobresaliendo de su cubierta gris.

Gunnar Nordgren era un hombre alto y esbelto, con cabello de color rubio ceniza, en fin, un vikingo refinado. Se movió y miró a Franz con vergüenza creciente, sensación que era pareja a la del propio Franz.

Bruscamente, la amabilidad habitual de Saul regresó a su rostro.

—Vaya, me alegro de verte. Hace un par de noches estuviste preguntando por máquinas destructoras de documentos. Aquí tengo una que he traído de la oficina.

Retiró la cubierta, revelando una alta caja azul y plata con una ancha boca en lo alto y un botón rojo. La boca desembocaba en una profunda bolsa que Franz, al acercarse,

comprobó que estaba llena hasta casi la mitad con una sucia capa de diamantes de papel que tenían menos de un cuarto de pulgada de diámetro.

Las incómodas sensaciones de un instante antes desaparecieron.

—Sé que tienes que ir a trabajar —dijo Franz, alzando la cabeza—, pero ¿podría oírla funcionar?

—Desde luego.

Gun abrió la puerta y condujo a Franz a una habitación limpia y apenas amueblada, donde los primeros rasgos que llamaban la atención eran unas grandes fotos astronómicas en color y material de esquí.

—Es una Shredbasket de la marca Destroysit —dijo Gun alegremente mientras desenrollaba el cable eléctrico y lo enchufaba—. Vaya nombrecitos, ¿eh? Sólo cuesta unos quinientos dólares. Los modelos más grandes llegan a los dos mil. Un juego de cuchillas circulares corta el papel en tiritas; luego otro juego corta las tiritas de lado. Lo creas o no, estas máquinas se crearon a partir de las que fabrican confeti. Eso me gusta... sugiere que la humanidad piensa primero en cosas frívolas y sólo después les da un uso serio, si puedes llamar serio a esto. Juegos antes de sentirse culpable.

Las palabras brotaban de Gun con tanto exceso de excitación o alivio que Franz olvidó su asombro ante el hecho de que se trajera a casa una máquina semejante o qué querría destruir con ella.

—Los ingeniosos italianos —continuó Gun—. ¿Qué es lo que dijo Shakespeare? ¿Los supersutiles venecianos? Son los primeros en inventar máquinas para comer y divertirse. Máquinas de helados, de pasta, de café exprés, fuegos artificiales, organillos... y confeti. Bueno, allá va.

Franz sacó una libretita y un bolígrafo. Mientras el dedo de Gun se acercaba al botón rojo, se inclinó hacia adelante, con cautela, esperando un ruido extraño.

En cambio, se produjo un zumbido leve, casi susurrante, como si el Tiempo se estuviera aclarando la garganta.

Complacido, Franz anotó justo eso.

Gun introdujo una hoja. Nieve celeste cayó sobre el blanco sucio. El sonido apenas aumentó un poco.

Franz dio las gracias a Gun y lo dejó enrollando el cable. Pasó de largo su piso y el séptimo hasta el tejado, complacido. Conseguir aquel fragmento de hechos constatados era el trocito de suerte que necesitaba para empezar el día a la perfección.

## 5

La habitación cúbica que alojaba la maquinaria del ascensor era como el cubil de un brujo en lo alto de una torre: la claraboya cubierta de una gruesa película de polvo, el motor eléctrico como un enano de anchos hombros ataviado con una armadura verde grasienta, relés anticuados con la forma de ocho negros brazos de acero forjado que rebullían al ser usados como los de una gigantesca araña encadenada, y grandes interruptores de cobre que chasqueaban con fuerza al abrirse y al cerrarse cada vez que pulsaban un botón abajo, igual que las mandíbulas de una araña.

Franz salió al tejado. La grava recubierto de alquitrán rechinó levemente bajo sus zapatos. Agradeció la fría brisa.

Al este y al norte sobresalían los grandes edificios del centro y los espacios secretos que contenían, bloqueando la bahía. ¡Cómo habría fruncido el ceño el viejo Thibault ante la Transamerica Pyramid y el monstruo de color marrón purpúreo del Banco de América! Incluso ante las nuevas torres Hilton y St. Francia. Las palabras acudieron a su mente: «Los antiguos egipcios sólo enterraban a la gente en sus pirámides. Nosotros vivimos en

las nuestras». ¿Dónde había leído eso? Vaya, en Megapolisomancia, por supuesto. ¡Qué adecuado! ¿Contenían también las pirámides modernas marcas secretas que predecían el futuro y criptas donde practicar brujería?

Dejó atrás las bajas aberturas rectangulares de los conductos de aire alineados de grises placas de hierro, hasta llegar a la parte trasera del tejado, y miró entre los rascacielos cercanos (modestos comparados con los del centro) para contemplar la torre de televisión y Corona Heights. La niebla había desaparecido, pero la pálida joroba irregular de Corona Heights todavía destacaba bruscamente a la luz de la mañana. Franz miró a través de sus binoculares, sin demasiada esperanza, pero... sí, por Dios. Allí estaba aquel loco adorador vestido de harapos, o lo que fuera, todavía enzarzado en su ritual. ¡Si pudiera enfocar bien! Ahora el tipo había corrido hasta un macizo de rocas ligeramente superior y parecía asomar furtivamente entre ellas. Franz siguió la dirección aparente de su mirada hacia la cima y casi de inmediato llegó a su objetivo probable: dos excursionistas que escalaban. A causa de sus pintorescas camisas y pantalones, era fácil distinguirlos. Sin embargo, a pesar de su chillona apariencia, Franz los consideró más respetables que quien acechaba en la cima. Se preguntó qué sucedería cuando se encontraran en lo alto. ¿Trataría de convertirlos el hierofante? ¿O los detendría como el Viejo Marinero y les contaría una extraña historia con moraleja? Franz volvió a mirar, pero el tipo (¿o podría tratarse de una mujer?) había desaparecido. Era tímido, evidentemente. Escrutó las rocas, intentando localizar su escondite, e incluso siguió a los excursionistas hasta que llegaron a la cima y desaparecieron al otro lado, esperando un encuentro por sorpresa, pero no sucedió nada.

No obstante, cuando volvió a guardarse los binoculares en el bolsillo, tomó una decisión. Visitaría Corona Heights. El día era demasiado bueno para quedarse en casa.

—Si no vienes a mí, entonces yo iré a ti —dijo en voz alta, citando una historia de fantasmas de Montague Rhodes James y aplicándola humorísticamente tanto a Corona Heights como a su acechante.

La montaña fue a Mahoma, pensó, pero él contaba con todos aquellos genios.

## 6

Una hora después Franz subía Beaver Street, respirando profundamente para evitar jadear más tarde. Había añadido la observación sobre el Tiempo aclarándose la garganta a Profundidades extrañas 7, había metido el manuscrito en un sobre, lo había sellado y lo había enviado por correo. Cuando se puso en marcha, tenía los binoculares colgando de su cuello como si fuera un aventurero de película, y Dorotea Luque, que esperaba al cartero en el vestíbulo junto a un par de inquilinos mayores, observó alegremente:

—Va a buscar cosas de miedo para escribir historias, ¿no?

—Sí, señora Luque. Espectros y fantasmas —replicó Franz en lo que esperaba fuera un español igualmente entendible.

Pero una manzana más allá, poco después de dejar el Muni en Market, volvió a guardárselos en el bolsillo, junto con la guía callejera que traía. El barrio parecía bastante bonito y seguro, pero de todas formas era mejor no hacer ostentación de sus propiedades, y Franz suponía que unos binoculares serían aún peores que una cámara fotográfica. Lástima que las grandes ciudades se hubieran convertido (o se consideraran) en unos lugares tan peligrosos. Casi había reprendido a Cal por advertirle sobre ladrones y locos, y mírale ahora. Con todo, se alegraba de haber venido solo. Explorar lugares que había estudiado primero desde su ventana era una nueva etapa natural en su viaje a la realidad, pero seguía siendo muy personal.

De hecho, había pocas personas en la calle a esta hora de la mañana. En este momento, no podía ver a nadie. Su mente jugueteó por un instante con la idea de una

gran ciudad moderna súbitamente desierta por completo, como el barco María Celeste o el hotel de lujo de aquella inquietante película El año pasado en Marienbad.

Pasó ante la casa de Jaime Donaldus Byers, una muestra de carpintería gótica ahora pintada de oliva con bordes dorados, muy al estilo del Viejo San Francisco. Tal vez se atrevería a llamar al timbre en el camino de vuelta.

Desde aquí no podía verse Corona Heights. Los edificios cercanos la cubrían (y a la torre de televisión también). Conspicua en la distancia (había visto muy bien su pico irregular en Market y Duboce), se había ocultado como un tigre marrón pálido al acercarse a ella, de forma que tuvo que sacar su guía callejera y desplegar el mapa para asegurarse de que no había perdido la pista.

Tras Castro el camino se hacía muy empinado, así que se detuvo dos veces para recuperar el aliento.

Por fin se encontró en un callejón sin salida tras algunos apartamentos nuevos. En el otro extremo había un sedán aparcado con dos personas sentadas en los asientos delanteros. Luego advirtió que se había confundido con los reposacabezas. ¡Parecían pequeñas lápidas oscuras!

Al otro lado de la calle transversal no había más edificios, sino terrazas verdes y marrones que subían hasta una cima irregular contra el cielo azul. Vio que por fin había llegado a Corona Heights.

Después de fumar un cigarrillo, dejó atrás rápidamente algunas pistas de tenis y subió por una pendiente vallada y serpenteante hasta salir a otra calle sin salida, más bien una carretera.

Se sentía muy bien al aire libre. Al mirar hacia el camino por el que había venido, vio que la torre de televisión parecía enorme (y más hermosa que nunca), a menos de un kilómetro de distancia, aunque más o menos tenía el tamaño adecuado. Después de un momento se dio cuenta de que se debía a que ahora tenía el mismo tamaño al que sus binoculares la aumentaban desde su apartamento.

Tras llegar al final del tramo de carretera, dejó atrás un largo edificio de ladrillo de un solo piso con un generoso aparcamiento que modestamente se identificaba como el Museo Josephine Randall Junior. Había un camión con la marca familiar «Sidewalk Astronomer» (Astrónomo de acera). Recordó haber oído decir a Bonita, la hija de Dorotea Luque, que era el lugar donde los niños podían traer sus ardillas y serpientes y ratas japonesas (¿y murciélagos?) cuando no podían cuidarlos por algún motivo. También advirtió que había visto sus techos bajos desde su ventana.

Un corto sendero le llevó al pie de la cima, y al otro lado se hallaba toda la mitad oriental de San Francisco y la bahía y los dos puentes.

Resistiendo la urgencia de observarlo todo al detalle, se dispuso a coronar el risco por el sendero de grava. Fue un trabajo agotador. Tuvo que detenerse más de una vez y agarrarse para no resbalar.

Cuando casi estaba a punto de llegar al lugar donde había visto a los excursionistas, de pronto se dio cuenta de que se había vuelto asustadizo. Casi deseó haber traído a Gun y Saul, o haberse encontrado con los otros excursionistas respetables, no importaba lo mal vestidos que estuvieran, ni que fueran ruidosos. En ese momento ni siquiera le habría parecido mal el parloteo de un transistor. Ahora se detenía tanto por recuperar el aliento como para escrutar con cuidado cada macizo rocoso antes de rodearlo, pues si asomaba la cabeza con demasiada confianza alrededor de uno, ¿qué rostro o no-rostro podría ver?

Era una chiquillada por su parte, se dijo. ¿No quería conocer al personaje de la cima y descubrir qué tipo de chiflado era? Un alma amable, sin duda, debido a su simple atuendo y a su timidez y su amor por la soledad. Aunque por supuesto era más que probable que ya se hubiera marchado.

Sin embargo, Franz continuó usando los ojos sistemáticamente mientras subía la última pendiente, más suave ahora, hasta la cima.

El último macizo de rocas (¿la Corona?) era más grande y más alto que los demás. Después de refrenarse un poco (para localizar la mejor ruta, se dijo), remontó tres cornisas, que le obligaron a dar buenas zancadas, hasta que llegó a la cima, donde por fin pudo alzarse (con cuidado, separando mucho los pies, pues soplaba mucho viento del Pacífico) con toda Corona Heights detrás.

Se volvió despacio, siguiendo el horizonte pero escrutando a conciencia todos los montones de rocas y las pendientes marrones y verdes que tenía debajo, familiarizándose con sus nuevas inmediaciones y comprobando de paso que no había nadie más en Corona Heights.

Luego bajó un par de comisas y se acomodó en un asiento de roca de cara al este, al socaire. Se sentía mucho más tranquilo y seguro en este enclave, sobre todo por la sensación de tener la poderosa torre de televisión alzándose tras él como una diosa protectora. Mientras fumaba otro cigarrillo, contempló la gran extensión de la ciudad y la bahía con sus grandes barcos ahora del tamaño de juguetes, desde la verdosa capa de smog sobre San José al sur, hasta la pirámide levemente iluminada de Monte Diablo tras Berkeley y las torres rojas del puente Golden Gate al norte con el Monte Tamalpais más allá. Era interesante comprobar cómo cambiaban las cosas desde este nuevo punto de observación. Comparándolos con su vista desde el tejado, algunos de los edificios del centro de la ciudad habían aumentado, mientras que otros parecían intentar esconderse tras sus vecinos.

Cuando acabó de fumar otro cigarrillo sacó los binoculares, se los colgó al cuello y empezó a estudiar esto y aquello. Todo estaba muy tranquilo ahora, no como esta mañana. Consiguió deletrear unos cuantos carteles al sur de Market en el Embarcadero de la Misión, casi todos anuncios de tabaco, cerveza y vodka (¡el tema de Black Velvet!), y un par de anuncios de espectáculos de topless para los turistas.

Después de escrutar las brillantes aguas interiores y seguir el puente de la bahía hasta Oakland, se dedicó a los edificios del centro de la ciudad y pronto descubrió para su vergüenza que resultaban bastante difíciles de identificar desde aquí. La distancia y la perspectiva habían alterado sutilmente sus tonos y su disposición. Y los rascacielos contemporáneos eran tan anónimos: ningún signo ni nombre, ninguna estatua en la cima, ni veletas ni cruces, ninguna fachada distintiva ni comisas, ningún adorno arquitectónico: sólo grandes placas lisas de piedra sin rasgos, de hormigón o de cristal demasiado brillantes por el sol u oscurecidas por la sombra. De hecho, bien podían ser «las tumbas gargantuescas o monstruosos ataúdes verticales de la humanidad viviente, un caldo de cultivo para las peores entidades paramentales», de las que el viejo De Castries hablaba en su libro.

Después de otra sesión de estudio telescópico en la que consiguió identificar un par de rascacielos, por fin, dejó colgar sus binoculares y sacó del bolsillo el sándwich de carne que se había preparado. Mientras lo desliaba y lo comía lentamente, pensó lo afortunado que era. Un año antes estaba hecho un lío, pero ahora...

Oyó rechinar la grava una vez, luego otra. Miró alrededor pero no vio nada. No podía decidir de qué dirección procedían los leves sonidos. El sándwich le supo seco en la boca.

Tragó con esfuerzo y continuó comiendo, y recapturó la cadena de sus pensamientos. Sí, ahora tenía amigos como Gun y Saul... y Cal... y su salud era muchísimo mejor, y sobre todo su trabajo iba bien, sus preciosas historias (bueno, preciosas para él), e incluso ese horrible material de Profundidades extrañas...

Otro sonido, más fuerte, una extraña risita aguda. Franz se tensó y miró alrededor rápidamente, olvidados el sándwich y sus pensamientos.

La risa se repitió, ascendiendo hasta un alarido, y de detrás de las rocas, por el sendero de abajo, llegaron corriendo dos niñas pequeñas vestidas con ropa azul oscuro.



Una capturó a la otra y las dos giraron, chillando felices, en un remolino de brazos bronceados y pelo rubio.

Franz apenas tuvo tiempo de pensar cómo refutaba aquello las preocupaciones de Cal (y las suyas propias) sobre esta zona, ni para considerar que no parecía adecuado que los padres dejaran que unas niñas tan pequeñas y atractivas como éstas (no podían tener más de siete u ocho años) jugaran en un sitio tan solitario, cuando detrás de las rocas apareció un obeso San Bernardo, a quien las niñas incluyeron de inmediato en su juego. Poco después, se fueron corriendo por el sendero que Franz había subido, con su gran protector tras ellas. No habían visto a Franz o bien habían fingido no hacerlo, cosa típica en las niñas pequeñas.

Franz sonrió al comprobar como el incidente había demostrado su insospechado nerviosismo residual. El sándwich ya no le pareció seco.

Hizo una pelota con el papel del envoltorio y se la guardó en el bolsillo. El sol se dirigía ya al oeste y golpeaba las distantes paredes que tenía enfrente. El viaje y la escalada habían ocupado más tiempo del que esperaba, y había pasado un buen rato aquí sentado. ¿Cómo era el epitafio que Dorothy Sayers había visto en una vieja lápida y considerado el pináculo de toda la sabiduría?

Ah, sí: «Es más tarde de lo que crees». Habían escrito una canción popular con aquello poco antes de la segunda guerra mundial: «Disfruta, disfruta, es más tarde de lo que crees». Había una sutil ironía. Pero él tenía tiempo de sobra.

Se entretuvo otra vez con los binoculares, estudiando la cima medieval de un marrón verdoso del Hotel Mark Hopkins que remataba el bar-restaurante Cima del Mark. La catedral de Grace en lo alto de Nob Hill quedaba oculta por los altos edificios de allí, pero el cilindro modernista de la catedral de Santa María se alzaba claramente en la recién bautizada Cathedral Hill. Se le ocurrió una tarea agradable: divisar el edificio de su apartamento. Desde su ventana podía ver Corona Heights. Ergo, desde Corona Heights podría ver su ventana. Sería una estrecha rendija entre dos edificios, se recordó, pero el sol estaría dando en esa rendija ahora mismo, proporcionando buena iluminación.

Para decepción suya, la tarea resultó ser extremadamente difícil. Desde aquí, los tejados más bajos eran casi un mar sin forma, literalmente, y costaba trabajo seguir la línea de las calles: era un tablero de ajedrez visto de lado. La tarea le absorbió tanto que olvidó sus inmediaciones. Si las niñas hubieran regresado ahora y se le hubieran quedado mirando, probablemente Franz ni siquiera se habría dado cuenta. Sin embargo, el tonto problema en el que se había enzarzado era tan difícil que más de una vez estuvo a punto de renunciar.

De hecho, los tejados de una ciudad eran un mundo alienígena y oscuro propio de cuya existencia las miríadas de habitantes de debajo ni siquiera sospechaban. Un mundo que sin duda tenía sus propios habitantes, sus propios fantasmas y «entidades paramentales».

Pero se enfrentó al desafío y con la ayuda de un par de depósitos de agua familiares que sabía cerca y un cartel HOTEL BEDFORD pintado en grandes letras negras en la pared lateral de un edificio cercano, identificó por fin el edificio de su apartamento.

Estaba completamente enfrascado en su tarea.

¡Sí, allí estaba la rendija, por Dios! Y su ventana, la segunda desde arriba, muy diminuta pero muy clara a la luz del sol. Era una suerte que la hubiera localizado ahora: la sombra que recorría la pared pronto la oscurecería.

Y entonces sus manos empezaron a temblar tanto que tuvo que soltar los binoculares. Sólo la correa impidió que se estrellaran contra las rocas.

Una forma marrón oscura se había asomado a su ventana y le saludaba.

Lo que pasó por su mente fueron un par de versos de una cancioncilla popular que empieza así:

Taffy era galés, Taffy era ladrón.  
Taffy vino a mi casa y me robó un trozo de jamón.

Pero era el final lo que se repetía en su cabeza:

Fui a casa de Taffy, pero Taffy no estaba allí.  
Taffy fue a mi casa y la médula me robó a mí.

«Por el amor de Dios, no te excites —se dijo, agarrando los binoculares y alzándolos de nuevo—. Y deja de respirar tan entrecortadamente, no has estado corriendo».

Pasó algún tiempo localizando otra vez su edificio y la rendija (¡maldito fuera aquel mar de tejados!), pero cuando lo hizo localizó otra vez la forma en su ventana. Marrón claro, como huesos viejos. «¡No me seas morbosos! Podrían ser las cortinas —se dijo—, revoloteadas por el viento.» Habría dejado la ventana abierta.

Entre los edificios altos soplaban vientos extraños. Sus cortinas eran verdes, desde luego, pero tenían un forro con un tono parecido. Y la figura no le saludaba (el bailoteo se debía a los binoculares), sino que le observaba pensativa, como diciendo: «Ha decidido visitar mi casa, señor Westen, así que yo decidí aprovechar la oportunidad para echar un vistazo a la suya». ¡Basta!, se dijo. Lo último que necesitamos ahora es la imaginación del escritor.

Bajó los binoculares para dar a su corazón una oportunidad de apaciguarse y para mover sus dedos atezados. De repente, la furia lo inundó. ¡Con sus fantasías había perdido de vista el claro hecho de que alguien estaba hurgando en su habitación!

Pero ¿quién? Dorotea Luque tenía una llave maestra, cierto, pero no era nada fisgona, ni su grave hermano Fernando, que se encargaba de las chapuzas y apenas hablaba inglés aunque era bastante bueno jugando al ajedrez. Franz le había dado una copia de su llave a Gun la semana anterior (cuestión de un paquete que tenían que entregar cuando estaba fuera), y no la había recuperado. Eso significaba que o bien Gun o Saul (o incluso Cal) podrían tenerla ahora. Cal tenía una vieja bata de baño que usaba a veces...

Pero no, era ridículo sospechar de ninguno de ellos. ¿Qué era lo que había oído decir a Saul en la escalera? El «mangante» que preocupaba a Dorotea Luque. Eso tenía más sentido. «Acéptalo», se dijo. Mientras estaba perdiendo el tiempo aquí, satisfaciendo oscuras necesidades estéticas, algún ladronzuelo, probablemente enganchado a las drogas duras, se había colado en su apartamento y lo estaba dejando limpio.

Volvió a coger los binoculares lleno de furia y encontró su apartamento de inmediato, pero esta vez era ya demasiado tarde.

Mientras templaba sus nervios y especulaba descabelladamente, el sol se había movido, la rendija se había llenado de sombras y ya no pudo distinguir su ventana, mucho menos una figura en ella.

Su ira se apagó. Se dio cuenta de que se trataba de la reacción por el shock ante lo que había visto... o había creído ver. No, había visto algo, pero ¿quién podía estar seguro exactamente de qué?

Se puso en pie, lentamente, pues tenía las piernas un poco entumecidas y la espalda dolorida, y se puso a caminar con cuidado. Se sentía deprimido, y no era extraño, pues hilos de niebla soplaban desde el oeste, alrededor de la torre de televisión, medio cubriéndola. Había sombras por todas partes. Corona Heights había perdido su magia. Franz sólo quería marcharse de aquí lo más pronto posible (y volver a comprobar su habitación), así que después de echar una rápida ojeada a su mapa, tomó el camino que habían emprendido los excursionistas. No veía la forma de llegar a casa lo bastante pronto.

El otro lado de Corona Heights, encarado al parque de Buena Vista y de espaldas al centro de la ciudad, era más empinado de lo que parecía. Varias veces Franz tuvo que contener sus deseos de apresurarse y se obligó a moverse con cuidado. Luego, a mitad de camino, un par de grandes perros acudieron corriendo para mirarle. No se trataba de San Bernardos, sino de esos doberman negros que siempre hacen pensar en las SS. El dueño se tomó su tiempo en llamarlos. Franz casi cruzó corriendo el campo verde de la base de la colina y atravesó la puertecita en la alta verja metálica.

Pensó en llamar a la señora Luque o incluso a Cal, para pedirles que comprobaran su habitación, pero no quería exponerlas a un posible peligro, ni molestar a Cal mientras practicaba, y en cuanto a Gun y Saul, estarían fuera.

Además, ya no estaba seguro de qué sospechaba, y en cualquier caso le gustaba encargarse de las cosas a solas.

Pronto (pero no demasiado para él, en modo alguno), se halló corriendo por la carretera de Buena Vista este. El parque que sorteaba (otra elevación, pero boscosa), se alzaba tras él verde oscuro y lleno de sombras. En su estado de ánimo actual, parecía cualquier cosa menos una «buena vista», sino más bien un sitio ideal para tráfico de heroína y asesinatos sórdidos.

El sol casi se había puesto ya, y brazos deshilachados de niebla le perseguían. Cuando llegó a Duboce, Franz quiso reducir el ritmo, pero las aceras eran demasiado empinadas, tan empinadas como cualquier otra de las más de siete colinas de San Francisco, y otra vez tuvo que apretar los dientes y pisar con cuidado y tomarse su tiempo. El barrio parecía tan seguro como Beaver Street, pero había pocas personas debido al súbito cambio de clima, y de nuevo tuvo que meterse los binoculares en el bolsillo.

Cogió el tranvía N-Judah a la salida del túnel bajo el Buena Vista Park (pensó que las colinas de Frisco estaban repletas de ellos) y llegó hasta el centro cívico de Market. Entre la multitud que subía a un 19-Polk, una forma fornida que apareció tras él le hizo dar un respingo, pero sólo era un trabajador adormilado cubierto del polvo blanco de algún trabajo de demolición.

Se apeó del 19 en Geary. En el vestíbulo del 811 de Geary sólo estaba Fernando limpiando con la aspiradora, un sonido tan gris y vacío como el día en el exterior. A Franz le hubiera gustado charlar, pero el hombrecito, rechoncho y sombrío como un ídolo peruano, hablaba aún menos inglés que su hermana y era además bastante sordo. Se saludaron gravemente, intercambiaron un «señor Luque» y un «señor Juestón», la versión de «Westen» de Fernando.

Subió en el ruidoso ascensor hasta el sexto piso. Tuvo el impulso de detenerse primero en casa de Cal o en la de los muchachos, pero era una cuestión de... bueno, de valor, no hacerlo. El pasillo estaba oscuro (una de las bombillas del techo se había fundido), y la ventanilla del respiradero y la puerta sin pomo del trastero situado junto a su habitación parecían más oscuras. Mientras se acercaba a su puerta, advirtió que su corazón latía con fuerza. Sintióse a la vez como un idiota y asustado, introdujo la llave en la cerradura, y agarrando los binoculares como arma improvisada, abrió la puerta rápidamente y encendió la luz.

El brillo de doscientos vatios mostró su habitación vacía e intacta. Desde el interior de la cama sin hacer, su pintoresca «amante del erudito» pareció hacerle un guiño pícaro. Sin embargo, Franz no se sintió seguro hasta que, avergonzado, echó un vistazo al cuarto de baño y luego abrió el armario y la alacena y miró en el interior.

Apagó la luz entonces y se dirigió a la ventana abierta. Las cortinas verdes tenían un tono ajado por el sol, cierto, pero si el viento las había hecho asomar por la ventana, otra ráfaga las había hecho volver a su sitio. La joroba irregular de Corona Heights asomaba tenuemente entre la niebla cada vez más espesa. La torre de televisión estaba cubierta

por completo. Franz miró hacia abajo y vio que el alféizar y la estrecha mesa y la alfombra a sus pies estaban cubiertos de trocitos de papel marrón que le recordaron la máquina destructora de documentos de Gun. Recordó que había estado manejando algunas viejas revistas pulp ayer, arrancando páginas que quería guardar. ¿Había tirado las revistas después? No podía recordarlo, pero probablemente no estaban por allí cerca, y en cualquier caso, sólo le faltaba por repasar un montoncito ordenado. Bueno, un ladrón que robara sólo viejas revistas ajadas no era una amenaza seria, sino más bien un basurero, un carroñero útil.

La tensión que le había embargado desapareció por fin. Advirtió que tenía mucha sed. Sacó una lata de ginger ale del pequeño frigorífico y la bebió ansiosamente. Mientras hacía café, arregló un poco el desorden de la mitad de la cama y encendió la lamparita de pie. Cogió el café y los dos libros que le había enseñado a Cal por la mañana y se acomodó; se puso a leerlos y especuló.

Cuando se dio cuenta de que afuera oscurecía, se sirvió más café y lo llevó a casa de Cal. La puerta estaba entornada. Dentro, los hombros de Cal se alzaban rítmicamente mientras tocaba con furiosa precisión, los oídos cubiertos por los grandes auriculares.

Franz no hubiera sabido decir si escuchaba el fantasma de un Concierto o sólo los leves golpes de las teclas.

Saul y Gun charlaban tranquilamente en el sofá, Gun con una botella verde a su lado. Al recordar las amargas palabras que había oído esta mañana, Franz buscó signos de la pelea, pero todo parecía armonía. Tal vez había leído demasiado en aquellas palabras.

Saul Rosenzweig, un hombre delgado con largos cabellos oscuros y profundas ojeras, sonrió al verlo.

—Hola —dijo—. Calvina nos invitó a hacerle compañía mientras practica, aunque creo que un par de maniqués podrían hacerlo igual de bien. Pero Calvina es una puritana romántica de corazón. En el fondo, quiere frustrarnos.

Cal, que se había quitado los auriculares, se levantó. Sin hablar o mirar a nada ni a nadie, cogió algunas ropas y desapareció como una sonámbulo en el cuarto de baño, de donde poco después surgió el sonido de la ducha.

Gun sonrió a Franz.

—Hola. Siéntate y únete a los devotos del silencio. ¿Cómo va la vida de escritor?

Hablaron tranquilamente de asuntos sin importancia. Saul lió con cuidado un cigarrillo largo y fino. Su olor a pino era agradable, pero Franz y Gun sonrieron y declinaron compartirlo. Gun agitó su botella verde y dio un largo trago.

Cal reapareció poco después, con aspecto fresco y descansado, enfundada en un vestido marrón oscuro. Se sirvió un vaso alto de zumo de naranja y se sentó.

—Saul —dijo tranquilamente—, sabes que mi nombre no es Calvina, sino Calpurina... la adivina romana que aconsejaba a César. Puede que sea una puritana, pero no me bautizaron en honor a Calvino. Mis padres eran presbiterianos, es cierto, pero mi padre pasó pronto al unitarianismo y murió siendo un devoto cultista ético. Solía rezar a Emerson y juraba por Robert Ingersoll. Mientras que mi madre, muy frívola, se dedicó a Bahai. Y no tengo un par de maniqués, o los utilizaría. No, nada de marihuana, gracias. Tengo que mantenerme intacta hasta mañana por la noche.

Gun, gracias por complacerme. Me ayuda tener a gente en la habitación, aunque esté incomunicada. Me ayuda especialmente cuando empieza a caer la noche. Ese ginger ale huele maravillosamente, pero, ay... me pasa lo mismo que con la marihuana. Franz, pareces bastante intranquilo. ¿Qué sucedió en Corona Heights?

Complacido porque ella había estado pensando en él y le había observado tan adecuadamente, Franz contó la historia de su aventura. Le sorprendió comprobar que al contarlo parecía algo trivial y menos aterrador, aunque paradójicamente era más entretenido, la maldición y la bendición del escritor.

—Así que te vas a investigar esa aparición o lo que sea —resumió alegremente Gun—, y encuentras que ha hecho lo mismo y está mirándote desde tu propia ventana a cuatro kilómetros de distancia. Taffy fue a mi casa..., es magnífico.

—Esa historia tuya de Taffy me recuerda a mi señor Edwards —dijo Saul—. Tiene metida en la cabeza la idea de que dos enemigos en un coche aparcado al otro lado de la calle, frente al hospital le apuntan con un rayo que produce dolor. Lo llevamos hasta allí para que pueda ver por sí mismo que no hay nadie en ninguno de los coches. Él se siente muy aliviado y no para de darnos las gracias, pero cuando lo devolvemos a su habitación, deja escapar de repente un grito de agonía. Parece que sus enemigos se han aprovechado de su ausencia para plantar un proyector de rayos de dolor en las paredes.

—Oh, Saul —dijo Cal con un leve tono de reproche—, no somos tus pacientes... al menos todavía. Franz, me pregunto si esas niñas de aspecto inocente no estarían relacionadas. Dijiste que corrían y bailaban, como tu cosa marrón. Estoy segura de que si existe una energía psíquica, las niñas pequeñas la tienen a raudales.

—Me parece que tienes muy buena imaginación artística —le dijo Franz, plenamente consciente de que empezaba a quitar importancia a todo el incidente, aunque no podía evitarlo—. Saul, puede que haya estado proyectando, al menos en parte... pero ¿qué pasa si es así? Recuerda que además la figura no era clara, y no hacía nada que fuera objetivamente siniestro.

—Mira, no estaba sugiriendo ningún paralelismo —dijo Saul—. Ésa es idea tuya, y de Cal. Simplemente me acordé de otro incidente raro.

—Saul no cree que todos estemos completamente locos —se burló Gun—. Sólo considera que estamos al borde de la psicosis.

Llamaron a la puerta y entró Dorotea Luque. La mujer arrugó la nariz y miró a Saul. Era una versión más delgada de su hermano, con un hermoso perfil inca y pelo negro. Traía un pequeño paquete de libros para Franz.

—Me preguntaba si estaría aquí —explicó—, y entonces le oí hablar. ¿Encontró las cosas espantosas para escribir con sus... cómo se dice? —hizo binoculares con sus manos y se las llevó a los ojos, y luego miró alrededor, sorprendida cuando todos se rieron.

Mientras Cal le traía un vaso de vino, Franz se apresuró a explicarle lo sucedido. Para su sorpresa, ella se tomó bastante en serio su figura en la ventana.

—Pero ¿está seguro de que no le robaron? —demandó ansiosamente—. Creo que tenemos un ladrón en el segundo piso.

—Mi televisor portátil y mi radiocassette estaban allí. Un ladrón se llevaría esas cosas primero.

—¿Cerró usted con llave el tragaluz y la puerta? —insistió Dorotea, ilustrando la expresión con un vigoroso giro de muñeca—. ¿Con dos vueltas?

—Siempre cierro con dos vueltas —la tranquilizó Franz—. Antes creía que solamente en las historias de detectives podían abrir las puertas con una tarjeta de plástico. Pero descubrí que podía abrir la mía con una fotografía. Aunque no cierro el tragaluz. Me gusta tenerlo abierto como ventilación.

—También debería cerrar el tragaluz cuando salga —insistió ella—. ¿Me oyen todos ustedes? La gente delgada puede entrar por los tragaluces, será mejor que me crean. Bueno, me alegro de que no le robaran. Gracias —añadió, haciendo a Cal un gesto con la cabeza, y sorbió su vino.

Cal sonrió.

—¿Por qué no iban a tener las ciudades modernas sus fantasmas especiales, como los castillos y los cementerios y las grandes mansiones antiguas? —dijo.

—Mi señora Willis piensa que los rascacielos van a por ella —informó Saul—. Dice que de noche se hacen aún más delgados y la persiguen arrastrándose por las calles.

—Una vez oí a los rayos silbar en Chicago —dijo Gun—. Había una tormenta en el Loop, y yo estaba en la zona sur, en la universidad, justo cerca del emplazamiento de la primera pila atómica. Hubo un destello en el horizonte norte y luego, siete segundos después, no un trueno, sino un gemido agudo. Me pareció que todas las vías elevadas resonaban como un componente de radio del rayo.

—¿Por qué no podría toda la masa de ese acero...? —dijo Cal ansiosamente—. Franz, háblales de ese libro.

Franz repitió lo que le había contado a Cal esa mañana sobre Megapolisomancia y un poco más.

—¿Y dice que las ciudades modernas son nuestras pirámides egipcias? —interrumpió Gun—. Eso es magnífico. Imaginad que, cuando todos hayamos muerto por la contaminación (nuclear, química, ahogados en plástico no biodegradable, oleadas rojas de vida microscópica, el desagradable clímax de nuestra cultura de clímax), una exploración arqueológica llega en una nave espacial de otro sistema solar y empieza a explorarnos como si fuera un puñado de malditos egiptólogos. Utilizarían sondas robot para espiar nuestras ciudades completamente vacías, que serían demasiado peligrosas por la radiactividad para que pudiera vivir nada más, y estarían tan muertas y serían tan letales como nuestros mares envenenados. ¿Qué dirían del World Trade Center de Nueva York o el Empire State? ¿O de la Sears de Chicago? ¿O incluso de la Transamerica Pyramid de aquí? ¿O del edificio para construir rampas de lanzamiento en Cabo Cañaveral que es tan grande que los aviones pueden volar por dentro? Probablemente decidirían que fueron construidos para fines religiosos y ocultos, como Stonehenge. Nunca imaginarían que la gente vivió y trabajó allí. Sin duda, nuestras ciudades serían las ruinas más extrañas de todas. Franz, ese De Castries tuvo una idea sensata... la enorme cantidad de material que hay en las ciudades. Es duro, muy duro.

—La señora Willis dice que los rascacielos se ponen muy duros de noche cuando... disculpadme, se la tiran —intervino Saul.

Los ojos de Dorotea Luque se ensancharon, pero luego soltó una carcajada.

—Oh, qué desagradable —le reprendió alegremente, agitando un dedo.

Los ojos de Saul adquirieron una expresión distante, como los de un poeta loco.

—¿No puede imaginar sus altas formas grises y delgadas arrastrándose de lado por las calles, una fortaleza volante erigida para un falo de piedra? —insistió, y la señora Luque soltó una carcajada.

Gun le sirvió más vino y cogió otra botella de cerveza.

## 8

—Franz, he estado pensando todo el día —dijo Cal—, con el rinconcito de mi mente que no tocaba el Brandeburgo, sobre ese «607 Rhodes» que te hizo mudarte a este sitio. ¿Era un sitio definido? Y si es así, ¿dónde está?

—Seiscientos siete Rhodes... ¿de qué habláis? —preguntó Saul.

Franz explicó lo del diario en papel de arroz y la persona que escribía con tinta violeta, que podría ser Clark Ashton Smith, y sus posibles entrevistas con De Castries.

—El seiscientos siete no puede ser la dirección de una calle, como el ochocientos once Geary de aquí —dijo—. No existe una calle Rhodes en Frisco. Lo he comprobado. Lo más parecido es una Rhode Island Street, pero eso se encuentra en el Potrero, y está claro por las entradas del diario que el seiscientos siete está aquí, en el centro, cerca de Union Square. Y el autor del diario dice una vez que ve por la ventana Corona Heights y el Monte Sutro. Naturalmente, entonces no había ningún repetidor de televisión...

—Demonios, en 1928 ni siquiera existían los puentes de la bahía ni el Golden Gate —intervino Gun.

—... y también describe Twin Peaks —continuó Franz—. Y luego dice que Thibault siempre se refería a Twin Peaks como los Pechos de Cleopatra.

—Me pregunto si los rascacielos tienen pechos —dijo Saul—. Tengo que preguntárselo a la señora Willis.

Dorotea puso de nuevo los ojos en blanco, señaló su pecho, dijo “¡Oh, no!» y volvió a soltar otra carcajada.

—Tal vez Rhodes sea el nombre de un edificio o un hotel —dijo Cal—. Ya sabes, el Rhodes Building.

—No, a menos que hayan cambiado el nombre desde 1928 —le dijo Franz—. No hay nada parecido. ¿El nombre Rhodes os suena a alguno de algo?

No les sonaba.

—Me pregunto si este edificio tuvo alguna vez nombre —especuló Gun.

—También a mí me gustaría saberlo —dijo Cal.

Dorotea sacudió la cabeza.

—Es sólo el ochocientos once de Geary. Tal vez antiguamente fue un hotel, ya saben, empleados nocturnos y doncellas. Pero no lo sé.

—Edificios Anónimos —recalcó Saul sin levantar la cabeza del porro que estaba liando.

—Cerremos el tragaluz —dijo Dorotea, poniendo manos a la obra—. Vale que fume marihuana. Pero no... ¿cómo se dice? No lo publique a los cuatro vientos.

Todos asintieron sabiamente.

Poco después, decidieron que tenían hambre y fueron a comer juntos al restaurante del alemán que estaba en la esquina, porque era la noche que servían sauerbraten. Convencieron a Dorotea para que se uniera a ellos. Por el camino, recogieron a Bonita y al taciturno Fernando, que ahora sonreía.

—Taffy es algo más serio de lo que das a entrever, ¿verdad? —le preguntó Cal a Franz mientras caminaban juntos tras los demás.

El tuvo que reconocerlo, aunque cada vez se sentía más inseguro de algunas de las cosas que habían sucedido hoy: la habitual niebla nocturna, no del todo desagradable, se posaba en su mente como un fantasma de la antigua bruma alcohólica. En el cielo, el círculo irregular de la luna desafiaba las luces de la calle.

—Cuando me pareció ver esa cosa en mi ventana, busqué todo tipo de explicaciones para evitar tener que aceptar..., bueno, una explicación sobrenatural. Incluso pensé que podría tratarse de tu vieja bata de baño.

—Bueno, pude haber sido yo, pero no lo fui —dijo ella tranquilamente—. Ya sabes que sigo teniendo tu llave. Gun me la dio el día que esperabas tu paquete y Dorotea había salido. Te la devolveré después de cenar.

—No hay prisa.

—Ojalá pudiéramos localizar ese seiscientos siete Rhodes, y el nombre de nuestro propio edificio, si es que alguna vez tuvo uno.

—Intentaré pensar un medio. Cal, ¿de verdad que tu padre juraba por Robert Ingersoll?

—Oh, sí: «En el nombre de...” y cosas así, y también por William James, y Felix Adler, el fundador de la Cultura Ética. Sus correligionarios, bastante ateos, lo consideraban un tipo raro, pero a él le gustaba el soniquete del lenguaje sacerdotal. Consideraba la ciencia un sacramento.

En el acogedor restaurante, Gun y Saul unían dos mesas con la sonriente aprobación de Rose, la camarera, rubia y sonrosado. Saul acabó sentado entre Dorotea y Bonita, con Gun al otro lado de la muchacha. Bonita tenía el pelo negro de su madre, pero era ya media cabeza más alta y por lo demás parecía bastante anglosajona: el cuerpo estrecho y la cara típica de los europeos del norte. Tampoco había ningún rastro de español en su voz de chica norteamericana. Franz recordó haber oído decir que su padre, del que nadie había vuelto a hablar desde el divorcio, era irlandés. Aunque agradablemente esbelta con

su jersey y sus pantalones anchos, parecía algo lela, muy lejana de la sombra escurridiza que le había excitado brevemente esta mañana, despertando un recuerdo desagradable.

Franz se sentó al lado de Gun, y Cal lo hizo entre él y Fernando, que estaba situado junto a su hermana. Rose tomó sus pedidos.

Gun se pasó a la cerveza negra. Saul pidió una botella de vino tinto para compartirla con los Luque. El sauerbraten estaba delicioso, y las tortas de patata con salsa de manzana no eran de este mundo. Bela, el sonriente cocinero alemán (en realidad era húngaro) se había superado a sí mismo.

—Lo que te sucedió esta mañana en Corona Heights es algo realmente extraño —le dijo Gun a Franz en un alto en la conversación—. Casi podrías decir que has estado cerca de lo que llamas sobrenatural.

Saul lo oyó.

—Eh, ¿qué hace un científico materialista como tú hablando de lo sobrenatural?

—Vamos, Saul —respondió Gun con una risita—. Trato con la materia, sí. Pero ¿qué es eso? Partículas invisibles, ondas y campos de fuerza. Nada sólido. No enseñes a la abuela a sorber huevos.

—Tienes razón —sonrió Saul, sorbiendo el suyo—. No hay más realidad que las sensaciones inmediatas del individuo, su consciencia. Todo lo demás es deducción. Incluso los individuos son deducción.

—Creo que la única realidad es el número —dijo Cal—. Y la música, que viene a ser más o menos lo mismo. Ambas cosas son reales y ambas tienen poder.

—Mis ordenadores están completamente de acuerdo contigo —le dijo Gun—. Sólo entienden de números. ¿Música? Bueno, podrían aprender.

—Me alegra oírlos hablar así —dijo Franz—. Veréis, el horror sobrenatural es mi forma de ganarme el pan, tanto con esa basura de Profundidades extrañas...

—¡No! —protestó Bonita.

—... como con el material más serio, pero a veces la gente me dice que el terror sobrenatural ya no existe, que la ciencia ha resuelto, o puede resolver, todos los misterios, que la religión no es más que otro nombre para el servicio social, y que la gente moderna es demasiado sofisticado e inteligente para asustarse de los fantasmas ni siquiera de broma.

—No me hagas reír —dijo Gun—. La ciencia no ha hecho más que incrementar el área de lo desconocido. Y si existe un dios, su nombre es Misterio.

—Recuerda a esos valientes eruditos escépticos mi señor Edwards o la señora Millis, o simplemente sus propios miedos enterrados e inevitables. O mándamelos a mí, y yo les contaré la historia de la Enfermera Invisible que aterrorizó el pabellón psiquiátrico en St. Luke. Y además tenemos... —vaciló y miró a Cal—. No, esa historia es demasiado larga para contarla ahora.

Bonita pareció decepcionada.

—Pero hay cosas extrañas —dijo su madre ansiosamente—. En Lima. En esta ciudad también. ¿Cómo las llaman ustedes? ¡Brujas!

Su hermano sonrió, mostrando que comprendía, y alzó una mano como preámbulo a una de sus raras observaciones.

—Hay hechicería —dijo vehemente, en español, con aire de hacerse entender—. Hechicería oculta en murallas —se encogió un poco y alzó la cabeza—. Murallas muy altas.

Todos asintieron amablemente, como si hubieran entendido.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Franz a Cal en voz baja.

Ella tradujo como pudo. Se encogió de hombros.

—Me pregunto en qué parte de los muros —murmuró Franz—. ¿Como el proyector de dolor del señor Edwards?



—Yo sí me pregunto una cosa, Franz —dijo Gun—. ¿Identificaste correctamente tu ventana desde Corona? Dijiste que los tejados parecían un mar embravecido. Eso me recuerda las dificultades que he tenido para identificar sitios en las fotografías de las estrellas, o en imágenes tomadas desde satélites. El tipo de problema con el que se topa todo astrónomo aficionado, y los profesionales también. Muchas veces te encuentras con dos emplazamientos que son casi idénticos.

—Ya lo he pensado —dijo Franz—. Lo comprobaré.

—Eh, tengo una buena idea —dijo Saul, echándose hacia atrás—. A ver si algún día nos vamos todos de excursión a Corona Heights. Tú y yo, Gun, podríamos llevar a nuestras chicas. Les gustará. ¿Qué te parece, Bonny?

—Oh, sí —replicó Bonita ansiosamente.

Con eso, decidieron marcharse.

—Gracias por el vino —dijo Dorotea—. Pero acuérdense de cerrar con dos vueltas de llave las puertas y los tragaluces cuando salgan.

—Con suerte, ahora dormiré doce horas —dijo Cal—. Franz, te devolveré tu llave en cualquier otra ocasión.

Saul miró a Cal.

Franz sonrió y le preguntó a Fernando si le apetecía jugar más tarde al ajedrez. El peruano asintió amablemente.

Bela Szlawik, sudando por su trabajo en la cocina, les trajo el cambio en persona a la vez que Rose corría para abrirles la puerta.

Mientras se reunían en la acera, Saul miró a Cal y Franz.

—¿Por qué no venís a mi habitación con Gun antes de jugar al ajedrez? Me gustaría contaros esa historia.

Franz asintió.

—Yo no —dijo Cal—. Me voy derecha a la cama.

Saul asintió, comprendiéndola.

Bonita se había enterado.

—Vas a contarle la historia de la Enfermera Invisible —dijo, acusadora—. Yo también quiero oírla.

—No, es hora de irse a la cama —reprendió su madre, sin mucha autoridad—. Mira, Cal se va a acostar ya.

—No me importa —contestó Bonita, apretujándose contra Saul e invadiendo su espacio—. Por favor. Por favor —insistió.

Saul la agarró de pronto, la abrazó con fuerza y le sopló el cuello con un gran sonido chirriante. Ella chilló feliz. Franz, que miró hacia Gun de forma casi automática, le vio dar un respingo y luego controlarlo, pero tenía los labios contraídos. Fernando frunció el ceño levemente y mostró algo parecido a la dignidad militar.

De repente, Saul soltó a la muchacha y le dijo, con tono casual:

—Mira, Bonny, hay una historia que quiero contarle a Franz, una historia muy aburrida que sólo interesa a los escritores. No hay ninguna historia de la Enfermera Invisible. Me lo inventé porque necesitaba algo para ilustrar mi razonamiento.

—No te creo —dijo Bonita, mirándole directamente a los ojos.

—Muy bien, tienes razón —confesó él con brusquedad, apartando las manos y dando un paso atrás—. Hay una historia de la Enfermera Invisible que aterrorizaba el Pabellón de los internos de St. Luke, y el motivo por el que no la conté antes no es porque sea demasiado larga (es muy breve), sino porque es demasiado horrible. Pero ahora ya has sacado el tema. Así que reunios todos.

Franz pensó que en la calle oscura, con la luz de la luna sobre sus ojos destellantes, el rostro hundido y el cabello largo y rizado, parecía un gitano.

—Se llamaba Wortly —empezó a decir Saul, bajando la voz—. Olga Wortly, E.D. (enfermera diplomada). Ése no es su auténtico nombre, porque es un caso policial y

todavía están buscándola, pero tiene el sabor del verdadero. Bien, Olga Wortly estaba a cargo del turno de las cuatro de la tarde a medianoche del pabellón de internos del hospital St. Luke. Y entonces no había nada de terror. De hecho, ella dirigía lo que era el pabellón más feliz y más tranquilo que jamás ha existido, porque era muy generosa con sus pociones para dormir, así que el turno siguiente nunca tenía problemas con los pacientes despiertos y el turno de día a veces tenía dificultades para despertar a algunos para almorzar, no digamos ya para desayunar.

»No se fiaba de su ayudante a la hora de dispensar sus medicinas. Y le gustaba hacer mezclas, cada vez que podía estirar la receta del doctor para permitir las, porque pensaba que dos drogas eran más seguras que una: Librium con Torazina (le gustaba el Tuinal porque son dos barbitúricos; Seconal rojo con Amytal étiul), hidrato de cloro con el fenobarbital, paraldehído con Nemlitital amarillo... De hecho, uno siempre notaba que ella venía, nuestra madre de los ronquidos, nuestra oscura diosa del sueño, porque el paralizante hedor del paraldehído la precedía siempre: se las apañaba para tener al menos a un paciente enganchado al paraldehído. Es un superalcohol superaromático, ya sabéis, que te hace cosquillas en la nariz y huele Dios sabe a qué... superaceite de plátano, algunas enfermeras lo llaman gasolina..., y se administra con zumo de frutas y se sirve en vaso de cristal porque funde el plástico, y sus moléculas viajan por el aire más rápido que la luz.

Franz advirtió que Saul tenía a su público en la palma de la mano. Dorotea escuchaba tan embelesada como Bonita; Cal y Gun sonreían indulgentes, incluso Femando captaba el espíritu y sonreía ante los largos nombres de las drogas. Por un momento, la acera ante el restaurante del alemán fue un campamento gitano iluminado por la luna donde sólo faltaban las llamas bailando en la hoguera.

—Todas las noches, dos horas después de la cena, Olga iniciaba sus rondas. A veces hacía que la ayudante le llevara la bandeja, otras la transportaba ella misma.

»"Hora de dormir, señora Binks", decía. "Aquí está su pasaje a la tierra de los sueños. Pórtese como una niña buena. Y ahora esta bonita píldora amarilla. Buenas noches, señorita Cheeseley, tengo aquí su viaje a Hawai, azul por el profundo mar, rojo por las puestas de sol. Y ahora un sorbito del tarro amargo para bajarlo... piense que son las olas del mar. Saque la lengua, señor Finelli, tengo algo para volverlo listo. Quién pensaría, señor Wong, que podrían poner nueve y hasta diez horas de buena oscuridad en una cápsula temporal tan diminuta, una nave espacial de gelatina con destino a las estrellas. Nos olió venir, ¿verdad, señor Auerbach? ¡Zumo de uva esta noche." Y así sucesivamente.

»Y de esta manera Olga Wortly, E.D., nuestra señora del olvido, nuestra reina de los sueños, mantenía feliz al pabellón de internos —continuó diciendo Saul—, e incluso recibía felicitaciones, pues a todo el mundo le gusta tener un pabellón tranquilo, hasta que una noche se pasó de la raya y a la mañana siguiente encontraron a todos los pacientes muertos por sobredosis, con una sonrisa beatífica en la cara. Y Olga Wortly se marchó, para no ser vista nunca jamás.

»De algún modo, consiguieron acallar el incidente. Creo que le echaron la culpa a una epidemia de hepatitis galopante o a un eccema maligno..., y todavía andan buscando a Olga Wortly.

»Ésa es casi toda la historia —dijo encogiéndose de hombros, relajándose—, excepto que —alzó un dedo dramáticamente, y su voz se volvió baja y extraña—, excepto que dicen que en las noches, cuando hay luna llena, como ahora mismo, y es la hora de dormir, y la enfermera ayudante está a punto de empezar a repartir las medicinas con sus vasitos de papel, se puede oler una vaharada de paraldehído en la sala de las enfermeras (aunque ya nunca usan esa droga), y el inconfundible olor viaja de habitación en habitación y de cama en cama, sin perderse una... ¡es la Enfermera Invisible haciendo sus rondas!

Y con oohs, ahs y risas más o menos apropiadas, se dirigieron a casa todos juntos. Bonita parecía satisfecha.

—¡Oh, qué miedo! —dijo Dorotea, de un modo exagerado—. Cuando me despierte esta noche y piense que la enfermera viene no podrá hacerme... tragar ese para como se llame.

—Pa-ral-de-hí-do —dijo Fernando lentamente, pero con sorprendente precisión.

9

Había tantas cosas y tan variadas en la habitación de Saul, aparentemente en desorden (en este aspecto era la antítesis de la de Gun), que uno se preguntaba por qué no estaba hecha un lío, hasta que advertía que nada en ella parecía amontonado o torcido, sino atendido y amado: las brillantes fotos de la gente, principalmente personas mayores (resultaron ser pacientes del hospital, y Saul señaló al señor Edwards y a la señora Willis); libros que iban desde el Manual de Merck hasta Colette, de *The Family of Man* (La familia del hombre) a Henry Miller, de Edgar Rice a William S. Burroughs o George Borrow (*The Gypsies in Spain* [Los gitanos en España], *Wild Wales* [Gales Salvaje] y *The Zincali* [Los Zincali]); una copia de *The Subliminal Occult* (Lo oculto subliminal), de Nostig (cosa que realmente sorprendió a Franz); un montón de collares de cuentas hindúes y americanos; accesorios para fumar hash; una jarra de cerveza llena de flores; una carta ocular; un mapa de Asia; y varias pinturas y dibujos que abarcaban desde lo infantil y lo matemático a lo salvaje, incluyendo una sorprendente abstracción acrílica sobre un cartón negro con formas rebullentes y joyas e insectos de colores que parecía reproducir en miniatura la amada confusión de la habitación.

Saul señaló la pintura.

—La hice una vez que tomé cocaína —dijo—. Si hay una droga (cosa que dudo) que añada algo a la mente en vez de quitarlo, ésa es la cocaína. Si alguna vez vuelvo a engancharme a las drogas, la coca sería mi elección.

—¿Volver a engancharte? —preguntó Gun, burlón, señalando las pipas y demás utensilios.

—La marihuana es un juego —corrigió Saul—, una frivolidad, un lubricante social que hay que colocar junto al tabaco, el café y el té. Cuando Anslinger recurrió al Congreso para clasificarla, para todos los propósitos, como una droga dura, pasó por alto el desarrollo de la sociedad norteamericana y la volubilidad de sus clases.

—¿Tanto como eso? —empezó a decir Gun, escéptico.

—Desde luego no está en el mismo grupo que el alcohol —coincidió Franz—, que tiene la bendición de la comunidad, al menos en lo referido a la publicidad: «Bebe alcohol y serás sexy, sano, y rico», dicen los anuncios, especialmente los de Black Velvet. ¿Sabes, Saul? Es curioso que mencionaras el paraldehído en tu historia. La última vez que me «separé» del alcohol (para usar esa delicadísima expresión médica), tomé un poco de paraldehído durante tres noches seguidas. Realmente era delicioso, el mismo efecto que el alcohol cuando lo bebí por primera vez, una sensación que creí no volver a experimentar jamás, ese brillo cálido y satinado.

Saul asintió.

—Hace el mismo trabajo que el alcohol, sin destrozarse de forma tan inmediata los sistemas químicos. Por eso la persona que se cansa de beber alcohol ordinario responde bien a él. Pero por supuesto también puede ser adictivo, como estoy seguro de que sabes. ¿Un poco más de café? Sólo lo tengo liofilizado, claro.

—Pero ¿no dirías que el alcohol es la droga natural de la humanidad, con miles de años de uso y experiencia detrás? —aventuró Gun mientras Saul ponía rápidamente agua

a hervir y servía los cristales marrones en pintorescas tazas—. Hemos aprendido sus formas, nos hemos acostumbrado a él.

—Ha tenido tiempo suficiente, al menos, para matar a todos los italianos, griegos, judíos y otros mediterráneos con una extrema debilidad genética respecto a él —comentó Saul—. Los indios americanos y los esquimales no son tan afortunados. Todavía lo están soportando. Pero la marihuana y el peyote y el opio y el hongo tienen también historias bastante largas.

—Sí, pero ahí aparece la distorsión de consciencia psicodélica, diría yo, en vez de la ampliación de sentidos —protestó Gun—, mientras que el alcohol tiene un efecto más directo.

—Yo también he tenido alucinaciones con el alcohol —confesó Franz en una contradicción parcial—, aunque no tan extremas como las que se tienen con el ácido, según me han dicho. Pero sólo durante la abstinencia, curiosamente, los primeros tres días. En los armarios y los rincones oscuros y debajo de las mesas, nunca con luz brillante. Veía cables rojos y a veces negros, del tamaño del hilo de un teléfono, vibrando, sacudiéndose. Me hacían pensar en las patas de arañas gigantes. Sabía que eran alucinaciones y podía manejarlas, gracias a Dios. La luz brillante siempre las hacía desaparecer.

—La abstinencia es un asunto curioso y a veces delicado —observó Saul mientras servía el agua hirviendo—. Es entonces cuando los bebedores experimentan el delirium tremens, no cuando están bebiendo. Estoy seguro de que lo sabes. Pero los peligros y agonías de la abstinencia de las drogas duras han sido muy exagerados, es parte del mito. Lo aprendí cuando era camillero en los grandes días del Haight-Ahsbury, antes de hacerme enfermero, cuando iba y suministraba torazina a los hippies que habían tomado sobredosis o pensaban que lo habían hecho.

—¿De veras? —preguntó Franz, aceptando su café—. Siempre he oído que el mono de la heroína era el peor de todos.

—Parte del mito —le aseguró Saul, sacudiendo la cabeza mientras tendía el café a Gun y empezaba a sorber el suyo—. El mito que Anslinger hizo tanto por crear allá en los años treinta (entonces todos los polis que habían sido grandes durante la Prohibición intentaban buscarse un trabajo igual en narcóticos), cuando fue a Washington con un par de veterinarios que sabían drogar a caballos de carreras y un saco con recortes sensacionalistas de periódicos mexicanos y centroamericanos sobre asesinatos y violaciones cometidas por peones supuestamente enloquecidos por la marihuana.

—Muchos escritores se subieron a ese carro —dijo Franz—. El héroe daba una calada a un cigarrillo raro y al momento empezaba a tener alucinaciones extrañas, la mayoría referidas al sexo y a cosas sangrientas. Tal vez podría sugerir un episodio de Profundidades extrañas donde intervenga el Departamento de Narcóticos —añadió pensativo, más para sí mismo que para los demás—. Es una idea.

—Y las agonías del síndrome de abstinencia fueron parte del mito —continuó Saul—, así que cuando los beatniks y los hippies empezaron a tomar drogas como gesto de rebelión contra el establishment y la generación de sus padres, todos empezaron a tener terribles alucinaciones y agonías de abstinencia que ya les había advertido el mito inventado por la policía —sonrió pícaramente—. ¿Sabes?, a veces pienso que fue muy similar a los efectos de largo alcance de la propaganda bélica contra los alemanes. En la segunda guerra mundial cometieron todas las atrocidades, y más, de las que los acusaron, casi todas falsas, en la primera guerra mundial. Odio decirlo, pero la gente siempre intenta que se cumpla lo peor que espera.

—El análogo de la era hippie a las SS nazis es la Familia Manson —añadió Gun.

—En cualquier caso, eso es lo que aprendí cuando recorría el Hashbury de madrugada, suministrando torazina a los hijos de las flores per anum —continuó Saul—. No podía usar una aguja hipodérmica porque todavía no era enfermero de verdad.

—Así es como nos conocimos Saul y yo —dijo Gun, pensativo.

—Pero no fue a Gun a quien di la torazina rectal —corrigió Saul—, eso habría sido demasiado romántico. Fue a un amigo suyo, que había tomado una sobredosis, y luego le llamó, y a su vez él nos llamó a nosotros. Así es como nos conocimos.

—Mi amigo se recuperó bastante bien.

—¿Cómo conocisteis a Cal? —preguntó Franz.

—Cuando se mudó aquí —dijo Gun.

—Al principio fue sólo como si el silencio hubiera caído sobre nosotros —dijo Saul, pensativo. Pues el anterior habitante de su habitación era excepcionalmente ruidoso, incluso para este edificio.

—Y entonces fue como si un ratón silencioso pero musical se hubiera unido a la población. Porque nos pareció oír una flauta, pero tan bajito que creímos estar imaginándolo.

—Al mismo tiempo —dijo Saul—, empezamos a advertir a esa joven atractiva, muy amable y poco comunicativa que entraba o salía de la planta cuatro, siempre sola y siempre abriendo y cerrando muy amablemente las puertas del ascensor.

—Y entonces una noche fuimos a escuchar los cuartetos de Beethoven en el Veterans Building. Ella estaba entre el público y nos presentamos.

—Los tres tomamos la iniciativa —añadió Saul—. Al final del concierto ya éramos amigos.

—Y el siguiente fin de semana la ayudamos a redecorar su apartamento —terminó Gun—. Era como si nos conociéramos desde hacía años.

—O al menos como si ella nos hubiera conocido desde hacía tiempo —precisó Saul—. Nosotros tardamos mucho más en conocerla..., la vida tan superprotegida que llevaba, las dificultades con su madre...

—Lo duro que le resultó la muerte de su padre...

—Y cómo decidió que tenía que hacer las cosas por sí misma.

—Saul se encogió de hombros— y aprender de la vida —miró a Franz—. Tardamos aún más tiempo en descubrir lo sensible que es bajo ese exterior competente y frío, y también sus habilidades aparte de la música.

Franz asintió.

—¿Y ahora vas a contarme la historia sobre ella que me estaba guardando? —preguntó a Saul.

—¿Cómo sabías que iba a hablarte de ella? —inquirió el otro.

—Porque la miraste antes de decidir no contarle en el restaurante —le dijo Franz—, y porque no me invitaste hasta estar seguro de que ella no iba a venir.

—Los escritores sois muy listos —observó Saul—. Bueno, en cierto modo ésta es una historia de escritores. De tu tipo de escritor, de horror sobrenatural. Tu Corona Heights me hizo querer hablarte del tema. El mismo reino de lo desconocido, pero en un país diferente.

Franz quiso decir que eso era lo que había anticipado, pero se contuvo.

Saul encendió un cigarrillo y se acomodó contra la pared. Gun ocupó el otro extremo del sofá. Franz estaba sentado en un sillón frente a ellos.

—Me di cuenta bastante pronto de que Cal estaba muy interesada en la gente que tengo en el hospital. No porque hiciera preguntas, sino por la forma en que se quedaba quieta cuando los mencionaba. Eran una cosa más en el enorme mundo que empezaba a explorar y se sentía obligada a aprender y simpatizar con él, o a prepararse para hacerle frente... en su caso parece una combinación de ambas cosas.

»Bien, en aquellos días yo estaba muy interesado en mi gente. Llevaba un año en el turno de noche y había estado al cargo durante un par de meses, y por eso tenía muchas ideas sobre los cambios que quería hacer y que de hecho estaba haciendo. Para empezar, me parecía que la enfermera encargada del pabellón antes que yo se había pasado en la administración de sedantes —sonrió—. Verás, esa historia que le conté a Bonny y a Dora no era inventada del todo. Pues bien, reduje la ración de sedantes hasta el punto de que podía comunicarme y trabajar con los pacientes y dejaron de estar Comatosos a la hora del desayuno. Naturalmente, eso hace que el pabellón sea a veces más animado y problemático, pero yo era nuevo y animado y creía poder manejarlo.

Se echo a reír.

—Supongo que eso es algo que hacen al principio casi todas las personas al cargo: reducir los barbitúricos, hasta que se cansan o tal vez se irritan y deciden que la paz merece la pena un poco de sedación.

»Pero yo estaba llegando a conocer a mi gente bastante bien, o eso creía, y sabía en qué etapa de cada ciclo estaba cada uno, y por eso podía anticipar sus ataques y mantenía el pabellón controlado. Tenía al joven señor Sloan, por ejemplo, que sufría epilepsia, de la clase petit mal, junto con depresión extrema. Era muy educado, y mostraba talento artístico. A medida que se aproximaba al clímax de su ciclo, empezaba a tener sus ataques de petit mal, ya sabes, breves pérdidas de consciencia, «no estar» allí durante unos minutos, tambalearse un poco... cada vez más cerca, cada veinte minutos o así, luego con más frecuencia. A veces pienso que la epilepsia es como si el cerebro intentara provocarse un electroshock. En cualquier caso, mi joven señor Sloan se aproximaba al clímax de forma parecida o imitando al grand mal, donde caía al suelo y se rebullía y hacía mucho escándalo y ejecutaba actos automáticos y perdía el control de todas sus funciones corporales... antes lo llamaban epilepsia psíquica. Entonces sus ataques de petit mal se espaciaban y se sentía mejor durante una semana. Parecía cronometrarlo exactamente y ponía un montón de esfuerzo creativo en ello, ya te digo que tenía talento artístico. ¿Sabes? A menudo pienso que toda locura es una forma de expresión artística, sólo que la persona no se tiene más que a sí mismo para trabajar: no puede conseguir materiales externos para manipular, por eso pone todo su arte en su conducta.

»Bien, como decía, sabía que Cal sentía curiosidad por mi gente, e incluso había dado a entender que le gustaría verlos, así que una noche, cuando todo iba como una seda y todos mis pacientes se encontraban en sus ciclos tranquilos, la llevé a verlos.

Naturalmente, tuve que forzar un poco las reglas del hospital, como es de esperar. No había luna esa noche, ni luna nueva ni nada, porque la luz de la luna excita a la gente, especialmente a los locos. No sé cómo, pero es así.

—Eh, nunca me habías hablado de eso antes —interrumpió Gun—. Me refiero a lo de llevarte a Cal al hospital.

—¿Ah, no? —dijo Saul, y se encogió de hombros—. Bueno, llegó una hora después de que se marchara el turno de día, un poco pálida y aprensiva, pero excitada... y casi de inmediato todo en el pabellón empezó a irse de la mano y volverse loco. La señora Willis empezó a gemir y a quejarse de sus terribles desgracias. No le tocaba hasta dentro de una semana, según mis cálculos, y es realmente horrible escucharla. Y eso disparó a la señorita Craig, que grita como nadie. El señor Schmidt, que llevaba más de un mes comportándose muy bien, se las arregló para bajarse los pantalones y descargar un montón de mierda antes de que pudiéramos detenerle ante la puerta del señor Bugatti, que es su «enemigo» de vez en cuando..., y nosotros no habíamos tenido ese tipo de conducta en el pabellón desde el año anterior. Mientras tanto, la señora Gutmayer había volcado la bandeja de su cena y estaba vomitando, y el señor Stowacki había conseguido de algún modo romper un plato y cortarse... y la señora Harper gritaba a la vista de la

sangre (no había mucha), y eso hizo que fueran dos gritando, no al estilo de Fay Wray, pero casi.

»Bueno, naturalmente tuve que abandonar a Cal mientras tratábamos con todo eso, aunque me preguntaba qué estaría pensando y me reprochaba por haberla invitado y por ser tan megalómano sobre mi habilidad para predecir y controlar desastres.

»Para cuando volví con ella, Cal se había marchado a la sala de recreo con el joven señor Sloan y un par de internos más, y había descubierto nuestro piano y estaba probándolo. El piano estaba horriblemente desafinado, desde luego, o eso debió de parecerle a ella al menos.

»Cal escuchó los apresurados informes que le di sobre la situación (excusas, supongo), que no teníamos normalmente mierda en los pasillos, etcétera, y de vez en cuando asentía, pero seguía trabajando en el piano al mismo tiempo, como si cazara las teclas menos desafinadas (después me confirmó que eso era exactamente lo que estaba haciendo). Me prestaba atención, sí, pero también se dedicaba al piano.

»Entonces me di cuenta de que otra vez empezaban a excitarse en el pabellón y que los ataques del petit mal de Harry (el señor Sloan) estaban mucho más cercanos unos de otros de lo que debían, y que caminaba inquieto en círculos alrededor de la sala de recreo. Según mis cuentas no debía llegar a su clímax hasta la noche siguiente, pero ahora, sin venir a cuento, había acelerado su ciclo y sin duda le esperaba su ataque de grand mal de un momento a otro.

»Empecé a advertir a Cal sobre lo que iba a suceder probablemente, pero justo entonces ella se echó atrás en su asiento y torció, un poco la cabeza, como hace a veces cuando empieza un concierto, y empezó a tocar algo muy ligero de Mozart (resultó ser la "Canción de Cherubino" de Las bodas de Figaro), pero en lo que parecía ser la clave más discordante de todas con aquel piano desafinado (después me confirmaría también esto).

»A continuación, moduló la música en otra clave apenas un poco menos discordante que la anterior, y así sucesivamente. Lo creas o no, había hallado una sucesión de claves desde las más discordantes a las menos con aquel piano desafinado, y ahora tocaba a Mozart con todas ellas en el mismo orden, de las menos armónicas hacia arriba. La letra de la "Canción de Cherubino" dice, más o menos: "Los que amamos el poder naturalmente que lo sentimos. ¿Por qué debería atravesar mi corazón de acero?". Y luego dice algo parecido a "en mi pena habita el placer".

»Mientras tanto, pude sentir las tensiones acumulándose a mi alrededor y pude ver que los ataques de petit mal de Harry se producían cada vez más rápidamente mientras él daba vueltas, y supe que iba a tener el ataque grande en un instante, y empecé a preguntarme si no debería detener a Cal agarrándola por las muñecas como si fuera una especie de bruja que practica magia negra con la música... el pabellón se había vuelto loco con su llegada, y ahora estaba haciendo lo mismo con su Mozart, que ascendía cada vez más de tono.

»Pero justo entonces moduló triunfal la clave menos discordante y por contraste pareció un agudo perfecto, increíblemente adecuado, y en ese instante Harry se lanzó no a su ataque de grand mal, sino a una danza extraña y saltarina en perfecta sincronía con la "Canción de Cherubino", y casi antes de saber lo que estaba haciendo, agarré a la señorita Craig (que tenía la boca abierta para gritar, pero que no gritaba) y bailé con ella detrás del joven Harry... y pude sentir que la tensión en todo el pabellón se desvanecía como el humo. De algún modo, Cal había fundido esa tensión, aflojándola y liberándola como había hecho con la depresión del joven Harry, haciendo que bailara a salvo sin tener un ataque fuerte. En ese momento me pareció lo más semejante a la magia que he visto en mi vida. Brujería, sí, pero blanca.

Con las palabras «aflojándola y liberándola» Franz recordó las palabras de Cal sobre la música y su «poder para liberar otras cosas y hacerlas volar y girar».

—¿Qué pasó luego? —preguntó Gun.

—No mucho más —dijo Saul—. Cal siguió tocando la misma tonada una y otra vez con la misma clave triunfal, y seguimos bailando y creo que un par de personas más se nos unieron, pero tocó cada vez más suavemente, hasta que pareció música para ratones, y luego se paró y cerró el piano con mucho cuidado, y nosotros dejamos de bailar y nos miramos sonrientes, y eso fue todo... excepto que todos nosotros estábamos en un sitio distinto a cuando empezamos. Y poco después ella volvió a casa sin esperar el final del turno, como si diera por sentado que lo que había hecho era algo que no podría repetirse. Y nunca hablamos mucho del tema después. Recuerdo haber pensado: «La magia es algo que sólo sucede una vez».

—¿Sabes? Me gusta —dijo Gun—. Me refiero a la idea de que la magia, y también los milagros, como lo que hacía Jesús, y también el arte, y la historia, no son más que fenómenos que no pueden repetirse. Al contrario que la ciencia, que trata de fenómenos que sí pueden ser repetidos.

—La tensión se fundió —murmuró Franz—..., la depresión se aflojó y se liberó... las notas vuelan como chispas... ¿Sabes, Gun? Eso me hace pensar en la máquina destructora de documentos que me enseñaste esta mañana.

—¿Qué máquina? —preguntó Saul.

Franz lo explicó brevemente.

—No me lo habías dicho —se quejó Saul a Gun.

—¿Y qué? —Gun sonrió y se encogió de hombros.

—Naturalmente, la idea de que la música es buena para los lunáticos y para tranquilizar almas atormentadas es muy antigua, —dijo Franz, casi con pesar.

—Al menos se remonta hasta Pitágoras —coincidió Gun—. Dos mil quinientos años.

Saul sacudió la cabeza, decidido.

—Eso que hizo Cal va mucho más allá.

Llamaron bruscamente a la puerta. Gun la abrió.

Fernando contempló la habitación, inclinando amablemente la cabeza, miró a Franz y sonrió.

—¿Ajedrez? —dijo.

11

Fernando era un jugador duro. En Lima tenía la categoría de experto. Echaron dos partidas en la habitación de Franz, justo lo que éste necesitaba para ocupar su mente aturdida, y durante el rato que pasaron jugando, Franz advirtió lo cansado que había quedado después de su escalada.

De vez en cuando musitaba algo acerca de la «brujería blanca» de Cal (si podía ser llamada así), y la magia negra (aún menos probable) que había encontrado en Corona Heights. Deseaba haber discutido con más profundidad ambos incidentes con Saul y Gun, aunque dudaba que le hubieran aclarado nada. Oh, bueno, los vería a ambos en el concierto de mañana por la noche: sus últimas palabras se habían referido a eso, pues le pidieron que les guardara los asientos si llegaba primero.

—¿Mañana por la noche? —preguntó Fernando al marcharse, señalando el tablero.

Franz entendía el suficiente español como para sonreír y asentir. Si no podía jugar de nuevo mañana, siempre podría hacérselo saber a Dorotea.

Durmió como un tronco y sin ningún sueño que luego recordase.

Se despertó completamente descansado, la mente despejada y muy tranquila, sus pensamientos medidos y seguros: la bendición de un buen sueño. El aturdimiento y la inseguridad de la noche anterior habían desaparecido. Recordó todos los hechos de ayer tal como habían sucedido, pero sin los tonos emocionales de excitación y miedo.



La constelación de Orión asomaba por su ventana, diciéndole que se acercaba el amanecer. Sus nueve brillantes estrellas componían un anguloso reloj de arena inclinado, desafiando al otro reloj más pequeño y estilizado creado por las diecinueve luces parpadeantes del repetidor de la torre de televisión.

Franz se preparó rápidamente una taza de café con la misma agua caliente del grifo, luego se puso las zapatillas y la bata y cogió sus binoculares dirigiéndose a la azotea. Se sentía pleno de facultades. Las ventanitas negras de los respiraderos y las puertas sin pomo de los trasteros sin usar eran tan fáciles de detectar como las puertas de las habitaciones ocupadas y los viejos pasamanos, repintados muchas veces, que tocaba al subir.

En la habitación de la azotea su pequeña linterna mostró los cables brillantes, el oscuro motor eléctrico, y los fríos y silenciosos brazos de hierro de los relés que se sacudirían violentamente, haciendo mucho ruido, chasqueando y agitándose, si alguien pulsaba un botón abajo. El enano verde y la araña.

Fuera, el viento de la noche arreciaba. Al pasar ante un pozo de ventilación, Franz se detuvo y por impulso dejó caer un poco de grava. El sonidito brusco con sus leves tonos huecos tardó unos ocho segundos en llegarle desde abajo, según calculó. Unos veinticinco metros, eso era. Sintió satisfacción al pensar en cómo estaba despierto y con la cabeza despejada mientras mucha gente dormía todavía.

Contempló las estrellas que tachonaban la negra cúpula de la noche como pequeños clavos de plata. A pesar de las brumas y nieblas de San Francisco y el smog que llegaba de Oakland y San José, la noche era buena. La luna se había puesto. Franz estudió amorosamente la superconstelación de brillantes estrellas que llamaba el Escudo, un hexágono que se extendía por el cielo con sus vértices marcados por Capella al norte, la brillante Pólux (con Cástor cerca y ahora también Satumo), Proción, una estrella de la constelación boreal llamada Can Menor, Sirio, la más brillante de todas, el azulino Rigel de Orión, y (al norte de nuevo) Aldebarán, dorada y rojiza. Tras poner sus binoculares en funcionamiento, escrutó el dorado enjambre de las Híades y luego, bastante cerca del Escudo, la diminuta mancha blancoazulada de las Pléyades.

Las estrellas, firmes y seguras, encajaban con el estado de ánimo de su mente esta mañana y lo reforzaban. Buscó de nuevo Orión, luego bajó la mirada hacia el destellante repetidor de televisión. Bajo él, Corona Heights era una joroba negra contra las luces de la ciudad.

Recordó (claro como una gota de cristal, cómo se le aparecían los recuerdos últimamente después de despertarse) como cuando vio por primera vez de noche la torre del repetidor pensó en una línea de una historia de Lovecraft, *The Haunter of the Dark* (El morador de las tinieblas), donde el observador de otra aciaga colina (Federal, en Providence) ve que «la roja señal de Industrial Trust ardía volviendo grotesca la noche». Cuando vio por primera vez la torre pensó que era más que grotesca, pero ahora (¡qué extraño!) se había vuelto casi tan tranquilizadora para él como la estrellada Orión.

«¡El morador de las tinieblas!», pensó con una risa silenciosa. Ayer había vivido una parte de un relato que bien podía llamarse «El acechante de la cima». ¡Qué extraño!

Antes de regresar a su habitación escrutó brevemente los oscuros rectángulos y la delgada pirámide de los rascacielos del centro (los cocos del viejo Thibaut), el más alto de los cuales tenía sus propias luces rojas de advertencia.

Se preparó más café, esta vez usando el hornillo y añadiendo azúcar y leche. Entonces se tumbó en la cama, decidido a usar la mente para clarificar asuntos que le habían parecido neblinosos la noche anterior. El libro de Thibaut y el ajado diario componían ya la cabeza de su pintoresca Amante del Erudito junto a él en la cama. Añadió los gruesos rectángulos negros de *The Outsider* (El extraño) de Lovecraft y *Collected Ghost Stories* (Historias de fantasmas) de Montague Rhodes James, y también varios ejemplares amarillentos de *Weird Tales* (algún puritano les había arrancado las portadas) que

contenían relatos de Clark Ashton Smith, por lo que tuvo que tirar al suelo algunas brillantes revistas y las pintorescas servilletas.

—Te estás consumiendo, querida —dijo alegremente en sus pensamientos—, te ponen tonos oscuros. ¿Te vistes para un funeral?

Luego, durante un rato, leyó sistemáticamente Megapolisomancia. Santo Dios, el tipo podía emplear un estilo brillante y erudito bastante bien. Por ejemplo:

A lo largo de toda la historia siempre ha habido una o dos ciudades de tamaño monstruoso: Babel o Babilonia, Ur-Lhassa, Siracusa, Roma, Samarcanda, Tenochtitlán, Pekín... pero nosotros vivimos en la Era Megapolitana (o Necropolitana), donde esas aciagas lacras son múltiples y amenazan con abarcar y envolver el mundo con ciudades funerarias y multipotentes. Necesitamos un Pitágoras Negro para que revele la capa maligna de nuestras monstruosas ciudades y sus hediondas y chirriantes canciones, igual que el Pitágoras Blanco reveló la capa de las esferas celestiales y sus sinfonías cristalinas hace dos mil quinientos años.

O, añadiendo más de su cosecha de lo oculto:

Puesto que los hombres de las ciudades modernas habitamos ya en tumbas, acostumbrados a la mortalidad, surge la posibilidad de la prolongación indefinida de esta muerte en vida. Sin embargo, aunque es bastante practicable, sería una existencia morbosa y abatida, sin vitalidad o incluso pensamientos, sino sólo paramentación, y nuestros compañeros las entidades paramentales de origen azoico son más sañudas que las arañas o las comadreas.

¿Qué sería aquello de la paramentación? ¿Trance? ¿Sueños opiáceos? ¿Oscuros fantasmas rebullentes nacidos de la privación sensorial? ¿O algo completamente diferente?

El material ciudadano electro-mefítico del que hablo tiene potencial para conseguir vastos efectos en tiempos y localidades distantes, incluso en el lejano futuro y en otros mundos, pero no pretendo discutir en estas páginas de las manipulaciones requeridas para su control y manipulación.

Sin poder contener una exclamación de sorpresa, Franz recogió uno de los ajados pulps y sintió la tentación de leer la maravillosa fantasía de Smith, *The City of the Singing Flame* (La ciudad de la llama cantarina), donde grandes metrópolis se mueven y libran guerras, pero apartó decididamente la revista y cogió el diario.

Smith (estaba seguro de que se trataba de él) se había impresionado mucho con *De Castries* (así debía ser), casi cincuenta años antes. Y estaba claro que había leído *Megapolisomancia*. A Franz se le ocurrió que este ejemplar perteneció probablemente a Smith.

Leyó un pasaje típico del diario.

Tres horas hoy en 607 Rhodes con el furioso Tybalt. Todo lo que pude aguantar. La mitad del tiempo despotricando de sus acólitos caídos, la otra mitad lanzándome desdeñosamente fragmentos de la verdad paranatural. ¡Pero qué fragmentos! ¡Esa parte sobre el significado de las calles en diagonal!

Cómo ve el viejo diablo en las ciudades y sus enfermedades invisibles. Es un nuevo Pasteur, pero de lo muerto-vivo.

Dice que su libro es material infantil, pero lo nuevo (el núcleo y el porqué y el cómo de su funcionamiento) lo mantiene en su mente y en el Gran Cifrador del que es tan sibilino.

A veces llama al Cifrador su Libro-Cincuenta, es decir, si tengo razón y son lo mismo. ¿Por qué cincuenta?

Tendría que escribirle a Howard sobre esto, le sorprendería y le transfiguraría, sí: está de acuerdo e ilumina el horror decadente y pútrido que encuentra en Nueva York, Boston e incluso en Providence (¡no levantinos y mediterráneos, sino paramentales medio sentidos!). Pero no estoy seguro de que pudiera soportarlo. Por cierto que tampoco sé cuánto podré soportar yo. Cuando doy a entender al viejo Tiberio que comparta su conocimiento paranatural con otros espíritus afines, se vuelve tan horrible como el emperador de su apodo en sus últimos días en Capri y vuelve a maldecir a aquellos que considera caídos y le traicionaron en la Orden Hermética que creó.

Tengo que salir de aquí: tengo todo lo que puedo usar para escribir esas historias que lo están pidiendo a gritos. Pero ¿puedo renunciar al éxtasis definitivo de saber que cada día oiré de los labios del Pitágoras Negro una nueva verdad paramental? Es como una droga. ¿Quién puede renunciar a esa fantasía? Especialmente cuando la fantasía es la verdad.

Lo paranatural, sólo una palabra, ¡pero lo que significa!

Lo sobrenatural, un sueño de abuelas y sacerdotes y escritores de terror ¡Pero lo paranatural! Sin embargo, ¿cuánto podré soportar? ¿Podría aguantar el contacto directo con una entidad paramental y no destrozarme?

Volviendo a hoy, sentí que mis sentidos se estaban metamorfoseando. San Francisco era una meganecrópolis vibrando de paramentales al borde de la visión y la audición, cada manzana un cenotafio surreal que enterraría a Dalí, y yo uno de los muertos vivientes consciente de todo con frío deleite. ¡Pero ahora tengo miedo de las paredes de esta habitación!

Franz miró con una risita a la pared desconchada cerca de la cama y bajo el arácnido dibujo del repetidor de televisión con su rojo tono fluorescente.

—Estaba verdaderamente trastornado, ¿eh, querida? —le dijo a su Amante del Erudito.

Entonces volvió a concentrarse. El «Howard» mencionado tenía que ser Howard Phillips Lovecraft, ese Poe puritano del siglo xx, con su lamentable pero innegable repulsa hacia los enjambres de inmigrantes que sentía estaban amenazando las tradiciones y monumentos de su amada Nueva Inglaterra y toda la costa este (¿No había escrito Lovecraft como «negro» de un hombre llamado Castries? ¿O Catser? ¿Quizá Carswell?). Smith y él mantuvieron una estrecha amistad epistolar. Y la mención de un Pitágoras Negro bastaba para demostrar que el escritor del diario había leído el libro de De Castries. Y aquellas referencias a una Orden Hermética y a un Gran Cifrador (o Libro-Cincuenta) sacudían la imaginación. Pero Smith (¿quién si no?) se había sentido tan aterrado como fascinado por las divagaciones de su extraño mentor.

Se apreciaba aún con más claridad en un párrafo posterior.

Odié lo que el sonriente Tiberio dio a entender hoy sobre la desaparición de Bierce y las muertes de Sterling y Jack London. No sólo que fueron suicidios (cosa que niego categóricamente, sobre todo en el caso de Sterling), sino que hubo otros elementos en sus muertes, elementos para los que el viejo diablo parece requerir crédito.

Está claro que desvariaba cuando dijo: «Puedes estar seguro de una cosa, mi querido muchacho, que todos ellos lo pasaron mal paramentalmente antes de que se lanzaran, o fueran lanzados, a sus grises infiernos paranaturales. Es muy inquietante, pero es el destino común de los Judas, y de los pequeños entrometidos», añadió, mirándome por debajo de sus pobladas cejas blancas.

¿Podría estar hipnotizándome?

¿Por qué espero, ahora que las amenazas sobrepasan las revelaciones? Esas cosas inconexas sobre las técnicas para dar olor a las entidades paramentales... claramente fueron una amenaza.

Franz frunció el ceño. Sabía bastante sobre el brillante grupo literario centrado en San Francisco a principios de siglo y del número de ellos, extrañamente elevado, que tuvo un final trágico: el escritor macabro Ambrose Bierce, que desapareció en el México sacudido por la revolución de 1913; London, que moriría poco después de uremia y envenenamiento por morfina, y el poeta fantástico Sterling, que pereció envenenado en los años veinte. Pensó que tendría que preguntarle a Jaime Donaldus Byers sobre el tema a la primera oportunidad.

La última entrada del diario, interrumpida a mitad de una frase, tenía el mismo estilo:

Hoy sorprendí a Tiberio escribiendo con tinta negra en una especie de libro de cuentas. ¿Su Libro-Cincuenta? ¿El Gran Cifrador? Logré ver una página de lo que parecían signos astronómicos y astrológicos (¿podrían haber cincuenta?), antes de que lo cerrara de golpe y me acusara de espiarlo. Intenté calmarlo, pero él se negó a hablar de nada más.

¿Por qué me quedo? ¡Ese hombre es un genio (¿paragenio?), pero también es un paranoico!

Agitó el libro ante mí, gritando: «Tal vez vengas a hurtadillas una noche cualquiera y lo robes! Sí, ¿por qué no lo haces? ¡Sólo sería tu final, paramentalmente hablando! Eso no haría daño. ¿O sí?»

Sí, por Dios, es hora de que...

Franz echó un vistazo a las páginas siguientes, todas en blanco, y luego miró la ventana, que desde la cama mostraba sólo la pared igualmente blanca del más cercano de los dos rascacielos.

Pensó qué extraña fantasía sobre edificios era todo esto: las ominosas teorías de De Castries sobre ellos, Smith viendo a San Francisco como... sí, una meganecrópolis, el horror de Lovecraft hacia las enormes torres de Nueva York, los rascacielos del centro vistos desde la azotea, el mar de tejados que había visto desde Corona Heights, y este viejo edificio ajado, con sus pasillos oscuros y su vestíbulo vacío, sus extrañas ventilaciones y sus trasteros, sus ventanas negras y sus agujeros ocultos.

12

Franz se sirvió más café (ya hacía rato que era de día), y se llevó a la cama un puñado de libros de la estantería. Para hacerles espacio, tuvo que tirar al suelo más revistas. Bromeó con su Amante del Erudito.

—Te vuelves más sombría y más intelectual, querida, pero ni un día más vieja y te mantienes tan delgada como siempre. ¿Cómo lo consigues?

Los nuevos libros eran un claro ejemplo de lo que consideraba su biblioteca de referencias sobre cosas realmente extrañas. No trataban sobre el nuevo material de ocultismo, que tendían a ser obra de charlatanes y timadores, o ingenuos que se engañaban a sí mismos e ignoraban lo que era ser erudito, residuos de la marea de la brujería (sobre la que Franz era tan escéptico), pero que se acercaban al tema desde puntos de vista firmes. Los hojeó rápidamente, con intensidad, complacido, mientras sorbía su humeante café. Estaba el libro del profesor D. M. Nostig *The Subliminal Occult* (Lo oculto subliminal), un libro curioso e intensamente escéptico que desmonta con rigor todas las reclamaciones de los parapsicólogos y todavía encuentra un residuo para lo inexplicable; la inteligente y profunda monografía de Montague White Tape (*Cinta Blanca*),

con su tesis de que la civilización está siendo asfixiada, momificada por sus propios archivos, los burocráticos y todos los demás, y por sus autoobservaciones infinitamente recesivas; ejemplares raídos de dos libros extremadamente raros y considerados espúreos por muchos críticos; Ames et Fantômes de Doleur del Marqués de Sade y Knochenmädchen in Pelze (mit Peitsche) de Sacher-Masoch; De profundis, de Oscar Wilde, y Suspiria de profundis (con sus Tres Señoras de la Pena) de Thomas De Quincey, ese viejo comedor de opio y metafísico, ambos libros corrientes pero extrañamente ligados por algo más que sus títulos; The Mauritius Case (El caso Mauritius) de Jacob Wasserman; Viaje al fin de la noche, de Céline; varios ejemplares de la revista Gnostica de Bonewits; The Spider Glyph in Time (El glifo araña en el tiempo) de Mauricio Santos-Lobos; y la monumental Sex, Death and Supernatural Dread (Sexo, muerte y temores sobrenaturales) de la doctora Frances D. Lettland.

Durante largo rato su mente corrió felizmente por el extraño mundo de maravillas evocado por estos libros, el de De Castries y el diario y los claros recuerdos de las extrañas experiencias de ayer. En verdad, las ciudades modernas eran los misterios supremos del mundo, y los rascacielos sus catedrales seculares.

Al releer el poema en prosa «Señoras de la Pena» en Suspiria, se preguntó, y no por primera vez, si esas creaciones de De Quincey tenían algo que ver con el cristianismo. Cierta, Mater Lachrymarum, Nuestra Señora de las Lágrimas, la hermana mayor, recordaba a la Mater Dolorosa, uno de los nombres de la Virgen; y también la segunda, Mater Suspiriorum, Nuestra Señora de los Suspiros... e incluso la terrible hermana menor, Mater Tenebrarum, Nuestra Señora de las Tinieblas (De Quincey planeaba escribir un libro sobre ella, The Kingdom of Darkness [El reino de la oscuridad], pero al parecer nunca llegó a hacerlo; eso sí que habría sido magnífico). Pero no, sus antecedentes se hallaban en el mundo clásico (eran un paralelo de los tres Destinos y las tres Furias), y en los laberintos de la consciencia amplificada por la droga del inglés bebedor de láudano.

Mientras tanto, Franz daba forma a sus intenciones sobre cómo pasar el día, que prometía ser hermoso. Primero, empezaría localizando ese elusivo 607 Rhodes, empezando por la historia de este edificio anónimo, el 811 de Geary. Sería un caso de prueba excelente. Y Cal, además de Gun, quería saber la historia. A continuación, ir de nuevo a Corona Heights para comprobar si había visto de verdad su ventana desde allí. Por la tarde, visitaría a Jaime Donaldus Byers (tendría que llamarlo primero). Y esta noche, por supuesto, el concierto de Cal.

Parpadeó y miró alrededor. A pesar de la ventana abierta, la habitación estaba llena de humo. Con una sonrisa triste apagó cuidadosamente el cigarrillo en el borde del cenicero repleto.

Sonó el teléfono. Era Cal, invitándole a bajar a desayunar. Franz se duchó, se afeitó, se vistió y luego bajó.

13

En la puerta, Cal parecía tan joven y tan dulce con su vestido verde y el pelo recogido en una cola de caballo, que Franz sintió deseos de abrazarla y besarla. Pero también tenía su expresión meditativa y ausente, «mantente intacta para Bach».

—Hola, querido —dijo ella—. Por fin dormí esas doce horas que amenazaban a mi orgullo. Dios es piadoso. ¿Te importa volver a desayunar huevos? Ya es casi la hora del almuerzo. Sírvete café.

—¿Más prácticas hoy? —preguntó Franz, mirando el teclado electrónico.

—Sí, pero no con eso. Esta tarde tendré tres o cuatro horas con el clavicordio del concierto. Y lo afinaré.

Franz bebió café cremoso y contempló la poesía de movimientos mientras ella cascaba los huevos, un ballet inconsciente de ovoides blancos y dedos estilizados. La comparó con Daisy y, para su diversión, con su Amante del Erudito. Cal y esta última eran esbeltas, algo intelectuales, silenciosas, tocadas decididamente por la Diosa Blanca, ensoñadoras pero disciplinadas. Daisy también lo fue, y tenía alma de poeta, y era también disciplinada, y se mantenía intacta... para el tumor cerebral. Franz evitó el tema.

Pero blanco era realmente el adjetivo que cuadraba con Cal. No era ninguna Señora de las Tinieblas, sino una Señora de la Luz, en eterna oposición, el yang de su yin, el Ormazd de su Ahriman... ¡Sí, por Robert Ingersoll!

Y en efecto parecía una estudiante, el rostro una máscara de alegre inocencia y buena conducta. Pero entonces Franz la recordó la primera vez que la vio en concierto. Él estaba sentado cerca, a un lado, y podía ver su perfil entero. Como por arte de magia, se convirtió en alguien que él nunca había visto antes y ni siquiera estaba seguro de querer volver a ver. La barbilla se le clavó en el cuello, las aletas de la nariz se le hincharon, el ojo se volvió implacable y todopoderoso, los labios se apretaron y se curvaron desagradablemente en las esquinas, como una salvaje maestra de escuela, y fue como si estuviera diciendo: «Oídmeme, cuerdas, y usted también, señor Chopin. Ahora comportaos perfectamente o ya veréis». Era la expresión de la joven profesional.

—Cómetelas mientras están calientes —murmuró Cal, colocándole el plato delante—. Aquí tienes la tostada. Con un poco de mantequilla.

Poco después, ella le preguntó cómo había dormido, y él le contó lo de las estrellas.

—Me alegra que creas.

—Sí, en cierto modo eso es verdad —tuvo que admitir Franz—. San Copérnico, en todo caso, e Isaac Newton.

—Mi padre también juraba por ellos. Recuerdo que una vez incluso lo hizo por Einstein. Yo también empecé a hacerlo, pero mi madre me desanimó amablemente. Lo consideraba de mal gusto.

Franz sonrió. No mencionó sus lecturas de la mañana ni los hechos de ayer: ahora parecían temas inadecuados.

—Creo que Saul estuvo muy bien anoche —dijo ella—. Me gusta la forma en que flirtea con Dorotea.

—Le encanta fingir que la molesta.

—Y a ella le encanta fingir que lo consigue —coincidió Cal—. Creo que le regalaré un abanico por Navidad, sólo para tener el placer de verla usarlo. Sin embargo, no estoy segura de fiarme de él con respecto a Bonita.

—¿Quién, nuestro Saul? —preguntó Franz, sólo con sorpresa medio fingida.

Recordó, vívida e incómodamente, las risas que oyó en la escalera ayer por la mañana, una risa cargada de placer y cosquillas.

—La gente tiene características insospechadas —observó Cal plácidamente—. Esta mañana estás lleno de energía. Casi hasta rebosar, pero te contienes por mí. Aunque por debajo de todo estás pensativo. ¿Qué planeas hacer hoy?

Se lo dijo.

—Parece magnífico. Me han dicho que la casa de Byers es aterradora. O tal vez querían decir exótica. Y la verdad es que me gustaría averiguar lo del 607 Rhodes. Ya sabes, mirar por encima del hombro de nuestro «corpulento Cortez» y verlo allí, sea lo que sea, «silencioso sobre un pico en Darien». Y averiguar la historia de este edificio, como se preguntaba Gun. Eso sería fascinante. Bueno, tengo que prepararme.

—¿Te veré antes? ¿Te llevo? —preguntó Franz mientras se levantaba.

—No, antes no —dijo ella pensativamente—. Pero después sí —le sonrió—. Me alivia saber que estarás allí. Ten cuidado, Franz.

—Ten cuidado tú también, Cal.

—Los días de concierto me envuelvo en lanas. No, espera.

Ella se acercó a él, la cabeza alzada, todavía sonriendo. Él la rodeó con los brazos antes de que se besaran. Los labios de Cal eran suaves y frescos.

14

Una hora después, un joven agradablemente serio en la Oficina de Archivos del Ayuntamiento informó a Franz que el 811 de la calle Geary estaba designado como Bloque 320, solar 23 en su provincia.

—Para cualquier cosa referida a la historia anterior del solar —dijo—, tiene que ir a la Oficina de Recaudaciones. Allí deben de saberlo, porque son los que se encargan de los impuestos.

Franz cruzó el amplio y resonante corredor de mármol hasta la Oficina de Recaudaciones, que flanqueaba la entrada principal al Ayuntamiento situado al otro lado. Los dos grandes ídolos y guardias cívicos, pensó, el papeleo y el dinero.

—Su siguiente paso es ir a la Oficina de Permisos de Edificios en el Anexo del Ayuntamiento, que está frente a la calle a la izquierda y averiguar cuándo se solicitó un permiso para construir en el solar —le dijo una mujer con fastidio; tenía el pelo de color rojo grisáceo—. Cuando nos traiga esa información podremos ayudarle. Debe de ser fácil. No tendrán que investigar demasiado. En esa zona todo quedó destruido en 1906.

Franz obedeció, pensando que todo esto se estaba convirtiendo no sólo en una fantasía, sino en un ballet de edificios. Investigar únicamente un edificio modesto le había conducido a lo que podía llamar el Baile de las Vueltas. Sin duda, el objeto era que el público molesto se cansara y se rindiera en este punto, pero él podría con todos. El espíritu animado que Cal había advertido esta mañana todavía se mantenía firme.

Sí, un ballet nacional de edificios grandes y pequeños, rascacielos y cabañas, todos creciendo y cubriendo las calles y luego desapareciendo, ayudados por terremotos o no, al ritmo de la propiedad, el dinero, y los registros, con una orquesta sinfónica de millones de empleados y burócratas, todos especializados en el papeleo, cada uno leyendo y obedeciendo a su parte de la partitura infinita, que sería entregada, cuando los edificios cayeran, a las máquinas destructoras de documentos, fila tras fila como hileras de violines, no Stradivarius, sino Shredmaster. Y el papel cubriéndolo todo como si fuera nieve.

En el anexo, un edificio de oficinas con techos bajos, Franz se sintió agradablemente sorprendido (pero su cinismo lo compensó todo) cuando un grueso joven asiático, después de que le suplicara adecuadamente con la fórmula ritual del número del bloque y el solar, le tendió en un par de minutos un viejo impreso doblado escrito con tinta que se había vuelto marrón y que empezaba diciendo: «Solicitud de permiso para erigir un edificio de ladrillo de siete plantas con bastidores de acero en la cara sur de la calle Geary a setenta metros de Hyde Street, con un coste aproximado de 74.870 dólares para ser utilizado como hotel», y terminaba «Archivado el 15 de julio de 1925».

El primer pensamiento de Franz fue que Cal y los demás se sentirían aliviados al saber que el edificio tenía al parecer bastidores de acero, un tema sobre el que se habían preguntado mientras hacían especulaciones sobre terremotos y sobre el que nunca habían llegado a una respuesta satisfactoria. El segundo fue que la fecha convertía al edificio en algo tan reciente que casi resultaba decepcionante: el San Francisco de Dashiell Hammett... y Clark Ashton Smith. Sin embargo, los grandes puentes no habían sido construidos todavía en aquella época: los ferris hacían todo el trabajo. Cincuenta años era una fecha respetable.

Copió la mayor parte del texto, devolvió el impreso al grueso joven (que sonrió de forma casi inescrutable), y regresó a la Oficina de Recaudaciones, agitando alegremente su maletín. La mujer pelirroja estaba ocupada en alguna otra parte, y dos ancianos que

cojeaban recibieron su información dudosamente, pero por fin se dignaron a consultar un ordenador, bromeando sobre si funcionaría, pero claramente respetuosos a pesar de su humor.

Uno de ellos pulsó algunas teclas y leyó de una pantalla que resultaba invisible al público:

—Sí, el permiso se concedió el nueve de septiembre de mil novecientos veinticinco, y se construyó en el veintiséis. La construcción se terminó en junio.

—Aquí dice que iba a ser un hotel. ¿Puede decirme el nombre? —preguntó Franz.

—Para eso tendrá que consultar un directorio de la ciudad de ese año. Los nuestros no llegan tan lejos. Inténtelo en la biblioteca pública, al otro lado de la plaza.

Franz cruzó diligentemente la gran calzada gris, salpicada de verde oscuro por los árboles que había plantados a intervalos distantes, y brillante por las pequeñas fuentes de agua potable y otras (los grandes que se agitaban con el viento. En los cuatro lados de la plaza los edificios gubernamentales se alzaban pomposamente, la mayoría amorfos y de aspecto similar, pero el Ayuntamiento detrás de él con su clásica cúpula verdosa y la biblioteca pública delante eran algo más decorados, la última con nombres de grandes Pensadores y escritores norteamericanos, Poe incluido (un tanto a nuestro favor). Una manzana más al norte, el severo, oscuro y moderno Federal Building (todo de vidrio) se alzaba como un vigilante hermano mayor.

Sintiéndose jubiloso y un poco afortunado, Franz se apresuró. Todavía tenía muchas cosas que hacer hoy y el sol indicaba que se hacía tarde. Tras pasar las puertas giratorias se abrió paso entre una maraña de jóvenes con gafas, niños, hippies y viejos jubilados (todos lectores típicos), devolvió dos libros, y sin esperar aprobación cogió el ascensor hasta el pasillo vacío del tercer piso. En la silenciosa y elegante San Francisco Room una bonita joven le susurró que los directorios de la ciudad sólo llegaban hasta 1918, los posteriores (¿más corrientes?) estaban en la sala de catálogos del segundo piso, con las guías telefónicas.

Sintiéndose algo decepcionado, pero no mucho, Franz bajó a la gran sala familiar. En el siglo pasado y los primeros años de éste, las bibliotecas fueron construidas con el mismo espíritu que los bancos y las estaciones de ferrocarril: todo pompa y circunstancia. En una esquina dividida por grandes estanterías, encontró los libros que quería. Dirigió la mano hacia 1926, luego cambió la trayectoria hacia 1927, donde seguro estaría listado su hotel, si es que había habido uno. Ahora se divertiría buscando las direcciones de todos los que aparecían mencionados en la solicitud y encontraría el hotel, por supuesto, aunque este último requeriría una búsqueda más exhaustiva, pues había que comprobar las direcciones (que podían ser dadas por las calles transversales en vez de por números), y tal vez tuviera que buscar los hoteles de apartamentos.

Antes de sentarse, miró su reloj. Dios mío, era más tarde de lo que pensaba. Si no se apresuraba, llegaría a Corona Heights después de que el sol se hubiera puesto y sería ya demasiado tarde para el experimento que quería hacer. Y los libros como éste no podían sacarse de la biblioteca.

Sólo tardó un par de segundos en tomar una decisión. Después de echar una mirada casual pero concienzuda alrededor para asegurarse de que no había nadie mirándole, guardó el directorio en su maletín y se marchó de la sala, recogiendo al azar un par de libros de bolsillo de las girándolas. Luego bajó rápidamente la gran escalera de mármol que bien podía servir para rodar una escena de triunfo en una película épica de romanos, sintiendo que todo el mundo le miraba, pero negándose a creerlo. Se detuvo en el mostrador para firmar la retirada de los dos libros y salió del edificio sin mirar al guardia, que nunca comprobaba las bolsas y maletines, según sabía Franz, siempre y cuando te hubiera visto firmar en el mostrador.

Franz rara vez hacía este tipo de cosas, pero la promesa de hoy le hizo considerar que merecería la pena correr el riesgo.



Había un 19-Polk en la parada. Lo cogió, pensando complacientemente que ahora se había convertido en uno de los cleptómanos de Saul. ¡Hurra por la vida compulsivo!

15

Al llegar a casa, Franz echó un vistazo a su correo (nada que mereciera la pena abrir ahora mismo) y luego observó su habitación. Había dejado abierto el tragaluz. Dorotea tenía razón: una persona delgada y atlética podía entrar por allí. Lo cerró. Luego se asomó a la ventana y miró en todas direcciones, hacia los lados y hacia arriba (había una ventana como la suya, y luego la azotea), y hacia abajo (la de Cal dos pisos más abajo, y el sucio fondo del hueco, otros tres más, un callejón sin salida, lleno de basura acumulada durante años). No había manera de que nadie pudiera llegar a esta ventana usando una escalera de mano. Pero advirtió que su cuarto de baño estaba sólo a un paso de la ventana del apartamento de al lado. Se aseguró de que estuviera cerrada.

Luego quitó de la pared el gran boceto negro de la torre del repetidor de televisión cuyo fondo era rojo fluorescente y lo pegó, con la cara roja hacia fuera, en la ventana abierta, usando pinzas para tender. ¡Ajá! Se vería de forma inconfundible desde Corona cuando le diera la luz.

Se puso un ligero jersey bajo la chaqueta (parecía que hacía más frío que ayer), y se metió otro paquete de cigarrillos en el bolsillo. No se detuvo a prepararse un sándwich (después de todo, había comido dos tostadas esta mañana en casa de Cal). En el último minuto se acordó de coger los binoculares y el mapa, y el diario de Smith, pues tal vez quisiera mostrárselo a Byers: lo había llamado antes y había recibido una invitación típicamente efusiva pero algo fría, para que fuera a verlo a media tarde y se quedara a la fiesta que iba a dar por la noche. Algunos de los invitados irían disfrazados, pero el disfraz no era obligatorio.

Como toque final colocó el directorio de 1927 en el lugar donde estaría el trasero de su Amante del Erudito, y tras darle una rápida caricia íntima dijo con petulancia:

—Ya ves, querida, te he convertido en receptora de propiedades robadas. Pero no te preocupes, lo devolverás.

Entonces, sin hacer o decir nada más, cerró la puerta con llave tras él y se marchó.

Desde la esquina no se apreciaba ningún autobús, así que empezó a recorrer con paso vivo las ocho cortas manzanas que le separaban de Market. En Ellis dedicó deliberadamente unos segundos a mirar (¿a adorar?) su árbol favorito de San Francisco: un pino de seis pisos, sujetado por finos cables, que agitaba sus dedos verdes sobre una pared de madera marrón salpicada de amarillo entre dos edificios más elevados en un estrecho solar que, de algún modo, los especuladores habían pasado por alto. ¡Bastardos incompetentes!

Una manzana más allá, llegó el autobús y lo abordó, pues ahorraría un minuto. Tras hacer transbordo al N-Judah en Market, se sobresaltó (y tuvo que hacerse a un lado), cuando un pálido borracho con un informe traje gris sucio y sin camisa apareció tambaleándose desde ninguna parte (al parecer también iba al mismo sitio). «Ruega por nosotros, pecadores, etcétera», pensó, y se apartó de aquellos pensamientos, como había hecho en casa de Cal ante los recuerdos de la enfermedad mortal de Daisy.

De hecho, desterró tan bien de su mente todo material sombrío que el chirriante autobús pareció remontar Market y luego Duboce en medio de la brillante tarde como el carro del general victorioso en un triunfo romano (si estuviera pintado de rojo y tuviera un esclavo a la vera recordándole continuamente en voz baja que era mortal, ¡qué encantador!). Se bajó en la boca del túnel y subió ensimismado por Duboce, respirando profundamente. La calle no parecía hoy tan empinada, o tal vez él estuviera más

descansado (y siempre era más fácil subir que bajar, si se llevaba bien la respiración, lo decían los expertos en montañismo).

El barrio parecía particularmente limpio y amistoso.

En la cima, una pareja de jóvenes cogidos de la mano (enamorado, obviamente) entraban en la penumbra verde del Buena Vista Park. ¿Por qué le había parecido el lugar tan siniestro ayer? ¡Un día de estos seguiría el sendero hasta la arbolada cima del parque y luego bajaría jugando al otro lado para llegar al festivo Haigh, esa amenaza exagerada! Con Cal y tal vez los demás... la excursión que sugirió Saul.

Pero hoy era otro viaje: tenía otros asuntos. Y acuciantes. Miró su reloj y avanzó con firmeza, sin apenas detenerse a ver la cima irregular de las montañas desde lo alto de la colina del parque.

Pronto atravesó la verja y cruzó el verde prado situado tras las pendientes con su corona rocosa. A su derecha, dos niñas supervisaban una casa de muñecas sobre la hierba. Vaya, eran las mismas que había visto corriendo ayer. Y un poco más allá el San Bernardo estaba tendido junto a una mujer joven con un mono azul gastado que se cogía una trenza mientras se peinaba el largo cabello rubio.

Y a la izquierda, dos dobermans... ¡Los mismos, por Dios!

Estaban tendidos y bostezaban junto a otra pareja de jóvenes tumbados uno al lado de otro, aunque no se abrazaban. Franz les sonrió y el hombre le devolvió la sonrisa y le saludó casualmente con la mano. Era realmente el tópico poético, «una escena idílica». No se parecía en nada a ayer. Ahora la sugerencia de Cal sobre los oscuros poderes psiónicos de las niñas pequeñas parecía bastante forzada, aunque resultara encantadora.

Le habría gustado entretenerse un rato, pero se le acababa el tiempo. «Tengo que llegar a casa de Taffy», pensó con una risita. Subió la pendiente de grava (¡no era tan empinada!) y sólo tuvo que detenerse una vez. Por encima de su hombro se alzaba la torre de televisión con sus colores brillantes, tan fresca y elegante como una putita nueva (perdón, diosa). Se sintió jubiloso.

Cuando llegó a la cima, advirtió algo que no había visto ayer. Varias de las superficies de roca, al menos en su lado, habían sido garabateadas con spray de colores, aunque la mayoría de las pintadas estaban ya bastante gastadas. No eran tanto nombres y fechas como figuras. Cinco lados y estrellas de seis puntas, un sol, lunas en cuarto creciente, triángulos y cuadrados. Y un falo bastante modesto con un signo al lado como dos paréntesis unidos: yoni además de lingam. Pensó en el Gran Cifrador de De Castries. Sí, advirtió con una mueca, había símbolos que podían ser interpretados como astronómicos o astrológicos. Aquellos círculos con cruces y flechas... Venus y Marte. Mientras que el disco cornudo podía ser Tauro.

«Desde luego tu gusto en decoración de interiores es bastante raro, Taffy —se dijo—. Ahora a comprobar si me has robado el tuétano.»

Bueno, hacer pintadas en las protuberancias de roca era práctica común entre los jóvenes de hoy en día, los graffiti de las alturas. Recordó que a principios de siglo el mago negro Alesteir Crowley había pasado un verano pintando en grandes letras rojas sobre las empalizadas del Hudson HAZ LO QUE QUIERAS ES EL ÚNICO MANDAMIENTO Y CADA PERSONA ES UNA ESTRELLA para conmocionar e instruir a los neoyorquinos que viajaban en barco. Se preguntó perversamente qué alegre pintada habría valido para las extrañas montañas coronadas de rocas de Whisperer in Darkness (El susurrador en la oscuridad), El horror de Dunwich o En las montañas de la locura de Lovecraft, donde las montañas eran Everests, o en A Bit of the Dark World (Un poco del mundo oscuro) de Leiber, para el caso.

Encontró su sitio de piedra de ayer y entonces se obligó a fumar un cigarrillo para darse tiempo a templar sus nervios y relajarse, aunque estaba impaciente por comprobar que se había adelantado al sol. Sabía que lo había hecho, aunque por un margen bastante estrecho. Su reloj de pulsera así se lo aseguraba.

El día era más claro y soleado que ayer. El fuerte viento del oeste barría el aire, haciéndose sentir incluso en San José, que ahora no tenía ninguna capa visible de smog cubriéndolo. Los picos distantes tras las ciudades al este de la bahía y al norte en Marin County destacaban nítidamente. Los puentes brillaban.

Incluso el mar de tejados parecía amistoso y calmado hoy. Franz se encontró pensando en el increíble número de vidas que alojaba, unas setecientas mil, mientras un número ligeramente superior tenía su empleo bajo aquellos tejados, una medida de la enorme cantidad de gente que venía a San Francisco cada día desde la zona metropolitana a través de los puentes y las autovías y por TRAB bajo las aguas de la bahía.

Sin ayuda localizó lo que pensaba era la rendija donde se hallaba su ventana (le daba el sol de pleno, en cualquier caso) y luego sacó sus binoculares. No se molestó en colgárselos al cuello: su pulso era hoy firme. Sí, allí estaba el rojo fluorescente, desde luego, y parecía llenar toda la ventana, el escarlata destacaba, pero luego se apreciaba que sólo ocupaba la parte inferior izquierda. Vaya, casi podía distinguir el dibujo... no, eso sería demasiado.

Se acabaron las dudas de Gun (y las suyas propias) sobre si había localizado la ventana adecuada ayer. Sin embargo, era curioso cómo la mente humana arrojaba dudas incluso sobre sí misma para explicar cosas inusitadas y poco convencionales que había visto de forma vívida y sin error ninguno. La mente te dejaba en suspenso, vaya que sí.

Pero la vista era excepcionalmente nítida hoy. La Coit Tower destacaba clara y amarilla sobre Telegraph Hill: una vez fue la estructura más alta de Frisco, pero ahora era una minucia que se recortaba contra la bahía azul. Y el globo dorado y azul celeste de la Columbus Tower, una perfecta gema antigua contra las ordenadas ventanas de la Transamerica Pyramid, que parecían perforaciones en una tarjeta. Y las altas ventanas redondas del viejo Hobart Building que parecía el rico camarote repujado del comandante de un galeón, destacando contra las líneas verticales de aluminio de la nueva torre del Wells Fargo Building que se alzaba sobre él como un carguero interestelar esperando estallar. Franz empleó los binoculares, afinando sin esfuerzo el enfoque. Vaya, se había equivocado sobre la catedral Grace con sus vidrieras pintorescas y sombríamente sugerentes. Junto a la sosa masa contemporánea de los Cathedral Apartments podía verse su esbelta torre alzándose como un afilado estilete con una pequeña cruz dorada en la punta.

Echó otra ojeada a su ventana antes de que las sombras la engulleran. Tal vez podría ver el dibujo si afinaba el enfoque...

Mientras observaba, el cartón fluorescente desapareció de la vista. En su ventana asomó una cosa marrón pálido que agitó sus largos brazos alzados. Pudo ver su cara estirada hacia él, una máscara tan estrecha como la de un hurón, un triángulo marrón claro, completamente vacío, dos puntos sobre lo que podrían ser ojos u oídos, y una terminación rematada en una barbilla..., no, hocico... No, un tronco muy corto... una boca interrogante que parecía dispuesta a sorber un tuétano. Entonces la entidad paramental le miró a los ojos a través del cristal.

En su siguiente instante de consciencia, Franz oyó un clunk hueco y un débil tintineo, y escrutó el oscuro mar de tejados con los ojos desnudos intentando localizar en alguna parte una rápida cosa marrón que le acechaba a través de ellos y se aprovechaba de su ventaja para esconderse: una chimenea y su remate, una cúpula, un depósito de agua, un ático grande o pequeño, una gruesa tubería, una veleta, la caja de un acondicionador de aire, la cabina de un depósito de basuras, una claraboya, las paredes de un tejado bajo,

los muros de un conducto de aire. El corazón le latía con fuerza y respiraba entrecortadamente.

Sus frenéticos pensamientos dieron otro giro y escrutó las pendientes que le rodeaban, y el cubierto que ofrecían sus rocas y matorrales. ¿Quién sabía a qué velocidad viajaba un paramental? ¿Como un guepardo? ¿Como el sonido? ¿Como la luz? Bien podía estar aquí ya. Vio sus binoculares bajo la roca contra la que los había dejado caer cuando alzó las manos convulsivamente para intentar apartar aquella cosa de sus ojos.

Se encaramó a la cima. Las niñitas habían desaparecido del prado, y su nodriza y la pareja y los tres animales. Pero justo entonces un gran perro (¿Uno de los doberman?) (¿U otra cosa?) saltó hacia él y se perdió tras un macizo de rocas en la base de la pendiente. Franz había pensado en echar a correr por ese camino, pero no si el perro (o lo que fuera) estaba por allí. Había demasiados sitios donde ocultarse en este lado de Corona Heights.

Bajó rápidamente y, de pie sobre su asiento de piedra, se obligó a calmarse y buscó hasta encontrar la rendija con su ventana.

Estaba llena de oscuridad, así que ni siquiera con sus binoculares habría podido ver nada.

Bajó al suelo, aprovechándose de los asideros, y sin dejar de mirar rápidamente a un lado y otro, recogió sus binoculares rotos y se los metió en el bolsillo, aunque no le gustaba la forma en que tintineaban los cristales sueltos, ni la forma en que rechinaba la grava bajo sus pies. Unos sonidos así podían revelar su paradero.

Un instante de consciencia no podía cambiar tu vida de esta forma, ¿verdad? Pero lo había hecho.

Intentó enderezar su realidad, pero sin bajar la guardia. Para empezar, no existían las entidades paramentales, sólo eran parte de la seudociencia de De Castries. Pero él había visto a una, y como había dicho Saul, no había más realidad que las sensaciones inmediatas de un individuo: la visión, el oído, el dolor, eso era real. Niega tu mente, niega tus sensaciones, y estás negando la realidad. Incluso intentar racionalizar era negar. Pero por supuesto había sensaciones falsas, ilusiones ópticas y de otro tipo...

¡De verdad! Intenta decirle al tigre que te salta encima que es una ilusión. Eso conducía directamente a la alucinación y, cierto, a la locura. Partes de la realidad interna... ¿y quién podía decir hasta dónde llegaba esa realidad? También lo había dicho Saul: «¿Quién va a creer a un loco si dice que ha visto a un fantasma? ¿Realidad interior o exterior? ¿Quién va a decírselo?». En cualquier caso, se dijo Franz, debía recordar firmemente que ahora podría estar loco, sin bajar tampoco la guardia ni un ápice a ese respecto.

Mientras pensaba estas cosas se movía con cuidado, vigilante, bajando rápidamente la pendiente, manteniéndose un poco apartado del sendero de grava para hacer menos ruido, dispuesto a saltar si aparecía algo. No dejaba de mirar a un lado y otro, advirtiendo puntos donde era posible que algo se ocultase y midiendo las distancias. Tenía la impresión de que algo de tamaño considerable le estaba siguiendo, algo que era extraordinariamente listo y hacía sus rápidos movimientos de un escondite al siguiente, algo de lo que sólo veía (o creía ver) sus contornos.

¿Uno de los perros? ¿O más de uno? Imaginó a los perros como enormes arañas peludas. Una vez, cuando estaban en la cama, Cal le contó un sueño en el que dos grandes alsacianos se convertían en dos arañas igualmente grandes y elegantes. ¿Y si había ahora un terremoto (había que estar preparado para todo) y el terreno se abría y se tragaba a sus perseguidores? ¿Y si se lo tragaba también a él?

Llegó al pie de la colina y pronto rodeó el Josephine Randall Muscum. La sensación de que lo perseguían se redujo, o al menos consideró que no le seguían tan de cerca. Era bueno estar de nuevo cerca del contacto humano, aunque las casas parecieran vacías, y aunque los edificios fueran objetos donde podían ocultarse cosas. Este era el lugar donde enseñaban a los niños a no tener miedo de las ratas, los murciélagos, las tarántulas

gigantes y otras entidades. ¿Dónde estaban los niños de todas formas? ¿Se los había llevado a todos algún sabio Flautista de Hamelín de este lugar amenazado? ¿O los habían metido en el camión del «Side-walk Astronomer» y se los habían llevado a ver otras estrellas? Con los terremotos y erupciones de grandes arañas pálidas y entidades menos íntegras, San Francisco ya no era muy seguro. ¡Oh, idiota, vigila! ¡Vigila!

Mientras dejaba detrás el bajo edificio y bajaba la falda de la colina y pasaba ante las pistas de tenis y alcanzaba por fin la calleja sin salida que era el límite de Corona Heights, sus nervios empezaron a tranquilizarse un poco y sus frenéticos pensamientos también, aunque se llevó un susto terrible cuando oyó en alguna parte un brusco chirriar de ruedas sobre el asfalto y pensó por un momento que el coche aparcado al otro lado de la calle se había puesto en marcha para abalanzarse contra él, guiado por sus dos reposacabezas en forma de tumbas.

Al acercarse a Beaver Street por un estrecho callejón entre dos edificios, tuvo otra rápida visión de un terremoto local tras él y de Corona Heights convulsionada pero intacta, alzando luego sus grandes hombros marrones y su cabeza rocosa, sacudiendo de su espalda el Josephine Randall Junior Museum, preparándose para irrumpir en la ciudad.

Mientras bajaba por Beaver Street, empezó a encontrar por fin a gente; no mucha, pero unas pocas personas al menos. Recordó, como si fuera algo procedente de otra vida, su intención de visitar a Byers (incluso lo había telefoneado), y decidió si debía seguir adelante con la idea o no. Nunca había estado aquí antes, sus reuniones anteriores con el hombre habían sido en la casa de un amigo mutuo en el Haight. Cal dijo que había oído que el lugar daba miedo, pero no lo parecía desde fuera con su pintura verde oliva y su marco dorado.

Se decidió cuando una ambulancia en Castro, que acababa de cruzar, hizo aullar su sirena al acercarse a Beaver, y el sonido se hizo insoportablemente fuerte mientras el vehículo atravesaba la calle, lo que prácticamente catapultó a Franz hacia los escalones de la entrada y la hizo llamar a la aldaba de bronce que tenía la forma de un tritón.

Advirtió que la idea de ir a otro sitio que no fuera su casa le atraía. Su casa era un lugar tan peligroso como Corona Heights, quizás incluso más.

Después de una pausa enloquecedoramente larga, el pomo de bronce pulido giró, la puerta empezó a abrirse, y una voz tan grandilocuente como la de Vincent Price en sus mejores momentos dijo:

—Eso sí que es llamar con ganas. Vaya, si es Franz Westen. Pasa, pasa. Pero pareces aturdido, mi querido Franz, como si te hubiera traído esa ambulancia. ¿Qué han hecho ahora las calles perversas e impredecibles?

En cuanto Franz estuvo razonablemente seguro de que el rostro barbudo y algo teatral era el de Byers, entró en la casa.

—Cierra la puerta. Estoy aturdido —dijo mientras observaba la entrada ricamente amueblada y la gran habitación a la que daba, así como la escalera alfombrada que conducía a un rellano iluminado suavemente por una vidriera, y el oscuro pasillo más allá de la escalera.

—Todo a su tiempo —dijo Byers a sus espaldas—. Ya está cerrado, e incluso he echado el cerrojo, si eso te hace sentir mejor. ¿Te apetece un poco de vino? Parece que tu estado lo requiere. Pero dime de inmediato si debo llamar a un médico, para no tener esa inquietud encima.

Ahora estaban uno frente al otro. Jaime Donaldus Byers tenía aproximadamente la misma edad de Franz, unos cuarenta y tantos, y era de estatura media, con el porte tranquilo y orgulloso de un actor. Llevaba una chaqueta estilo Nehru verde claro bordada en dorado, pantalones similares, sandalias de cuero y una larga bata violeta, abierta pero sujeta por un estrecho cinturón. El pelo rojizo y bien peinado le llegaba hasta los hombros. La barba a lo Vandyke y el fino bigote estaban bien recortados. Su tez pálida, su noble

entrecejo y sus grandes ojos líquidos eran isabelinos, y sugerían a Edmund Spenser. Y era claramente consciente de todo eso.

—No, nada de médicos —dijo Franz, cuya atención estaba centrada en otra parte—. Y nada de alcohol esta vez, Donaldus. Pero si pudieras servirme un poco de café solo...

—Mi querido Franz, de inmediato. Pasa conmigo al salón. Todo está allí. Pero ¿qué es lo que te ha impresionado tanto? ¿Qué te persigue?

—Tengo miedo —dijo Franz brevemente, y entonces añadió—: de los paramentales.

—Oh, ¿es así como llaman a la gran amenaza hoy en día? —dijo Byers a la ligera, pero sus ojos se habían entornado bruscamente antes—. Siempre creí que era la Mafia. O la CIA. O algo de tus propias Profundidades extrañas, alguna novedad. Y siempre se puede contar con Rusia. Sólo me pongo al día de tarde en tarde. Vivo firmemente en el mundo del arte, donde realidad y fantasía son una.

Y se volvió y guió a Franz hacia el salón. Mientras entraba en él, Franz advirtió una mezcla de aromas: café recién hecho, vinos y licores, denso incienso y un perfume más fuerte. Pensó en la historia de Saul sobre la Enfermera Invisible y miró hacia la escalera y el negro pasillo, que ahora estaban a su espalda.

Byers indicó a Franz que eligiera un asiento, mientras se entretenía ante una gran mesa donde había varias botellas y dos humeantes recipientes de plata. Franz recordó el verso de Peter Viereck, «El arte, como el camarero, nunca se emborracha», y los años en que los bares fueron para él lugares donde refugiarse de los terrores y agonías del mundo exterior. Pero esta vez el miedo venía de dentro de él.

17

La habitación estaba amueblada con exquisito gusto, y aunque no era específicamente árabe, contenía mucha más ornamentación que retratos. El papel de la pared era de un tono cremoso, donde finas líneas doradas creaban una pauta de arabescos en forma de laberinto. Franz se sentó en un gran cojín colocado contra una pared, desde donde podía ver fácilmente el pasillo, la galería trasera y las ventanas cuyas cortinas levemente iluminadas transmitían la luz amarillenta e imágenes doradas del exterior. La plata brillaba en dos estanterías negras colocadas tras el cojín, y la mirada de Franz fue retenida contra su voluntad (su miedo) por un conjunto de pequeñas estatuillas de jóvenes enzarzados con gran entusiasmo en diversas actividades sexuales, principalmente perversas, con un estilo entre pompeyano y art déco. Bajo cualquier otra circunstancia les habría concedido más que un escrutinio de pasada. Parecían increíblemente detalladas y diabólicamente caras. Sabía que Byers procedía de una familia adinerada y producía un considerable volumen de exquisita poesía y artículos de prosa cada tres o cuatro años.

Byers depositó ante Franz una fina taza blanca llena hasta la mitad de humeante café y también un cuenco de plata sobre una mesita baja que contenía un cenicero de obsidiana. Luego se acomodó en un sillón, sorbió el vino blanco que se había servido y dijo:

—Cuando telefoneaste dijiste que tenías algunas preguntas que hacerme. Sobre ese diario que atribuyes a Smith y del que me enviaste una fotocopia.

—Eso es —respondió Franz, su mirada todavía escrutando sistemáticamente—. Tengo algunas preguntas para ti. Pero primero déjame contarte lo que acaba de pasarme.

—Por supuesto. Adelante. Estoy ansioso por saberlo.

Franz intentó condensar su narrativa, pero pronto descubrió que no podía hacerlo sin perder significado, y terminó ofreciendo una versión completa y cronológica de los sucesos acaecidos en las últimas treinta horas. Como resultado, y con la ayuda del café, que necesitaba, y de sus cigarrillos, que había olvidado fumar desde hacía casi una hora, empezó poco después a sentir una catarsis considerable. Sus nervios se apaciguaron bastante. No cambió de opinión sobre lo que había sucedido o sobre su importancia vital,

pero tener compañía humana que le escuchara con atención creaba emocionalmente una gran diferencia.

Pues Byers prestaba atención, ayudándose sólo con pequeños movimientos de cabeza y entornando los ojos o arrugando los labios y dando voz a breves comentarios o muestras de acuerdo.

Cierto, los comentarios no eran tanto prácticos como estéticos (incluso un poco frívolos), pero eso no molestó a Franz, tan inmerso estaba en su historia. Y Byers, a pesar de su frivolidad, parecía profundamente impresionado y mucho más que amablemente crédulo ante lo que Franz le decía.

Cuando Franz mencionó su ronda burocrática, Byers captó el humor de la situación de inmediato.

—¡La danza de los funcionarios, qué exquisito!

Y cuando se enteró de los logros musicales de Cal, observó:

—Franz, sí que tienes gusto con las chicas. ¡Toca el clavicordio, nada menos! ¿Qué podría ser más perfecto? Mi actual amiga-del-alma-secretaria-compañera-de-juegos-ama-de-llaves-amante-diosa-lunar es china, enormemente erudita, y trabaja los metales preciosos. Hizo esas tallas de plata deliciosamente pícaras, siguiendo el proceso de vaciado en cera de Cellini. Te habría servido el café hoy, pero es uno de sus días personales, cuando nos divertimos por separado. La llamo Fa Lo Suee (la hija de Fu Manchú, uno de nuestros chistes semiprivados), porque da la impresión de poder dominar el mundo si se le antoja hacerlo. La conocerás esta noche si te quedas. Discúlpame, por favor, continúa.

Cuando Franz mencionó las pintadas astrológicas en Corona Heights, Byers silbó suavemente.

—¡Qué apropiado! —dijo, con tanto énfasis que Franz le preguntó por qué—. Por nada —respondió—. Me refiero al enorme alcance de nuestros incansables mutiladores. Lo próximo será una pirámide de latas de cerveza en la cima mística de Shasta. Este vino de aguja es delicioso, tendrías que probarlo, una creación suprema de los viñedos San Martin en el soleado Valle de Santa Clara. Por favor, continúa.

Pero cuando Franz mencionó Megapolisomancia por tercera o cuarta vez e incluso citó algún párrafo de la obra, alzó una mano para interrumpirle y se dirigió a una alta estantería, la abrió y sacó de detrás del cristal oscuro un fino libro encuadernado en cuero negro y bellamente grabado con arabescos plateados. Lo tendió a Franz, quien lo abrió.

Era un ejemplar del feo libro de De Castries, idéntico al suyo, excepto por la encuadernación. Franz alzó la cabeza.

—Hasta esta tarde no había imaginado que poseías una copia, mi querido Franz —explicó Byers—. Me mostraste sólo el diario escrito con tinta violeta aquella noche en el Haight, según recordarás, y más tarde me enviaste una fotocopia de las páginas. Nunca mencionaste la compra de otro libro junto a él. Y esa noche estuviste, bueno... bastante confuso.

—En aquellos días estaba borracho todo el tiempo —dijo Franz llanamente.

—Comprendo..., pobre Daisy... no digas más. El tema es el siguiente: Megapolisomancia no es sólo un libro raro, sino también, literariamente, un libro secreto. En sus últimos años, De Castries cambió de opinión sobre él y trató de localizar todos los ejemplares y quemarlos. ¡Y lo hizo! Casi. Se sabe que se portó vengativamente con las personas que se negaron a entregarle sus copias. Era, de hecho, un hombre bastante desagradable, y yo añadiría que maligno, excepto que aborrezco los juicios morales. En cualquier caso, no me pareció en ese momento conveniente decirte que poseía lo que creía era el único ejemplar superviviente.

—¡Gracias a Dios! —dijo Franz—. Esperaba que supieras algo sobre De Castries.

—Sé bastante. Pero primero termina tu historia. Estabas en Corona Heights, en la visita de hoy, y acababas de mirar a través de tus binoculares la Transamérica Pyramid, que te hizo citar «nuestras pirámides modernas...

—Lo haré —dijo Franz, y acabó la historia rápidamente, pero se trataba de la peor parte; le hizo recordar la visión del hocico marrón triangular y su huida de Corona Heights, y cuando terminó de hablar sudaba y miraba otra vez hacia la calle.

Byers dejó escapar un suspiro, y luego dijo, aliviado:

—¡Y así llegaste hasta mí, perseguido hasta mi propia puerta! —y se volvió en su silla para mirar con algo de duda las ventanas doradas tras él.

—¡Donaldus! —dijo Franz, enfadado—. Te estoy contando lo que pasó, no un cuento que haya inventado para entretenerte. ¡Sé que todo se basa en una figura que he visto varias veces a más de tres kilómetros de distancia y con binoculares, y por eso cualquiera es libre de hablar de ilusiones ópticas y el poder de la sugestión, pero sé algo sobre óptica y psicología, y no se trataba de nada parecido! Investigué bastante el asunto de los platillos volantes, y ni una sola vez oí ni vi nada sobre un solo OVNI que fuera convincente, y he visto luces en aviones que eran ovaladas y brillaban y latían exactamente igual que en la mitad de los avistamientos de platillos volantes. Pero no tengo dudas de lo que he visto ayer y hoy.

Pero mientras lo decía, sin dejar de comprobar intranquilo las ventanas, las puertas y la penumbra, Franz advirtió que en su interior empezaba a dudar de sus recuerdos sobre lo que había visto: quizás la mente humana era incapaz de contener un miedo como este durante más de una hora a menos que fuera reforzado por la repetición, pero no estaba dispuesto a decírselo a Donaldus.

—Por supuesto —terminó de decir con frialdad—, es posible que me haya vuelto loco, temporal o permanentemente, y que esté «viendo cosas», pero hasta que esté seguro de eso no voy a comportarme como un idiota temerario, ni como un imbécil del que hay que reírse.

—Mi querido Franz —dijo Donaldus, que había estado haciendo gestos suplicantes y de protesta mientras tanto—, ni por un momento he dudado de tu seriedad ni he tenido la más leve sospecha de que estés loco. Vaya, me he sentido inclinado a creer en entidades paramentales incluso desde que leí el libro de De Castries, y especialmente después de oír varias historias muy curiosas sobre él, y ahora tu narración ha barrido mis últimas dudas. Pero no he visto ninguna todavía, y si lo hiciera, estoy seguro de que sentiría todo el terror que tú sientes y aún más, pero hasta entonces, y quizás en cualquier caso, y a pesar del horror que evocan en nosotros, esas entidades son fascinantes, ¿no te parece? En cuanto a considerar tu narración un cuento, mi querido Franz, que sea una buena historia es para mí la mayor prueba de la verdad que existe. No hago ninguna distinción entre realidad y fantasía, ni entre lo objetivo y lo subjetivo. Toda vida y consciencia son una, incluyendo el dolor más intenso y la propia muerte. No toda la obra tiene que gustarnos, y el final nunca es hermoso. Algunas cosas encajan con armonía y belleza y con sorpresa y emoción (ésas son verdad) y otras no, y esas son simplemente arte malo. ¿No crees?

Franz no hizo ningún comentario inmediato. Desde luego, no había dado al libro de De Castries el más mínimo crédito por su parte, pero... Asintió pensativo, aunque aquello apenas era una respuesta a la pregunta. Deseó tener allí las agudas mentes de Gun y Saul... y de Cal.

—Y ahora te contaré mi historia —dijo Donaldus, satisfecho—. Pero primero un poco de brandy... parece lo conveniente. ¿Y tú?

—Bueno, más café caliente entonces. ¿Y unas galletas? Sí.

Franz había empezado a sentirse mareado y le dolía la cabeza. Las galletas, apenas dulces, parecieron ayudarlo. Se sirvió café, añadiendo un poco de leche y azúcar que su anfitrión le había traído esta vez. También le sentó bien. No relajó su guardia, pero



empezó a sentirse más cómodo en ella, como si la consciencia del peligro se estuviera convirtiendo en un modo de vida.

18

—Tienes que recordar que De Castries murió cuando tú y yo éramos niños —dijo Donaldus, alzando un dedo con un anillo de filigrana de plata—. Casi toda mi información procede de un par de amigos no demasiado íntimos y no muy apreciados de los últimos años de De Castries: George Ricker, que era cerrajero y le seguía la corriente, y Herman Klaas, que era dueño de una librería de viejo en Turk Street, y fue una especie de anarquista romántico y tecnócrata ocasional. También sé algo gracias a Clark Ashton Smith. Ah, eso te interesa, ¿verdad? Es muy poquito: a Clark no le gustaba hablar sobre De Castries. Creo que fue a causa del viejo De Castries y sus teorías por lo que Clark se mantuvo apartado de las grandes ciudades, incluso de San Francisco, y se convirtió en el eremita de Auburn y Pacific Grove. Y tengo algunos datos de recortes y viejas cartas, aunque no muchos. A la gente no le gustaba escribir nada sobre De Castries, y tenían sus motivos, y al final él hizo del secretismo un modo de vida. Cosa extraña, considerando que empezó su carrera principal escribiendo y publicando un libro sensacional. Por cierto, recibí mi ejemplar de Klaas cuando murió, y puede que él lo encontrara entre las cosas de De Castries después de que éste muriera... nunca lo supe con seguridad.

»Además —continuó Donaldus—, probablemente te contaré la historia (al menos en algunos fragmentos) con un estilo algo poético. No dejes que eso te descorazone. Simplemente me ayuda a organizar mis pensamientos y seleccionar los términos significativos. No me apartaré demasiado de la verdad estricta tal como la he descubierto; aunque supongo que puede que haya rastros de paramentales en mi historia, y desde luego de un fantasma. Creo que todas las ciudades modernas, especialmente las grandes ciudades industriales recién construidas, deberían tener fantasmas. Son una influencia educativa.

19

Donaldus tomó un generoso sorbo de brandy, lo paladeó apreciativamente y se arrellanó en su asiento.

—En mil novecientos, con el cambio de siglo —empezó dramáticamente—, Thibaut de Castries llegó a la soleada y lujosa San Francisco como un oscuro portento de los reinos del frío y el humo del carbón del este que latían con la electricidad de Edison y del que brotaban los rascacielos de Sullivan; Madame Curie acababa de mostrar al mundo la radiactividad, y la radio de Marconi superaba los mares; Madame Blavatsky había traído del Himalaya extrañas teosofías y pasaba la antorcha de lo oculto a Anitíe Besant; Piazzi Smith, astrónomo real escocés, había descubierto la historia del mundo y su ominoso futuro en la Gran Galería de la Gran Pirámide de Egipto. Mientras, en los tribunales, Mary Baker Eddy y sus principales acólitas se acusaban mutuamente de brujería y magia negra; Spencer predicaba ciencia. Ingersoll tronaba contra la superstición. Freud y Jung se zambullían en la oscuridad sin límites del inconsciente; Maravillas inimaginables habían sido reveladas en la Exposición Universal de París, para la que fue construida la Torre Eiffel, y en la Exposición Mundial Colombina de Chicago; Nueva York estaba excavando su metro. En Sudáfrica los bóers disparaban a los británicos con sus fusiles Krupp de acero. En la lejana Catai los boxers se sublevaban, considerándose invulnerables a las balas gracias a la magia. Y el conde Von Zeppelin lanzaba su primer dirigible, mientras los hermanos Wright preparaban su primer vuelo.

»De Castries trajo consigo sólo una gran maleta Gladstone llena de copias de su libro mal impreso que no pudo vender mejor que Melville su Moby Dick, y un cerebro rebosante de ideas galvánicas y sombríamente iluminadas, y (según insisten algunos) una gran pantera negra en una trailla de eslabones de plata alemana. Y, según otros, le acompañaba también, o le perseguía, una mujer alta, esbelta y misteriosa que siempre llevaba un velo negro y vestidos oscuros que más parecían túnicas, y era capaz de aparecer y desaparecer de repente. En cualquier caso, De Castries era un hombre pequeño, delgado e incansable, parecido a un águila, con ojos penetrantes y boca sardónica que llevaba su glamour como una capa en la ópera.

»Hubo una docena de leyendas sobre su origen. Algunos decían que improvisaba uno nuevo cada noche, y otros que todos eran inventados por los demás sólo gracias a la inspiración de su oscura apariencia magnética. El origen que favorecían Klaas y Ricker era moderadamente espectacular: que siendo apenas un muchacho de trece años escapó del París asediado durante la guerra francoprusiana en un globo de hidrógeno junto con su padre mortalmente herido, que era explorador del África misteriosa, y con la hermosa e instruida amante polaca de su padre, y una pantera negra (otra distinta), que su padre había capturado en el Congo y que acababan de rescatar del parque zoológico cuando los hambrientos parisinos empezaron a matar a los animales salvajes para comérselos. (Por supuesto, otra leyenda decía que de muchacho fue ayuda de campo de Garibaldi en Sicilia y que su madre era la más temida de todos los Carbonari.)

»Tras viajar rápidamente hacia el sureste atravesando el Mediterráneo, el globo se encontró a medianoche con una tempestad eléctrica que aumentó su velocidad, pero también lo hacía acercarse más y más a los blancos colmillos de las olas. Imagina la escena revelada por los destellos casi continuos de los relámpagos en la frágil y casi vencida góndola. La pantera agazapada en un lado, rugiendo y escupiendo, agitando la cola, las garras clavadas profundamente en el suelo de la barquilla con una fuerza que amenazaba con hacerlo ceder. Los rostros del padre moribundo (un viejo halcón), el despierto muchacho (un águila joven ya entonces), y la orgullosa muchacha, intelectual, ferozmente leal y meditabunda..., los tres desesperados y pálidos como la muerte en medio del brillo azulino de la galerna. Y mientras tanto los truenos resonaban ensordecedoramente, como si la negra atmósfera estuviera siendo destruida, o grandes piezas de artillería retumbaran en sus oídos. De repente la lluvia les supo a sal en los labios mojados: el agua salpicada por las hambrientas olas.

»El padre moribundo agarró las manos derechas de los otros dos, uniéndolas, sujetándolas brevemente con la suya propia, musitó unas cuantas palabras (se perdieron en el estruendo de la tormenta) y con un estallido final de energía se lanzó por la borda.

»El globo saltó hacia arriba, escapando de la tormenta y dirigiéndose hacia el sureste. Los jóvenes helados y aterrorizados permanecieron abrazados. Al otro lado de la barquilla, la pantera negra los miraba con sus enigmáticos ojos verdes. Mientras, al sureste hacia el que se dirigían, la luna apareció sobre las nubes, como la corona embrujada de la Reina de la Noche, imponiendo su sello a la escena.

»El globo aterrizó en el desierto egipcio cerca de El Cairo, y el joven De Castries se lanzó de inmediato a estudiar la Gran Pirámide, ayudado por la joven amante polaca de su padre (que ahora era la suya), y por el hecho de que descendía por línea materna de Champollion, descifrador de la Piedra Rosetta. Hizo todos los descubrimientos de Piazzi Smith (y algunos más que mantuvo en secreto) diez años antes que él y preparó las bases para su nueva ciencia de las superciudades (y también su Gran Cifrador) antes de dejar Egipto para investigar las metaestructuras y los criptoglifos (así los llamó) y las paramentalidades por todo el mundo.

»¿Sabes? Esa relación con Egipto me fascina —Byers hizo un paréntesis mientras se servía más brandy—. Me hace pensar en el Nyarlathotep de Lovecraft, que salió de Egipto para pronunciar conferencias seudocientíficas anunciando el fin del mundo.

La mención de Lovecraft recordó algo a Franz.

—Dime una cosa, ¿no tenía Lovecraft un cliente con un nombre parecido a Thibaut de Castries?

Los ojos de Byers se ensancharon.

—Sí que lo tenía. Adolphe de Castro.

—¡Qué parecido! ¿No crees...?

—¿Que fueran la misma persona? —Byers sonrió—. Se me ha ocurrido esa posibilidad, mi querido Franz, y tengo que decirte algo al respecto: que Lovecraft se refirió en ocasiones a Adolphe de Castro como «un amable charlatán» y «un untuoso viejo hipócrita» (le pagaba a Lovecraft por reescribir al completo sus historias menos de la décima parte de lo que cobraba por ellas), pero no... —suspiró, y su sonrisa se desvaneció—, no, De Castro estaba todavía vivo molestando a Lovecraft y visitándole en Providence después de la muerte de De Castries.

»Para resumir la historia de De Castries, no sabemos si esa joven amante polaca le acompañó, y posiblemente se trataba de la misteriosa dama del velo que algunos decían apareció al mismo tiempo que él en San Francisco. Ricker así lo creía. Klaas lo dudaba. Ricker tendía a fantasear sobre la polaca. La imaginaba como una pianista brillante (dicen que la mayoría de los polacos lo son, ¿no? Chopin tiene mucho que ver con eso), que había relegado por completo su talento para poner su sorprendente dominio de los idiomas y sus profundas habilidades como secretaria (y todos los placeres de su cuerpo joven y fiero) al servicio del jovencísimo genio al que adoraba aún más devotamente que a su aventurero padre.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Franz.

—Nunca pude averiguarlo —replicó Byers—. O bien Klaas y Ricker lo olvidaron o, lo más probable, fue uno de los puntos en que De Castries les mantuvo en secreto. Además, hay algo tan satisfactorio en la frase «la joven amante polaca de su padre» (¿qué podría ser más exótico y llamativo?) que lo hace a uno pensar en clavicordios y océanos de encajes, champán y pistolas. Pues, bajo su máscara fría y erudita, ella ardía de temperamento, según la imaginaba Ricker, de forma que casi parecía volar cuando tenía un arrebatado de furia, como una muñeca de trapo explosiva. Los orientales la temían, pues pensaban que era una bruja. Ricker dijo que fue durante aquellos años en Egipto cuando empezó a usar velo.

»Sin embargo, en otras ocasiones, podía ser increíblemente seductora, el epítome de la feminidad continental, e inició a De Castries en las más voluptuosas prácticas eróticas, ampliando y ensanchando su comprensión de la cultura y el arte.

»Con todo esto, De Castries había adquirido ya en algún lugar gran parte de su oscuro encanto satánico cuando llegó a la ciudad junto al Golden Gate. Supongo que era parecido al satanista Anton la Vey (quien durante un tiempo mantuvo consigo a un león domado, ¿lo sabías?), excepto que no tenía ningún deseo del tipo de publicidad habitual. Buscaba una élite de personas brillantes y libres que quisieran saborear lo más salvaje de la vida, y si tenían dinero, mucho mejor.

»¡Y naturalmente los encontró! El prometeico (y dionisiaco) Jack London. George Sterling, poeta fantástico e ídolo romántico, favorito de los adinerados miembros del Bohemian Club. Su amigo, el brillante abogado Earl Rogers, quien más tarde defendería a Clarence Darrow y salvaría su carrera. Ambrose Bierce, una vieja águila amargada con su Diccionario del diablo y sus incomparables relatos de terror. La poetisa Nora May French. Esa leona de las montañas, Charmian London. Y Gertrude Atherton, siempre cercana. Y éstos eran sólo los más vitales.

»Y por supuesto todos cayeron sobre De Castries con placer. Era el tipo de curiosidad humana que les encantaba, sobre todo a Jack London. Misterioso pasado metropolitano, anécdotas a lo Munchausen, teorías científicas extrañas y alarmantes, una fuerte tendencia antiindustrial y (como diríamos hoy) antiestablishment, el toque apocalíptico, la nota de condena, atisbos de poderes oscuros... ¡lo tenía todo! Durante bastante tiempo fue su centro, su gurú favorito en el sendero extraviado, casi su dios (e imagino que él mismo pensaba esto). Incluso compraron ejemplares de su nuevo libro y permanecían quietos (y bebían) mientras él lo leía en voz alta. Ególatras como Bierce lo aceptaban, y London lo dejó ser el centro del escenario durante un tiempo: podía permitírselo. Y todos estaban dispuestos a llevar adelante (en teoría) su sueño de una utopía donde los edificios megapolitanos estaban prohibidos (habían sido destruidos o domados de algún modo), y las paramentalidades usadas de forma benigna, siendo ellos mismos la élite aristocrática y él el espíritu maestro por encima de todos.

»Desde luego, la mayoría de las damas se relacionaron románticamente con él, y supongo que varias estaban ansiosas por llevárselo a la cama y no dudaron en tomar la iniciativa en la materia (recuerda que eran mujeres dramáticas y liberadas para su época), y sin embargo no hay ninguna prueba de que tuviera ningún asunto amoroso con ninguna. Más bien lo contrario. Al parecer, cuando las cosas llegaban a ese punto, decía algo así como:

»Querida, no hay nada que me pudiera gustar más, en verdad, pero debo decirle que tengo una amante muy salvaje y celosa que me cortaría la garganta en la cama o me apuñalaría en el baño (era muy parecido a Marat, ¿sabes, Franz?, y lo fue aún más en sus últimos años), además de verter ácido sobre sus hermosas mejillas y sus labios, querida, o clavarle un alfiler en esos ojos embrujadores. Es enormemente culta, pero sigue siendo una tigresa»

»Les presentaba esta criatura (¿imaginaria?), según me han dicho, hasta que no quedó claro si hablaba de una mujer real, o de una diosa, o de una entidad metafórico. "Es un animal nocturno implacable", decía, "aunque con una sabiduría que se remonta a Egipto y más allá, y que me resulta incalculable. Para mí es mi espía en los edificios, mi inteligencia en las estructuras metropolitanas. Ella conoce sus secretos y sus debilidades, sus poderosos ritmos y sus oscuras canciones. Y ella misma es tan secreta como sus sombras. Es mi Reina de la Noche, Nuestra Señora de las Tinieblas."

Mientras Byers dramatizaba las últimas palabras de De Castries, Franz advirtió que Nuestra Señora de las Tinieblas era una de las Señoras de la Pena de De Quincey, la hermana más joven, la tercera, que siempre llevaba un velo negro. ¿Lo sabía De Castries? ¿Era su Reina de la Noche la de Mozart? ¿Todopoderosa a excepción de la flauta mágica y las campanas de Papageno? Pero Byers continuó:

—Pues verás, Franz, había informes continuos, creados por alguien, sobre una dama con velo que visitaba o molestaba a De Castries, una dama con vestidos amplios y turbante y pamelita amplia, muy rápida en sus movimientos. Se les veía juntos en una calle llena de gente o en el embarcadero o en un parque o al otro extremo del vestíbulo de un teatro lleno de gente, generalmente andando con rapidez y gesticulando excitados o furiosos; pero cuando se acercaban a De Castries, ella había desaparecido. O, como algunos proclamaban, si estaba aún allí, De Castries nunca la presentaba ni le hablaba o actuaba como si la conociera. Mas entonces parecía irritado y, según dicen algunos, asustado.

—¿Cómo se llamaba ella? —insistió Franz.

Byers sonrió con una mueca.

—Como acabo de decirte, mi querido Franz, él nunca la presentaba. Y la mayoría se refiere a ella como «esa mujer» o, a veces, «esa muchacha molesta y obstinada». Tal vez, a pesar de todos los oscuros encantos y sus tiranías y su aura sadomasoquista, De Castries temía a las mujeres y ella representaba o daba cuerpo a ese miedo.

»Las reacciones a esta misteriosa figura variaban. Los hombres solían ser indulgentes, se sentían intrigados y hacían especulaciones, incluso descabelladas; algunas veces llegó a sugerirse que era Isadora Duncan, Eleanora Duse y Sarah Bernhardt, aunque habrían tenido, respectivamente, veinte, cuarenta y sesenta años en ese momento. Pero el glamour no tiene edad, piensa en Marlene Dietrich, en Louise Brooks, o en Arletty, o en la más representativa de todas, Cleopatra. Siempre llevaba el velo negro, aunque a veces tenía un conjunto de lunares negros, como marcas de belleza, "o como si hubiera tenido la viruela", se dice que comentó una fama.

»Todas las mujeres, por cierto, la repudiaban.

»Naturalmente, toda esta historia estará algo distorsionada pues está filtrada por Klaas y Ricker. Este último, haciendo un montón de referencias a la sabiduría egipcia y a su cultura, pensaba que la dama misteriosa era la amante polaca, loca de amor, y criticaba a De Castries por la forma en que la trataba.

»Por supuesto, todo esto dejó el camino abierto para interminables especulaciones sobre la vida sexual de De Castries. Algunos dicen que era homosexual. Incluso en aquellos días "la fría y gris ciudad del amor", como epitomizó Sterling, tenía sus homófilos... "¿ciudad fría y gay?". Otros pensaban que era marica estilo sadomasoquista, ataduras y disciplina del tipo más directo (bastante gente se ha estrangulado de esa forma, por cierto). Casi entre susurros se decía que era pederasta, un pervertido, fetichista, completamente asexual, o que sólo las niñas pequeñas podían satisfacer su lujuria tiberiana... Lo siento si te ofendo, Franz, pero se mencionaban todos los caminos extraviados y sus típicas guías conductoras.

»Sin embargo, todo esto no son más que cosas secundarias. Lo importante es que durante algún tiempo De Castries pareció tener su grupo elegido justo donde quería.

20

—El punto álgido en la aventura de De Castries en San Francisco se produjo cuando con muchos susurros y rodeos y mensajes secretos y pompas y ceremonias privadas raras y ocultas, supongo, organizó la Orden Hermética... —continuó Donaldus.

—¿Ésa es la Orden Hermética que menciona Smith, o el autor del diario? —interrumpió Franz.

Había estado escuchando con una mezcla de fascinación, irritación y diversión, con al menos la mitad de su atención en otra parte, pero atendió más ante la mención del Gran Cifrador.

—Lo es —asintió Byers—. Te lo explicaré. En Inglaterra había en aquella época una Orden Hermética del Amanecer Dorado, una sociedad oculta con miembros como el poeta místico Yeats, que hablaba con verduras, abejas y lagos, y Dion Fortune y George Russell, y tu amado Arthur Machen..., ¿sabes, Franz? Siempre he pensado que en su *The Great God Pan* (El gran Dios Pan) la femme fatale Helen Vaughan, tan sexualmente siniestra, estaba basada en la satanista real Diana Vaughan, aunque sus memorias (y quizás ella misma) fueran una falsificación perpetrada por el periodista francés Gabriel Jogand...

Franz asintió, impaciente, conteniendo su impulso de decir: ¡Continúa, Donaldus!".

El otro fue al grano.

—Bien, de todas formas, en mil ochocientos noventa y ocho Aleister Crowley consiguió unirse a los del Amanecer Dorado, y casi acabó con la sociedad con sus demandas de rituales satanistas, magia negra y otras cosas realmente duras.

»Imitándolos, pero también como un desafío sardónico, De Castries llamó a su sociedad la Orden Hermética del Crepúsculo de ónice. Se dice que llevaba un gran anillo

negro de piedra dura con un bisel de ónice, obsidiana, ébano y ópalo negro pulido, donde aparecía un pájaro negro depredador, tal vez un cuervo.

»Fue en este punto cuando las cosas empezaron a salir mal para De Castries y la atmósfera se fue haciendo desagradable poco a poco. Por desgracia, es también el período en el que tuve más dificultades para conseguir información digna de confianza... o de cualquier otro tipo, por razones que son, como verás, bastante obvias.

»Según puedo reconstruirlo, esto es lo que sucedió. En cuanto constituyó su sociedad secreta, Thibaut reveló a su puñado de miembros selectos que su utopía no era un sueño lejano, sino un proyecto inmediato, y que había que conseguirlo por medio de una revolución violenta, tanto material como espiritual (es decir, paramental), y el líder y al principio el único instrumento de esa revolución tenía que ser la Orden Hermética del Crepúsculo de ónice.

»Esta revolución debía comenzar con actos de terrorismo similares a los que los nihilistas estaban llevando a cabo en Rusia en esa época Ousto antes de la revolución abortada de mil novecientos cinco), pero con mucha magia negra (su megapolisomancia) dentro. El objetivo era la desmoralización más que la masacre, al menos al principio. Bombas de pólvora negra estallarían en lugares públicos y en los tejados de los grandes edificios durante las horas solitarias de la noche. Otros grandes edificios serían sumergidos en la oscuridad localizando y volando sus interruptores principales. Cartas anónimas y llamadas telefónicas aumentarían la histeria.

»Pero más importantes serían las operaciones megapolisománticas, que harían que los "edificios se desmoronaran, la gente huyera gritando como loca, hasta que la última alma huyera de San Francisco, ahogando las carreteras y atascando los ferris..." al menos eso es lo que Klaas dijo que le confesó De Castries muchos años después, cuando estaba de un extraño humor comunicativo. ¿Sabías, Franz, que Nicola Tesla, el otro brujo de la electricidad norteamericano, proclamó en sus últimos años haber inventado o al menos diseñado un aparato tan pequeño que podía ser introducido en un edificio dentro de un maletín y dejado allí para que redujera el edificio a trocitos en un momento establecido con sólo vibraciones por simpatía? Eso también me lo dijo Herman Klaas. Pero yo disiento.

»Esas acciones mágicas o pseudocientíficas (¿cómo las llamarías?) requerirían una obediencia absoluta por parte de los ayudantes de Thibaut... la siguiente demanda que parece hizo a todos sus acólitos en la Orden Hermética del Crepúsculo de ónice. Se le ordenaba a uno de ellos que fuera a una dirección específica de San Francisco a una hora determinada y se quedara allí simplemente durante dos horas, con la mente en blanco, o intentando retener un único pensamiento. O se le ordenaba que llevara una barra de cobre o un arca de carbón o un globo de juguete lleno de hidrógeno a una planta determinada de un gran edificio y lo dejara allí (el globo contra el techo), siempre a una hora específica. Al parecer, esos elementos debían actuar como catalizadores. O se enviaba a dos o tres de ellos a reunirse en el vestíbulo de un hotel o en el banco de algún parque determinado y que permanecieran allí sentados sin hablarse durante media hora. Y se esperaba que todos obedecieran esas órdenes sin vacilar y sin hacer preguntas, con exacto detalle, o de lo contrario habría (supongo) diversos castigos y reprimendas estilo Carbonari.

»Los grandes edificios fueron siempre el blanco principal de su megapolisomancia: De Castries proclamaba que eran los principales puntos de concentración del material ciudadano que envenenaba las grandes metrópolis o las cargaba intolerablemente. Según una historia, diez años antes, se había unido a otros parisinos en su oposición a la construcción de la Torre Eiffel. Un profesor de matemáticas había calculado que la estructura se derrumbaría cuando llegara a la altura de ciento veinte metros, pero Thibaut simplemente proclamó que todo aquel acero desnudo alzándose en el cielo volvería loca a la ciudad de París. (Y considerando los hechos posteriores, Franz, a veces pienso que

podría justificarse. Las dos guerras mundiales cayeron como plaga de langostas sobre las poblaciones muy concentradas debido a la acumulación de edificios altos..., ¿tan fabulosa es esa idea?) Pero ya que descubrió que no podía impedir la erección de esos edificios, Thibaut se volvió al problema de su control. En ciertos aspectos, tenía la mentalidad de un domador de animales... ¿heredado tal vez de su padre viajero?

»Parece que Thibaut pensaba que había (o que había inventado) una especie de matemática con la que podían manipularse las mentes y los grandes edificios (¿y las entidades paramentales?). Metageometría neopitagórica, la llamó. Todo era cuestión de saber los momentos y los sitios adecuados (citaba a Arquímedes: "Dadme un punto de apoyo y moveré el mundo"), y de llevar luego allí a la persona adecuada (y su mente) o al objeto material. También parece que creía en la existencia de una clarividencia, clariaudiencia y presciencia limitada en ciertos lugares de las megaciudades para ciertas personas. Una vez empezó a esbozar en detalle para Klaas un simple acto de megapolisomancia (le dio la fórmula, como si dijéramos), pero luego se volvió receloso.

»Aunque sí hay una anécdota sobre ese asunto de megamagia, tiendo a dudar de su autenticidad, pero resulta atractiva. Parece que Thibaut propuso dar una sacudida de advertencia al Hobart Building, o en cualquier caso a una de las primeras estructuras de planchas de Market... se supone que el viejo aguilucho dijo que se caería dependiendo de la integridad del constructor. En este caso, sus cuatro voluntarios o confabulados fueron (¿es improbable?), Jack London, George Sterling, una mulata cantante de ragtime llamada Olive Church, que era protegida de esa vieja reina vudú, Mammy Pleasant, y un hombre llamado Fenner.

»¿Sabes dónde está la Fuente de Lotta en Market? Es un regalo que hizo a la ciudad Lotta Crabtree, "la alegría de los campos", que aprendió a bailar (¿y otras artes relacionadas?) de Lola Montez (la de la danza de la araña y toda la historia de Ludwig de Baviera). Bien, los cuatro acólitos tenían que acercarse a la fuente por calles que seguirían los cuatro brazos de una esvástica invertida cuyo centro sería la fuente, mientras se concentraban en los cuatro puntos de la brújula y llevaban objetos que representaban a los cuatro elementos: Olive una maceta de lirios por la tierra, Fenner una botella de champán por el agua, Sterling un globo lleno de hidrógeno por el aire y Jack un gran cigarro por el fuego.

»Se suponía que tenían que llegar simultáneamente e introducir sus cargas en la fuente, George haciendo borbotear su hidrógeno en el agua y Jack apagando el cigarro.

»Olive y Fenner llegaron primero, Fenner un poco borracho... tal vez había estado probando su ofrenda y podemos suponer que los cuatro estaban un poco «inspirados». Bien, al parecer Fenner llevaba algún tiempo tirándole los tejos a Olive y ella le había rechazado. Ahora quiso que bebiera champán con él y ella se negó, y Fenner intentó obligarla consiguiendo echárselo encima del vestido y de la maceta que llevaba.

»Mientras se debatían de esa forma al borde de la fuente, llegó George protestando e intentó controlar a Fenner sin soltar su globo, y Olive gritaba y se reía de ellos mientras peleaban, todavía sujetando la maceta contra sus pechos mojados.

»En ese momento llegó Jack, más borracho que ninguno, y sin poder resistir una irresistible tentación extendió el brazo y tocó el globo con la punta del cigarro.

»Hubo una explosión bastante fuerte, y una llamarada. Todos alzaron las cejas. Fenner, que creyó que Sterling le había disparado, cayó de espaldas a la fuente y soltó la botella, que se rompió en la acera. Olive dejó caer su maceta y se puso histérica. George estaba lívido y furioso con Jack, quien se reía como un dios demente... mientras Thibaut los maldecía sin duda a todos desde algún lugar cercano.

»Al día siguiente descubrieron que casi exactamente al mismo tiempo esa noche un pequeño almacén de ladrillos situado en Rincon Hill se desplomó. La causa se achacó a la antigüedad y a la estructura inadecuada, pero naturalmente Thibaut proclamó que fue

debido al error de su megamagia por culpa de la frivolidad general y la broma idiota de Jack.

»No sé si hay algo de verdad en toda la historia, probablemente habrá ido distorsionándose para favorecer su aspecto de comedia. Con todo, da una idea del tipo de atmósfera imperante.

»Bueno, en cualquier caso puedes imaginar cómo reaccionaban a las demandas de Thibaut las primadonnas que había reclutado. Es posible que Jack London y George Sterling hubieran seguido adelante con asuntos como el apagón por algún tiempo, si hubieran estado suficientemente borrachos cuando Thibaut se los pidió. E incluso el cascarrabias de Bierce podría haber disfrutado un poco con los truenos de la pólvora negra, siempre que otro hiciera el trabajo y la prendiera. Pero cuando Thibaut empezó a pedirles que hicieran cosas aburridas que se negaba a explicar, ya fue demasiado. Una de las acólitas, una excéntrica dama de sociedad de gran belleza, parece que dijo: "Si me hubiera pedido que hiciera algo atrevido, como seducir al presidente Roosevelt (tuvo que referirse a Teddy, Franz), o aparecer desnuda en la rotonda de la ciudad de París y que fuera luego nadando hasta las rocas del Sena y me encadenara allí como Andrómeda. Pero estar de pie delante de la biblioteca pública con siete grandes bolas de acero en el sujetador, pensando en el Polo Sur y sin decir nada durante una hora y veinte minutos... ¡ni hablar, querido! ".

»Al final, simplemente debieron de negarse a tomarlo en serio, a su revolución o a su nueva magia negra. Jack London era socialista marxista desde hacía tiempo y había escrito cómo se había abierto camino a través de una violenta lucha de clases en su novela de ciencia ficción El talón de hierro. Pudo y sin duda abrió agujeros en la teoría y la práctica del Reino de Terror de Thibaut. Y habría sabido que la primera ciudad en elegir un Partido Sindicalista no era el lugar adecuado donde iniciar una contrarrevolución. También era materialista darwiniano y sabía del tema. Habría podido demostrar que la "nueva ciencia negra" de Thibaut era un disfraz seudocientífico y sólo otro nombre para la magia, con todas las acciones inexplicadas al fondo.

»En cualquier caso, todos se negaron a hacer incluso una prueba de su megamagia. O tal vez unos cuantos le siguieron el juego una o dos veces, cosas como la Fuente de Lotta, y no pasó nada.

»Supongo que en este punto Thibaut perdió los nervios y empezó a gritar órdenes y amenazar con castigos. Y ellos se rieron de él, y cuando no se dio cuenta de que el juego había terminado, simplemente lo abandonaron.

»O tomaron medidas más activas. Puedo imaginar a alguien como London cogiendo al furioso hombrecillo por el cuello y el fondillo de los pantalones y echándolo a la calle.

Byers alzó las cejas.

—Lo que me recuerda, Franz, que el cliente de Lovecraft, De Castro, conocía a Ambrose Bierce y proclamaba haber colaborado con él, pero en su último encuentro Bierce aceleró su partida rompiéndole un bastón en la cabeza. Bastante similar a lo que imagino con De Castries. ¡Qué teoría tan atractiva el que fueran la misma persona! Pero no, pues De Castro acudió a Lovecraft para que reescribiera sus recuerdos de Bierce después de que De Castries muriera.

Suspiró, pero se recuperó rápidamente.

—En cualquier caso, algo así pudo completar la transformación que experimentó Thibaut De Castries de ser una rareza fascinante a convertirse en un viejo desagradable, buscador de problemas, abusón y chantajista, contra el que uno se protegía con todas las medidas que fueran necesarias. Sí, Franz, existe el persistente rumor de que intentó, y en algunos casos consiguió, chantajear a algunos de sus antiguos discípulos amenazando con revelar escándalos que había aprendido en los días en que se sinceraron unos con otros, o proclamando simplemente que habían sido miembros de una organización terrorista..., ¡la suya propia! Parece que desapareció por completo dos veces en aquella



época durante varios meses, probablemente por cumplir sentencia en la cárcel... algo que varios de sus ex acólitos pudieron conseguir fácilmente, aunque no he podido demostrar nada: demasiados archivos quedaron destruidos en el terremoto.

»Pero algo del viejo glamour debió de quedarle durante algún tiempo a ojos de sus ex acólitos (la sensación de que era un ser con siniestros poderes paranaturales), pues cuando se produjo el terremoto a primeras horas de la mañana del dieciocho de abril de mil novecientos seis, sacudiendo Market con oleadas de hormigón ladrillo desde el oeste matando a la gente a centenares, uno de sus antiguos acólitos, probablemente recordando sus insinuaciones de una magia capaz de derribar rascacielos, dijo: " ¡Lo ha hecho! El viejo diablo lo ha hecho!".

»Y hay indicios de que Thibaut intentó usar el terremoto en sus chantajes. Ya sabes: "Lo hice una vez, puedo volver a hacerlo". Aparentemente usaba todo lo que se le ocurría para intentar asustar a la gente. En un par de casos amenazó con su Reina de la Noche, su Señora de las Tinieblas (su antigua dama misteriosa), diciendo que si no le pagaban, enviaría a su Tigresa Negra a por ellos.

»Pero casi toda mi información de este período es muy fragmentada y no he podido contrastarla. Las personas que lo conocieron mejor intentaban olvidarlo (podríamos decir que suprimirlo), mientras que mis dos principales informadores, Klaas y Ricker, lo conocían sólo como el viejo de los años veinte y sólo habían oído su versión (¡o versiones!) de la historia. Ricker, que era apolítico, lo consideraba un gran erudito y metafísico que había recibido la promesa de dinero y apoyo por parte de un grupo de gente frívola y acaudalada y luego fue cruelmente abandonado. Nunca creyó realmente todo lo referido a la revolución. Klaas sí, y veía a De Castries como un gran rebelde fracasado, un moderno John Brown o Sam Adams o Marat, traicionado por seguidores ricos, pseudoartistas que buscaban emociones y luego se enfriaron. Los dos rechazaron indignados las acusaciones de chantaje.

—¿Qué hay de la dama misteriosa? —interrumpió Franz—. ¿Estaba todavía presente? ¿Qué dijeron al respecto Klaas y Ricker?

Byers sacudió la cabeza.

—En los años veinte había desaparecido por completo, si es que llegó a existir. Para Ricker y Klaas sólo era una historia más, otro de los fascinantes relatos que conseguían arrancar al viejo de vez en cuando. O tal vez soportaban sus historias repetidas, lo que ya no sería tan fascinante. Según ellos, no disfrutó de ninguna compañía femenina mientras le conocieron. Aunque Klaas, cuando le presioné, dio a entender que creía que el viejo contrataba de vez en cuando a una prostituta, añadió que le parecía que era asunto del viejo y de nadie más. Ricker dijo que De Castries tenía interés sentimental ("un punto blando en el corazón") hacia las niñas pequeñas, pero de forma inocente, como un moderno Lewis Carroll, insistió. Los dos negaron vehementemente cualquier sugerencia de desviaciones sexuales por parte del viejo, igual que habían negado las historias de chantaje y los rumores aún más desagradables que se produjeron luego: que De Castries dedicó sus últimos años a vengarse de aquellos que le habían traicionado induciéndoles a la muerte o al suicidio por medio de magia negra.

—Sé algo sobre esos casos —dijo Franz—, al menos sobre los que imagino que vas a mencionar. ¿Qué le pasó a Nora May French?

—Fue la primera en desaparecer. En mil novecientos siete, sólo un año después del terremoto. Un claro caso de suicidio. Murió dolorosamente, envenenada... muy trágico.

—¿Cuándo murió Sterling?

—El diecisiete de noviembre de mil novecientos veintiséis.

—Desde luego parece que hubo una conducta suicida en funcionamiento, aunque operando a lo largo de una serie de años —dijo Franz pensativamente, todavía no perdido en sus reflexiones—. Puede argumentarse que fue el deseo de morir lo que impulsó a Bierce a marcharse a México cuando lo hizo: una vida marcada por la guerra, ¿y por qué

no la muerte? Probablemente se unió a los rebeldes de Pancho Villa como una especie de corresponsal no oficial de la revolución, y es posible que lo fusilaran por ser un gringo metomentado que no podía estarse callado. Se sabe que Sterling llevó durante años una ampolla con cianuro en el bolsillo de su chaleco, la tomara por accidente (cosa que no es muy probable), o intencionadamente. Y luego tenemos la ocasión en que Jack London (la hija de Rogers lo cuenta en su libro) desapareció durante una borrachera de cinco días y volvió a casa cuando Charmian y la hija de Rogers y otras personas preocupadas se habían congregado, y con la lógica helada y pícara del hombre que ha bebido hasta reventar, desafió a George Sterling y a Rogers a no sentarse con el cadáver. Aunque pienso que el alcohol es el responsable de esta anécdota, sin relación con la magia negra del viejo De Castries o su poder de sugestión.

—¿Qué quiso decir London con eso? —preguntó Byers, entornando los ojos mientras se servía cuidadosamente más brandy.

—Que cuando sintieran que la vida perdía su atractivo y sus poderes empezaban a fallar, cogieran a la Desnarigada del brazo sin esperar a ser invitados y se marcharan riendo.

—¿La Desnarigada?

—Bueno, el apodo con que London llamaba a la Muerte, a la calavera bajo la piel. La nariz es todo cartílago y por eso la calavera...

Los ojos de Byers se ensancharon y de repente apuntó a su invitado con un dedo.

—¡Franz! —preguntó, excitado—. Ese paramental que viste... ¿no carecía de nariz?

Como si acabara de recibir una orden posthipnótica, los ojos de Franz se cerraron, hizo una mueca y empezó a colocarse las manos delante. Las palabras de Byers habían devuelto el hocico marrón y triangular a su mente.

—No vuelvas a decir cosas como ésa sin avisar —dijo cuidadosamente—. Sí, carecía de nariz.

—Mi querido Franz, no lo haré. Por favor, discúlpame. No me he dado cuenta hasta ahora mismo del efecto que esa visión debe causar en una persona.

—Muy bien, muy bien —dijo Franz tranquilamente—. De modo que cuatro acólitos murieron antes de su tiempo (excepto tal vez Bierce), víctimas de sus psiques descarriadas... o de algo más.

—Y al menos un número similar de acólitos menos prominentes —continuó Byers—. ¿Sabes, Franz? Siempre me ha impresionado cómo en la última gran novela de London, El vagabundo de las estrellas, la mente triunfa por completo sobre la materia. A través de una temible e intensa autodisciplina, un condenado a cadena perpetua en San Quintín puede escapar en espíritu de las gruesas paredes de su prisión y moverse a voluntad por el mundo reviviendo sus reencarnaciones pasadas, volver a morir sus muertes. De algún modo eso me hace pensar en el viejo De Castries en los años veinte, viviendo solo en hoteles baratos del centro y meditando, meditando, meditando sobre pasadas esperanzas, sobre glorias y desastres. Y soñando mientras tanto con horribles torturas interminables, sobre los males que le habían hecho y sobre venganza (hiciera o no algo a ese respecto), y sobre... ¿quién sabe qué más? ¿Enviando su mente a quién sabe qué viajes?

—Y ahora —dijo Byers, bajando la voz—, tengo que hablarte sobre el último acólito de Thibaut de Castries y su final. Recuerda que durante este período debemos verlo como un anciano encogido, taciturno la mayor parte del tiempo, siempre deprimido y paranoide. Por ejemplo, nunca tocaba superficies de metal ni enchufes, porque sus enemigos intentaban electrocutarle. A veces temía que envenenaran el agua de sus grifos. Rara vez

salía, por miedo a que algún coche se subiera a la acera y lo atropellara, pues ya no era suficientemente ágil para esquivarlo, o que algún enemigo le aplastara el cráneo con un ladrillo o una teja arrojada de un tejado. Y al mismo tiempo cambiaba frecuentemente de hotel, para despistarlos. Sus únicos contactos con sus antiguos asociados eran sus persistentes intentos de recuperar y quemar todos los ejemplares de su libro, aunque puede que existiera algo de chantaje y mendicidad. Ricker y Klaas fueron testigos de una de esas quemadas de libros. ¡Un asunto grotesco! Quemó dos ejemplares en su inodoro. Mis informadores recordaron que tuvieron que abrir la ventana para que saliera el humo. Con una o dos excepciones, fueron sus únicos visitantes, tipos solitarios y excéntricos también, hombres caídos como él mismo aunque en aquella época sólo tenían unos treinta años.

»Entonces llegó Clark Ashton Smith, de la misma edad, pero rebosando de poesía e imaginación y energía creativa. Clark se había sentido impresionado por la desagradable muerte de George Sterling y quiso visitar a tantos amigos y conocidos de su mentor poético como pudiera encontrar. De Castries sintió arder antiguos fuegos. Aquí tenía a otra de aquellas personas jóvenes y vitales que siempre había buscado. Se sintió tentado (y al final sucumbió por completo) a usar su formidable encanto por última vez, a contar sus fabulosos relatos, a exponer sus extrañas teorías, y a blandir sus hechizos.

»Y Clark Ashton, amante de lo extraño y de su belleza, enormemente inteligente, aunque en algunos aspectos todavía un ingenuo joven de provincias, emocionalmente turbulento, era un público de lo más gratificante. Durante varias semanas, Clark retrasó su regreso a Auburn, habitando temerosamente el mundo ominoso, maravilloso y extrañamente real que el viejo Tiberio, el emperador del terror y los misterios, le pintaba cada día: un San Francisco de megaedificios espectrales aunque sólidos como roca e invisibles entidades paramentales más reales que la vida. Es fácil ver por qué la metáfora del emperador Tiberio capturó a Clark. En un punto escribí... Espera un momento, Franz, mientras voy a por esa fotocopia...

—No hace falta —dijo Franz, secándose el diario del bolsillo.

Los binoculares salieron a la vez y cayeron a la alfombra con un tintineo de cristales rotos.

Los ojos de Byers lo siguieron con morbosa curiosidad.

—De modo que esos son los binoculares que (atención, Franz) vieron varias veces a una entidad paramental y fueron al final destruidos por ella —miró al diario—. ¡Franz, viejo pícaro! ¡Ya venías preparado para la discusión antes de ir a Corona Heights!

Franz recogió los binoculares y los colocó en la mesa junto al cenicero repleto, mientras miraba rápidamente alrededor y a las ventanas, donde el color dorado se había oscurecido un poco.

—Me parece, Donaldus —dijo suavemente—, que tú también te has estado conteniendo un poco. Ahora das por hecho que Smith escribió el diario, pero en el Haight e incluso en las cartas que intercambiamos después dijiste que no estabas seguro.

—Me has pillado —admitió Byers con una sonrisita extraña, tal vez avergonzado—. Pero parecía aconsejable no dejar que mucha gente supiera la historia. Ahora, naturalmente, sabes tanto como yo, o lo sabrás en unos minutos, pero... El tópico más absurdo es «Hay cosas que el nombre no debe saber», pero hay ocasiones en que creo que se aplica a Thibaut de Castries y lo paranatural. ¿Puedo ver el diario?

Franz lo tendió. Byers lo cogió como si fuera de cristal, y con una mirada a su invitado lo abrió y pasó cuidadosamente un par de páginas.

—Sí, aquí está. «Tres horas hoy en 607 Rhodes. ¡Qué lugar para un genio! Qué prosaico, como lo escribiría Howard. Y sin embargo Tiberio es en verdad Tiberio, revelando miserablemente sus oscuros secretos de Trásilo en este oscuro y cavernoso Capri llamado San Francisco a su joven y asustado heredero (¡Dios, no! ¡Yo no!) Calígula. Me pregunto cuándo me volveré loco yo también.»

Mientras terminaba de leer en voz alta, Byers empezó a pasar las páginas, una a una, y siguió haciéndolo a pesar de que llegó a las que estaban en blanco. De vez en cuando miraba a Franz, pero examinaba cada página minuciosamente con los dedos y los ojos antes de pasarla.

—Clark consideraba a San Francisco una Roma moderna, ambas ciudades con sus siete colinas. En Auburn había visto a George Sterling y al resto viviendo como si la vida fuera una fiesta romana. Carmel tal vez era análoga a Capri, que era simplemente la pequeña Roma de Tiberio, para los juegos y diversiones más avanzados. Los pescadores traían langostas recién capturadas para el viejo emperador; Sterling buceaba para coger ostiones con su cuchillo. Naturalmente, Rodas fue la Capri de los años de madurez de Tiberio. Ahora comprendo por qué Clark no quería ser Calígula. «El arte, como el camarero, no se emborracha nunca.» Vaya, ¿qué es esto?

Rascó con las uñas el borde de una página.

—Está claro que no eres bibliófilo, querido Franz. Tendría que haberte robado el libro aquella noche en el Haight, como pretendí hacer en un momento dado, aunque algo en tus galantes modales de borracho me conmovió, actitud que nunca es buena. ¡Ya está!

Con un crujido mínimo la página se separó en dos, revelando escritura oculta en medio.

—Negra como si fuera nueva... tinta china, por cierto, pero escrita con suavidad para no marcar el papel. Y luego unas cuantas gotas de goma arábiga, las suficientes para que el papel no se arrugue, y presto, queda muy bien oculto. La oscuridad de lo obvio.

«En sus vestiduras hay una escritura que ningún hombre debería ver»... ¡Oh, santo cielo, no!

Dirigió los ojos al techo. Entonces se levantó y tendió el libro abierto ante Franz, tan cerca que éste pudo olerle el aliento a brandy. Sólo la página de la derecha estaba escrita, con negros caracteres muy bien trazados que no se parecían en nada a la letra de Smith.

—Gracias —dijo Franz—. Qué extraño. He revisado esas páginas una docena de veces.

—Pero no las examinaste con la minuciosidad desconfiada de un verdadero bibliófilo. Las iniciales de la firma indican que el texto fue escrito por el propio Tiberio. Y comparto este conocimiento contigo no tanto por cortesía como por miedo. Al leer el encabezamiento, tuve la sensación de que se trataba de algo que no querría leer yo solo. Así parece más seguro... al menos divide el peligro.

Juntos, leyeron el texto en silencio.

CAIGA UNA MALDICIÓN sobre el maestro Clark Ashton Smith y todos sus descendientes, pues quiso indagar en mi cerebro y marcharse, falso agente infiltrado de mis antiguos enemigos.

¡Caiga sobre él la Larga Muerte, la agonía paramental cuando muera como mueren todos los hombres! El fulcro (0) y el Cifrador (A) estarán aquí, en su amado 607 Rhodes. Yo estaré descansando en mi punto previsto (1) bajo el Asiento del Obispo, las cenizas más pesadas que jamás sentirá. Luego, cuando el peso esté en el Monte Sutro (4) y Monkey Clay (5)

[(4) + (1) = (5)]1, SEA SU VIDA APLASTADA. Convertida en Cifra en mi Libro—50 (A). Sal al mundo, mi pequeño libro (B), y espera en cajas y acecha en estantes para el comprador inconsciente. ¡Sal, mi pequeño libro, y rompe algunos cuellos!

TdC

Mientras terminaba de leer, la mente de Franz giraba con tantos nombres de lugares y cosas a la vez familiares y extrañas que tuvo que obligarse a recordar que tenía que comprobar visualmente las ventanas, puertas y esquinas del hermoso salón de Byers, ahora llenos de sombras. Aquella mención «cuando el peso esté»... podía imaginar lo que

significaba, pero junto con «las cenizas más pesadas» le hacía pensar en el viejo ejecutado con pesadas piedras depositadas sobre una plancha en el pecho por negarse a testificar en el juicio por brujería de Salem en 1692, como si una confesión pudiera ser arrancada en el último aliento.

—Monkey Clay —murmuró Byers, aturdido—. ¿Un mono de barro? ¿El hombre, moldeado de polvo?

Franz sacudió la cabeza. ¡Y en mitad de todo, pensó, aquel maldito 607 Rhodes que seguía apareciendo una y otra vez y en cierto modo lo había provocado todo!

Y pensar que tenía este libro desde hacía años y no había localizado el secreto. Eso hacía que una persona sospechara y recelara de todas las cosas más íntimas, de sus posesiones más familiares. ¿Qué no podía estar oculto en el interior del forro de tus ropas, o en tus bolsillos derechos (o en el bolso o el sujetador de una mujer), o en la pastilla de jabón con la que te lavas (que podría tener una cuchilla dentro)?

Y pensar que por fin estaba contemplando la letra de De Castries, tan bien trazada y a la vez tan convulsa.

Un detalle le llamó la atención.

—Donaldus, ¿cómo pudo conseguir De Castries el diario de Smith?

Byers dejó escapar un largo suspiro cargado de alcohol y se frotó la cara con las manos (Franz agarró el diario para impedir que se cayera).

—Oh, eso —dijo—. Klaas y Ricker me dijeron que Byers estaba muy preocupado y dolido porque Clark había regresado a Auburn sin avisar después de visitar al viejo todos los días durante un mes seguido. De Castries estaba tan molesto que fue al hotelito de Clark y convenció a los encargados de que era el tío de Clark para que le dieran algunas cosas que había dejado olvidadas al marcharse tan deprisa. «Yo las guardaré para el pequeño Clark», les dijo a Klaas y Ricker, y más tarde (después de escuchar a Clark), añadió: «Le he enviado sus cosas». Nunca sospecharon que el viejo estuviera resentido con Clark.

Franz asintió.

—Pero ¿cómo llegó el diario (ahora con la maldición) al lugar donde yo lo compré?

—¿Quién sabe? —dijo Byers cansinamente—. La maldición me recuerda otro aspecto de la personalidad de De Castries que no he mencionado: su afición a las bromas crueles. A pesar de su morboso miedo a la electricidad, tenía una silla que Ricker le ayudó a preparar que producía descarga eléctrica a través del cojín y que usaba con los vendedores, niños y otras visitas diversas. Casi se metió en líos con la policía por eso. Una joven buscaba trabajo como secretaria cuando sintió que el trasero le ardía. Ahora que lo pienso, ésa es una afición sadomasoquista, ¿no crees? De lo más genuino. La electricidad, provocando emociones y dolor. ¿No hablan los escritores de besos eléctricos? Ah, la maldad que acecha en el corazón de los hombres —sentenció Byers, y volvió a sentarse.

Franz le miró asombrado y le tendió el diario, pero su anfitrión, mientras se servía más brandy, lo rechazó.

—No, quédatelo. Es tuyo. Después de todo, tú fuiste... eres, el comprador. ¡Pero por el amor de Dios, cuidalo mejor! Es un artículo muy raro.

—Pero ¿qué piensas tú, Byers?

El otro se encogió de hombros mientras daba un sorbo a su copa.

—Es un documento estremecedor —dijo, sonriendo a Franz como si se alegrara mucho de que fuera él quien poseía el diario—. Y realmente estuvo muchos años a la espera en cajas y acechó en estanterías. Franz, ¿no recuerdas nada de dónde lo compraste?

—Lo he intentado una y otra vez —confesó Franz, atormentado—. Era una librería del Haight, estoy seguro. Se llamaba... ¿El Grupo In? ¿El Punto Negro? ¿El Perro Negro? ¿La Cacatúa Gris? No, ninguno de éstos, lo he intentado cientos de veces. Creo que aparecía la palabra «negro», pero me parece que el propietario era un hombre blanco. Y

había una niña pequeña, tal vez su hija, ayudándole. La verdad es que no era tan pequeña... más bien una adolescente, según me parece recordar, y soy bien consciente de ello. Se rozó contra mí... Todo es muy vago. También me parece recordar (yo estaba borracho, desde luego) que me atraía —Confesó un poco avergonzado.

—Mi querido Franz, ¿no nos pasa a todos? —observó Byers—. ¡Las jovencitas, apenas tocadas por el sexo, y sin saberlo! ¿Quién puede resistirlas? ¿Recuerdas cuánto pagaste por los libros?

—Bastante, me parece. Pero sólo es una suposición.

—Podrías investigar en el Haight, ir calle por calle.

—Supongo que sí, si es que todavía está allí y no ha cambiado de nombre. ¿Por qué no sigues con tu historia, Donaldus?

—Muy bien. Ya no queda mucho. ¿Sabes, Franz? Hay un indicio de que la..., eh, maldición no es particularmente eficaz. Clark vivió una vida larga y productiva, treinta y tres años más. Resulta tranquilizador, ¿no te parece?

—No volvió a San Francisco —dijo Franz—. Al menos no con mucha frecuencia.

—Es cierto. Bien, después de que Clark se marchara, De Castries siguió siendo... sólo un viejo solitario y sombrío. Una vez le contó a George Ricker una historia muy poco romántica sobre su pasado: que era francocanadiense y había crecido en el norte de Vermont, y su padre resultó ser un pequeño impresor y granjero, un fracasado, y él un niño solitario y desgraciado. Tiene el soniquete de la verdad, ¿no te parece? Nada de amantes, mucho menos intelectuales, misteriosas y extranjeras. Bien, pues de todas formas tuvo su última oportunidad (con Clark) para jugar a ser el omnipotente hechicero siniestro, y resultó tan amarga como la primera vez en el San Francisco fin de siècle (si ésa fue la primera vez). Sombrío y solitario. Sólo tuvo otra relación con una personalidad literaria en esa época, por cierto. Klaas y Ricker lo avalaron. Dashiell Hammett, que vivía en San Francisco en un apartamento entre Post y Hyde y escribía El Halcón Maltés. Esos nombres de la librería que intentabas barajar me recordaron a... El Perro Negro y una cacatúa. Verás, el fabuloso halcón incrustado de joyas pintado de negro (y que al final resulta falso) es llamado a veces El Pájaro Negro en la historia de detectives de Hammett. De Castries y él hablaban mucho de tesoros ocultos, según me dijeron Klaas y Ricker. Y sobre el trasfondo histórico del libro de Hammett... Los Caballeros Hospitalarios (más tarde de Malta) que crearon el halcón y que fueron los Caballeros de Rodas...

—¡Otra vez Rodas! —interrumpió Franz—. ¡Ese maldito seiscientos siete Rhodes!

—Sí —coincidió Byers—. Primero Tiberio, luego los Hospitalarios. Fueron dueños de la isla durante doscientos años y finalmente fueron expulsados por el sultán Soleimán en mil quinientos veintidós. Pero con respecto al Pájaro Negro... ¿recuerdas que la piedra dura del anillo semiprecioso que tenía De Castries describía un pájaro negro? ¡Klaas sostenía que fue la inspiración para El Halcón Maltés! No hace falta ir tan lejos, por supuesto, pero todo es muy raro, ¿no te parece? De Castries y Hammett. El mago negro y el duro detective.

—No es tan extraño cuando se piensa —replicó Franz, otra vez enzarzado en una de sus observaciones—. Además de ser uno de los pocos grandes novelistas de América, Hammett era un hombre bastante solitario y taciturno, con una integridad casi fabulosa. Prefirió cumplir condena en una prisión federal antes de traicionar a un amigo. Y se alistó para combatir en la segunda guerra mundial cuando no tenía por qué hacerlo y sirvió en las frías Aleutianas y finalmente sucumbió víctima de una larga enfermedad. No, le habría interesado un viejo lagarto como De Castries y habría mostrado un tipo de compasión dura y poco sentimental hacia su soledad, su amargura y sus fracasos. Continúa, Donaldus.

—La verdad es que no hay nada más —dijo Byers, pero sus ojos brillaban—. De Castries murió de oclusión coronaria en mil novecientos veintinueve después de pasar dos semanas en el hospital. Sucedió en verano. Recuerdo que Klaas dijo que el viejo no

vivió siquiera para ver la caída de la bolsa y el principio de la Gran Depresión, «que habría sido un consuelo para él, porque habría confirmado sus teorías de que a causa del abuso de las megaciudades, el mundo iba derecho al infierno».

»Así que eso fue todo. De Castries fue incinerado, como quería, lo que requirió sus últimos ahorros. Ricker y Klaas se repartieron sus últimas posesiones. Por supuesto, no había ningún pariente.

—Me alegro de eso —dijo Franz—. Me refiero a lo de la cremación. Oh, sé que murió (tenía que estar muerto después de todos estos años), pero por lo mismo, junto con el resto de lo sucedido hoy, no puedo quitarme de la cabeza la imagen de De Castries, un hombre muy viejo, pero delgado y muy rápido, rondando todavía por San Francisco. Oír que no sólo murió, sino que fue incinerado hace que su muerte parezca más definitiva.

—En cierto modo —coincidió Byers, dirigiéndole una extraña mirada—. Klaas conservó sus cenizas junto a su puerta durante una buena temporada, guardadas en un jarrón barato que le suministró el crematorio, hasta que Ricker y él decidieron qué hacer. Finalmente optaron por seguir el deseo de De Castries, aunque eso implicaba un entierro ilegal y hecho en secreto, de noche. Ricker llevó un pico envuelto en un periódico, y Klaas una pala, también envuelta.

»Hubo otras dos personas en el funeral. Dashiell Hammett: fue él quien decidió por ellos, por cierto. Estaban discutiendo si el anillo negro de De Castries tendría que ser enterrado con las cenizas o no (lo tenía Klaas), y se lo enseñaron a Hammett y él dijo: "Por supuesto".

—Eso tiene sentido —asintió Franz—. Pero qué extraño.

—Sí, ¿verdad? Lo ataron al cuello del jarrón con hilo de cobre. La cuarta persona (incluso llevó las cenizas) fue Clark. Pensé que eso te sorprendería. Se pusieron en contacto con él en Auburn y volvió solo esa noche. Ahora que lo pienso, parece que Clark no podía saber nada de la maldición, ¿o sí?, De cualquier forma, el grupo salió de casa de Klaas poco después de oscurecer. Era una noche despejada y la luna estaba casi llena, cosa que les favoreció, pues tenían que hacer una buena subida y no había farolas.

—Sólo ellos cuatro, ¿eh? —preguntó Franz cuando Byers hizo una pausa.

—Es curioso que lo preguntes. Después de que todo acabara, Hammett preguntó a Ricker: «¿Quién demonios era esa mujer que se quedó detrás? ¿Una antigua novia? Pensé que se marcharía cuando llegamos a las rocas, o que se reuniría con nosotros, pero mantuvo la distancia todo el tiempo». Ricker se sorprendió mucho, pues no había visto a nadie. Ni Klaas ni Smith. Pero Hammett se mantuvo en sus trece.

Byers miró a Franz aliviado y terminó rápidamente:

—El entierro se desarrolló sin incidentes, aunque necesitaron el pico, pues el terreno era duro. Lo único que faltaba era la torre del repetidor de televisión, ese fantástico cruce entre el maniquí de un sastre y una pagoda birmana en un festín de linternas rojas, para iluminar la noche y dar su críptica bendición. Lo enterraron justo debajo de un asiento natural de roca que De Castries llamó Asiento del Obispo en honor al de la historia «El escarabajo de oro» de Poe, justo debajo de ese gran macizo rocoso que es la cima de Corona Heights. Oh, por cierto, también cumplieron otro de sus caprichos: lo quemaron con una bata que llevaba puesta a todas horas, una bata marrón clara con capucha.

Los ojos de Franz, enzarzados en una de sus inspecciones alrededor, recibieron la orden de comprobar las sombras y penumbras no sólo en busca de una cara pálida y sin rasgos con un hocico inquieto, sino también en busca del rostro delgado, como de águila, fantasmal, atormentado y atormentador, ansioso de sangre, de un anciano hiperactivo que parecía surgido de una de las ilustraciones de Doré para el Infierno de Dante. Como no

había visto nunca una fotografía de De Castries, si es que alguna existía, eso tendría que valer.

Su mente estaba ocupada asimilando la idea de que Corona Heights estaba literalmente impregnada con Thibaut de Castries. Que tanto ayer como hoy había ocupado durante largos períodos de tiempo lo que seguramente era el Asiento del Obispo de la maldición, mientras sólo a unos pocos metros bajo el duro suelo se hallaban el polvo esencial (¿las sales?) y el anillo negro. ¿Cómo decía aquella clave del relato de Poe? «Lleva un buen cristal al Asiento del Obispo...». Sus binoculares se habían roto, pero apenas los necesitaba para esta inspección de corto alcance. ¿Qué era peor, los fantasmas o los paramentales? ¿O eran acaso la misma cosa? Cuando simplemente se vigila la llegada de uno u otro, o de ambos, la pregunta se volvía académica, no importaba cuántos interesantes problemas planteara sobre diferentes niveles de realidad. En algún lugar muy profundo, era consciente de que estaba furioso, o tal vez sólo con ganas de discutir.

Enciende las luces, Donaldus —dijo con voz átona.

—He de reconocer que te lo estás tomando con mucha frialdad —dijo su anfitrión con un leve tono agraviado y sorprendido.

—¿Qué esperabas, que me dejara llevar por el pánico? ¿Que saliera corriendo a la calle y me atropellaran? ¿O acabara aplastado por las paredes al desplomarse? ¿O cortado por cristales voladores? Supongo, Donaldus, que has retrasado la revelación del lugar exacto del emplazamiento de la tumba de De Castries para que tuviera mayor impacto dramático, y ser así más fiel a tu teoría de la identidad de realidad y arte.

—¡Exacto! Me comprendes, y te dije que habría un fantasma y lo adecuadamente que los graffiti astrológicos servían como epitafio de Thibaut, o como decoración de su tumba. Pero ¿no te parece todo sorprendente, Franz? Pensar que cuando contemplaste por primera vez desde tu ventana Corona Heights, los restos mortales de Thibaut de Castries te eran desconocidos...

—Enciende las luces —repitió Franz—. Lo que me parece sorprendente, Donaldus, es que sepas de las entidades paramentales desde hace varios años, y sobre las siniestras actividades de De Castries y las sugestivas circunstancias de su entierro, y sin embargo no hayas tomado ninguna precaución contra ellas. Eres como un soldado que baila a la luz de una tea en la tierra de nadie. Siempre recordando que puede que tú, o yo, o los dos, estemos completamente locos en este momento. Por supuesto, si puedo fiarme de ti, acabas de enterarte de la maldición. Y echaste el cerrojo a la puerta después de que yo entrara. ¡Enciende las luces!

Byers accedió por fin. Un sombrío brillo dorado fluyó desde el gran globo que colgaba sobre ellos. Se dirigió al vestíbulo, algo reluciente al parecer, y conectó un interruptor, y después se dirigió al fondo del salón, donde hizo lo mismo y se entretuvo luego abriendo otra botella de brandy. Las ventanas se convirtieron en rectángulos oscuros trenzados de oro. La noche había caído. Pero al menos las sombras del interior habían sido desterradas.

Mientras tanto siguió hablando, con voz que se había vuelto bastante cansina y monótona ahora que ya había contado su relato.

—Claro que puedes confiar en mí, Franz. No te dije nada sobre De Castries por consideración a tu seguridad. Hasta hoy, cuando quedó claro que estabas inmerso en el asunto, te guste o no. No voy por ahí parlotando sobre el tema, créeme. He aprendido una cosa con los años, y es que no conviene hablar a nadie sobre el lado oscuro de De Castries y sus teorías. Por eso ni siquiera he considerado publicar una monografía sobre él. ¿Qué otros motivos podría tener para hacerlo? Un libro así sería brillante. Fa Lo Suee lo sabe todo (uno no puede ocultar nada a una amante seria), pero tiene una fuerte personalidad, como he sugerido. De hecho, después de que llamaras esta mañana, le sugerí que, puesto que iba a salir, buscara si tenía tiempo la librería donde compraste el



diario..., tiene un talento especial para esas cosas. Ella sonrió y dijo que planeaba hacer justo eso.

»Has dicho también que no tomo ninguna precaución, pero sí que lo hago. Según Klaas y Ricker, el viejo mencionó una vez tres protecciones contra las "influencias indeseables": plata, el viejo antídoto contra la licantrópía (otro motivo por el que animé a Fa Lo Suee para que continuara con su arte); dibujos abstractos, los viejos recursos para distraer la atención (es de esperar que también distraigan la atención de los paramentales, de ahí todos los arabescos en forma de laberinto que ves a tu alrededor), y estrellas, el pentagrama primario. ¡Fui yo, durante varios fríos amaneceres, quien se aseguró su intimidad pintando la mayoría de esos graffiti astrológicos de Corona Heights!

—Donaldus —dijo Franz bruscamente—, estás metido en esto mucho más de lo que me has dicho, y tu amiguita también, al parecer.

—Compañera —corrigió Byers—. O amante, si lo prefieres. Sí, es cierto, ha sido una de mis preocupaciones secundarias (ahora primaria) durante varios años. Pero ¿qué estaba diciendo? Oh, sí, que Fa Lo Suee lo sabe todo. Igual que un par de sus predecesores, una famosa decoradora de interiores y una estrella del tenis que también es actor. Clark, Klaas y Ricker lo sabían (fueron mi fuente), pero todos están muertos. Así que ves que intento proteger a los demás, y a mí mismo, hasta cierto punto. Considero las calidades paramentales peligros reales y presentes, a mitad de camino en la naturaleza entre la bomba atómica y los arquetipos del inconsciente colectivo, lo que incluye varios caracteres terriblemente peligrosos, como sabes. O entre un Charles Manson o un asesino del Zodiaco y los fenómenos kappa que define Melita Denning en Gnostica. O entre los atracadores y los elementales, o los virus de la hepatitis y los incubos. Todos son cosas contra las que cualquier hombre cuerdo estaría en guardia.

«Pero observa esto, Franz —enfaticó, y sorbió más brandy—, a pesar de todo mi conocimiento previo, mucho más extenso e intenso que el tuyo, nunca he visto una entidad paramental. En eso me llevas ventaja. Y parece bastante grande.

Byers miró a Franz con una mezcla de avidez y temor.

Franz se levantó.

—Quizás al menos has conseguido que una persona esté en guardia —dijo—. Dices que estás intentando protegerte, pero no actúas de esa forma. Ahora mismo... Discúlpame, Donaldus, estás tan borracho que te verías indefenso si una entidad paramental...

Byers alzó las cejas.

—¿Crees que podrías defenderte de ellos, resistirlos, combatirlos, destruirlos, una vez estén a tu alrededor? —preguntó con incredulidad, alzando la voz—. ¿Puedes detener un misil atómico que se dirige en este momento hacia San Francisco a través de la ionosfera? ¿Puedes dominar a los gérmenes del cólera? ¿Puedes abolir tu alma o tu sombra? ¿Puedes decirle al poltergeist: no hagas ruido», o a la Reina de la Noche: «Quédate fuera»? No puedes mantener la guardia veinticuatro horas al día durante años. Créeme, lo sé. Un soldado agazapado en su trinchera no puede imaginar si el siguiente obús será un blanco directo o no. Se volvería loco si lo intentara. No, Franz, todo lo que puedes hacer es cerrar la puerta con llave, encender todas las luces, y esperar que pasen de largo. E intentar olvidarlos. Come, bebe y sé feliz. Diviértete. Ten, bebe un trago.

Avanzó hacia Franz llevando en cada mano un vaso lleno de brandy hasta la mitad.

—No, gracias —dijo Franz roncamente, metiéndose el diario en el bolsillo de la chaqueta, para desazón de Byers.

Entonces recogió los binoculares rotos y se los metió en el otro bolsillo, pensando en un destello en los prismáticos de la historia de fantasmas de James «Panorama desde la colina» que podía ver el pasado al estar llenos de un fluido negro hecho de huesos hervidos que manó desagradablemente cuando se rompieron. ¿Era posible que sus

binoculares hubieran sido tratados para que vieran cosas que no estaban allí? Una idea bastante descabellada, y de cualquier forma ahora también estaban rotos.

—Lo siento, Donaldus, pero tengo que irme —dijo, dirigiéndose al pasillo.

Sabía que si se quedaba aquí tomaría aquel trago, comenzaría el viejo ciclo, y la idea de quedar inconsciente e incapaz de ser despertado era repelente.

Byers corrió tras él. Su prisa y sus equilibrios por impedir que el brandy se derramara habrían sido cómicos en otras circunstancias si además no hubiera estado diciendo con voz horrorizada y suplicante:

—No puedes marcharte, está oscuro. No puedes irte con ese viejo diablo o su paramental por los alrededores. Toma, bebe un trago y quédate a pasar la noche. Al menos, quédate hasta la fiesta. Si vas a montar guardia, vas a necesitar un poco de descanso y diversión. Estoy seguro de que encontrarás una compañera agradable y complaciente..., todas estarán dispuestas, pero son inteligentes. Y si tienes miedo de que el licor embote tu mente, tengo un poco de cocaína, de la más pura —apuró uno de los vasos y lo dejó sobre la mesita del pasillo—. Mira, Franz, yo también estoy asustado... y estás pálido desde que te dije dónde se encuentran los restos del viejo. Quédate a la fiesta. Y toma una copa, lo suficiente para relajarte un poco. En el fondo, no hay otra forma, créeme. Acabarás demasiado cansado intentando vigilar eternamente —Byers se tambaleó un poco mientras mostraba la más agradable de sus sonrisas.

Franz sintió el peso del cansancio. Extendió la mano hacia el vaso, pero cuando lo tocó retiró los dedos como si quemara.

—Shh —advirtió mientras Byers empezaba a hablar, y lo agarró por el codo.

En medio del silencio oyeron un leve y chirriante sonido metálico que terminó en un suave chasquido, como si una llave girara en una cerradura. Se volvieron hacia la puerta. Vieron girar el pomo interior.

—Es Fa Lo Suee —dijo Byers—. Tengo que descorrer el cerrojo.

Se dispuso a hacerlo.

—¡Espera! —susurró Franz con urgencia—. ¡Escucha!

Oyeron un firme sonido de roce que no acababa, como si alguna bestia inteligente estuviera arrastrando una zarpa por el otro lado de la madera pintada. En su mente, Franz vio la paralizante imagen de una gran pantera negra agazapada al otro lado de la puerta, una bestia de ojos verdes que empezaba a metamorfosearse en algo aún más terrible.

—Uno de sus trucos —murmuró Byers, y descorrió el cerrojo antes de que Franz pudiera impedirselo.

La puerta se entreabrió, y en ella asomaron dos rostros felinos, triangulares y grises, aullando.

—¡Aii-eee!

Los dos hombres retrocedieron. Franz se hizo a un lado cerrando involuntariamente los ojos ante aquellas dos brillantes formas grises, una alta y otra delgada, que le dejaron atrás mientras corrían amenazantes hacia Byers, quien casi se había doblado en su retirada, un brazo cubriéndole los ojos y el otro en la entrepierna, mientras el brillante vaso y la pequeña cantidad de líquido ámbar que contenía volaban por los aires.

Incongruentemente, Franz registró el olor a brandy, marihuana y perfume.

Las sombras grises convergieron sobre Byers, cebándose en su entrepierna, y mientras él boqueaba y farfullaba sin lograr articular palabra, intentando débilmente repelerlas, la más alta dijo con una ronca voz de contralto y notable júbilo:

—En China, señor Nayland Smith, tenemos medios para hacer hablar a los hombres.

Entonces el brandy se esparció por el papel verde de la pared, la copa cayó sobre la alfombra marrón sin romperse, y la hermosa y drogada mujer china y la igualmente colocada muchacha que la acompañaba se despojaron de sus máscaras de gato, riéndose salvajemente, y continuaron haciendo cosquillas y tocando a Byers, y Franz

advirtió que ambas habían estado gritando «Jaime», el nombre de pila de su anfitrión, a todo pulmón.

Franz sintió que su temor le abandonaba, pero no su parálisis, que se extendió a sus cuerdas vocales, de forma que desde la extraña irrupción de las dos mujeres vestidas de gris hasta el momento en que abandonó la casa de Beaver Street no habló una sola palabra y permaneció en silencio junto al oscuro rectángulo de la puerta abierta, observando la situación con frío distanciamiento.

Fa Lo Suee tenía una figura esbelta y algo angulosa, el rostro plano con una fuerte estructura ósea, ojos oscuros que eran paradójicamente a la vez brillantes y sombríos por efecto de la marihuana (y lo que fuera), y pelo negro liso. Sus oscuros labios rojos eran delgados. Llevaba medias de color gris plateado y guantes y un vestido ajustado (de seda bordada de plata), del estilo chino que siempre parece moderno. Su mano izquierda amenazaba la entepierna de Byers, y la derecha rodeaba la esbelta cintura de su acompañante.

Esta era una cabeza más baja, no tan delgada como Fa Lo Suee, y tenía unos pechos pequeños y muy atractivos. Su rostro era gatuno: barbilla redonda, labios gruesos, nariz chata, prominentes ojos azules y frente baja, de la que caía hacia un lado una cascada de pelo rubio. Tendría unos diecisiete años, y era descarada y mundana. Despertó algo en la memoria de Franz. Llevaba unos leotardos grises, guantes de un gris plateado, y una capucha gris de un material liviano que ahora colgaba a un lado, como su pelo. Tocaba pícaramente a Byers con ambas manos. Tenía las orejas rojas y una risita viciosa.

Las dos máscaras de gato, arrojadas ahora sobre la mesa, tenían rebordes dorados y unos cuantos pelos, pero conservaban el desagradable aspecto que había sido tan aterrador al asomar por la puerta.

Donaldus (o Jaime) no pronunció ninguna palabra inteligible durante el período anterior a la marcha de Franz, excepto tal vez "¡No!", pero boqueó y jadeó y farfulló mucho, con risitas sin aliento. Permaneció doblado y retorciéndose de un lado a otro, apartando con las manos constantemente, pero sin éxito, las de las dos mujeres. Su bata violeta se agitaba mientras se retorcía.

Fueron las mujeres las que lo hablaron todo, y al principio sólo Fa Lo Suee.

—Te asustamos, ¿eh? —dijo rápidamente—. Jaime se asusta con facilidad, Shirl, sobre todo cuando está borracho. Eso era mi llave raspando la puerta. ¡Vamos, Shirl, a por él! —Entonces, continuando con la imitación de la voz de Fumanchú, dijo—: ¿Qué han estado fraguando usted y el doctor Petrie? En Honan, señor Nayland Smith, tenemos una prueba china infalible para la homofilia. ¿O es posible que sea usted todo terreno? Nosotros tenemos la antigua sabiduría del Oriente, toda la oscura cultura que Mao Tse-tung ha olvidado. Combinada con la ciencia occidente, es devastadora. (¡Eso es, chica, lastímelo!) ¡Recuerde mis thugs y dacoits, señor Smith, mis escorpiones dorados y ciempiés de quince centímetros, mis arañas negras con ojos de diamante que esperan en la oscuridad y luego saltan! ¿Qué le parecería si le metieran uno en los pantalones? Repito: ¿Qué han estado haciendo usted y el señor Petrie? Tenga cuidado con lo que dice. Mi ayudante, la señorita Shirley Soames (¡No te pares, Shirl!) tiene una memoria prodigiosa. Ninguna mentira se le pasa por alto.

Franz, petrificado, se sentía como si estuviera contemplando cangrejos y anémonas reptando y avanzando, meneando las frondas, abriendo y cerrando las pinzas en una laguna de roca. El interminable juego de la vida.

—Oh, por cierto, Jaime, he resuelto el problema del diario de Smith —dijo Fa Lo Suee con tono alegre y casual mientras sus manos se hacían más activas—. Ésta es Shirl Soames, Jaime (¡Sigue así, chica!), quien durante años y años ha sido ayudante de su padre en la librería del Albergue Gris en el Haight. Y recuerda toda la transacción, aunque fue hace cuatro años, porque tiene una memoria prodigiosa.

El nombre «Albergue Gris» se encendió como un neón en la mente de Franz. ¿Cómo había podido olvidarlo?

—Oh, le preocupan las trampas, ¿verdad, Nayland Smith? —continuó Fa Lo Suee—. Son crueles con los animales, ¿eh? ¡Sentimentalismo occidental! Le haré saber, para su información, que Shirl Soames puede morder, además de mordisquear exquisitamente.

Y mientras lo decía, pasó la mano enguantada de seda por el vientre de la muchacha y hacia dentro, hasta que la punta de su dedo medio pareció descansar en el punto situado entre los orificios externos de los sistemas digestivo y reproductor. La muchacha, apreciativamente, meneó las caderas de un lado a otro, trazando un arco muy breve.

Franz tomó fríamente nota de esas acciones y del hecho interior de que bajo cualquier otra circunstancia habría sido un gesto excitante que le habría hecho querer hacerle lo mismo a Shirley Soames. Pero ¿por qué a ella en particular? Sus recuerdos se agitaron.

Fa Lo Suee advirtió a Franz y volvió la cabeza.

Ah, usted debe de ser Franz Westen, el escritor que llamó a Jaime esta mañana —dijo amablemente tras dirigirle una mirada gélida y civilizada—. Entonces le interesará también lo que Shirley tiene que decir.

Shirl, deja de mortificar a Jaime. Ya ha tenido suficiente castigo. ¿Es éste el caballero? —y sin apartar la mano hizo girar a la muchacha hasta que ésta se encontró frente a Franz.

Byers, tras ellos, todavía encorvado, inspiraba profundamente entre risas mientras empezaba a recobrase del manoseo al que había sido sometido.

Con brillantes ojos de anfetamínica, la muchacha miró a Franz de arriba abajo. Mientras él advertía que conocía aquel rostro felino y pícaro (la cara de un gato lamiendo crema), aunque el cuerpo que recordaba era aún más delgado y más bajo.

Es él, claro —dijo ella con voz rápida y aguda que tenía aún algo de adolescente—. ¿Correcto, señor? Hace cuatro años compró usted dos viejos libros unidos en un lote que mi padre había comprado un montón de años atrás a George Ricker. Estaba usted borracho, una verdadera trompa. Estábamos juntos en uno de los pasillos y le toqué y usted pareció sorprendido. Pagó veinticinco dólares por esos viejos libros. Yo pensé que lo hacía por tener la oportunidad de tocarme. ¿Es así? Muchos hombres mayores querían hacerlo —leyó algo en la expresión de Franz, sus ojos brillaron, y emitió una risita ronca—. ¡No, ya lo entiendo! Pagó todo ese dinero porque se sentía culpable por estar tan borracho y pensó, qué gracia, que me estaba molestando, mientras a mi dulce modo infantil era yo quien me estaba propasando con usted. Yo era muy buena haciéndolo, fue lo primero que me enseñó mi querido papi. Aprendí con él. ¡Yo era la atracción principal de la tienda, y vaya si él lo sabía! Pero ya había descubierto que las chicas son más agradables.

Mientras tanto, continuaba meneando las caderas lascivamente, echándose un poco hacia atrás, y ahora dirigió la mano también hacia atrás, al parecer para apoyarla en Fa Lo Suee.

Franz miró a Shirley Soames y a las otras dos personas de la habitación, y supo que todo lo que ella había dicho era cierto, y también que era así como Jaime Donaldus Byers escapaba a sus temores (¿y Fa Lo Suee a los suyos?). Y sin decir palabra o cambiar de expresión, aturdido, se dio la vuelta y salió por la puerta abierta.

Experimentó un brusco resquemor («¡Estoy abandonando a Donaldus!») y dos pensamientos huidizos («Shirl Soames y sus caricias fueron el oscuro recuerdo que tuve en la escalera ayer por la mañana» y «Inmortalizaré Fa Lo Suee el exquisito momento en plata, titulándolo tal vez "La gansa amorosa"»), pero nada le hizo detenerse o reconsiderarlo. Mientras bajaba la escalera, la luz del portal derramándose sobre él, sus ojos comprobaban ya sistemáticamente la oscuridad en busca de presencias hostiles; cada esquina, cada callejón, cada tejado en sombras, cada punto de observación. Cuando llegó a la calle, la suave luz que le rodeaba se desvaneció, pues la puerta se

cerró en silencio. Eso le alivió: le hizo sentirse menos blanco en el atardecer de ónice que ahora se cerraba una vez más sobre San Francisco.

23

Mientras Franz recorría cautelosamente Beaver Street, comprobando las sombras entre las escasas luces, pensó en cómo De Castries había dejado de ser un simple demonio parroquial que acechaba la joroba solitaria de Corona Heights (¿y la habitación de Franz en el 811 de Geary?), para convertirse en un demonio ubicuo, un fantasma o un paramental que habitaba toda la ciudad con sus colinas dispersas. Por lo mismo, para mantenerlo todo a un tono materialista, ¿no fueron algunos de los átomos del cuerpo de De Castries esparcidos durante su vida y durante su entierro hacía cuarenta años alrededor de Franz y estaban aquí y ahora en el mismo aire que respiraba discretamente? Los átomos eran enormemente pequeños e infinitos, numerosos. Igual que los átomos de Francis Drake (que navegó ante la futura bahía de San Francisco en el Golden Hind) y de Shakespeare y Sócrates y Salomón (y de Dashiell Hammett y Clark Ashton Smith). Y ya puestos, ¿no estaban los átomos que iban a convertirse en Thibaut de Castries circulando alrededor del mundo antes de que las pirámides fueran construidas, convergiendo lentamente en el punto (¿Vermont? ¿Francia?) donde nacería el viejo demonio? Y antes de eso, ¿no habían estado esos átomos de Thibaut apartándose rápidamente del violento lugar donde nació todo el universo y dirigiéndose al lugar del espacio-tiempo donde nacería la Tierra y todos sus extraños infortunios de Pandora?

Unas manzanas más allá aulló una sirena. Cerca, un gato oscuro saltó a una oscura rendija entre unas paredes situadas demasiado juntas para que un ser humano pudiera pasar. Eso hizo pensar a Franz en cómo los grandes edificios amenazaban con aplastar al hombre desde que se construyó la primera megaciudad. En realidad, la loca (?) de Saul, la señora Willis, no estaba tan lejos de la pista, ni Lovecraft (¿y Smith?) con su fascinado temor a las grandes habitaciones con techos que eran cielos internos y paredes lejanas que eran horizontes, dentro de edificios aún más enormes. San Francisco estaba repleto de éstos, y cada mes que pasaba había más. ¿Tenían escritos en ellos los signos del universo? ¿De quién eran los átomos vagabundos que no aguantaban? ¿Eran los paramentales su personificación de sus bichos y sus depredadores naturales? En cualquier caso, todo transpiraba tan lógica e indefectiblemente como el diario en papel de arroz que había pasado de Smith, que escribía con tinta púrpura, a De Castries, que añadió un oscuro secreto con tinta negra, y a Ricker, que era cerrajero, no bibliófilo, y a Soames, que tenía una hija precozmente sexy, y a Westen, que era susceptible a cosas extrañas y sexys.

Un taxi azul oscuro que remontaba lenta y silenciosamente la colina seguía a Franz, y aparcó en la acera cercana.

No era extraño que Donaldus quisiera que Franz conservara el diario y su maldición. Byers era un viejo veterano en la lucha contra los paramentales, con su defensa de cerrojos y luces y estrellas y signos y laberintos, y licores, drogas y sexo, y sexo outré: Fa Lo Suee había traído a Shirley Soames tanto para él como para ella misma; la broma y el susto tenían por fin que alegrarle. Muy adecuado, desde luego. Una persona tenía que dormir. Tal vez, se dijo Franz, algún día aprendería a usar el método de Byers, menos el licor, pero no esta noche, no, no hasta que tuviera que hacerlo.

Las luces de un coche en Noe iluminaron la esquina situada al pie de Reaver. Mientras Franz escrutaba en busca de sombras que pudieran estar ocultas en la oscuridad que ahora quedaba al descubierto, pensó en el perímetro interno de defensa de Byers, su aproximación estética a la vida, su teoría de que arte y realidad, ficción y no ficción, eran una sola cosa, de forma que no hacía falta malgastar energías distinguiéndolas.

Pero ¿no era incluso esa defensa una racionalización, un intento de escapar a la abrumadora pregunta a la que conducía: ¿Son reales los paramentales?

Sin embargo, ¿cómo se podía responder a esa pregunta cuando estabas huyendo y te cansabas cada vez más?

Y entonces Franz vio de repente cómo podría escapar por ahora, comprar al menos tiempo para pensar. Y no implicaba licor, drogas o sexo, o bajar la guardia de ningún modo. Se llevó la mano a la cartera y la palpó: sí, allí estaba la entrada. Encendió una cerilla y miró su reloj. Todavía no eran las ocho, había tiempo de sobra si era rápido. Se dio la vuelta. El taxi azul oscuro, tras haber descargado a su pasajero, bajaba por Beaver con la luz verde encendida. Franz se plantó en medio de la calle y le hizo señas. Empezó a entrar en el taxi, pero dudó. Una mirada le dijo que el oscuro interior estaba vacío. Entró y cerró la puerta de golpe, advirtiendo con aprobación que tenía las ventanillas cerradas.

—Al Centro Cívico —dirigió—. Al Edificio de Veteranos. Hay un concierto.

—Oh, uno de esos —dijo el conductor, un hombre mayor—. Si no le importa, no cogeré por Market; está demasiado colapsado. Si damos la vuelta, llegaremos antes.

—Muy bien —contestó Franz, acomodándose en su asiento mientras el taxi giraba hacia el norte en Noe y aceleraba.

Sabía, o suponía, que las leyes físicas ordinarias no se aplicaban a los paramentales, aunque fueran reales, y por eso estar en un vehículo en movimiento no hacía más segura su situación, pero al menos se sintió mejor.

El drama familiar de un viaje en taxi se apoderó un poco de él: las casas oscuras y las tiendas al pasar, el reducir de la velocidad al llegar a las brillantes esquinas, la calzada rojiverde con los semáforos. Pero Franz siguió vigilando, mirando de vez en cuando hacia atrás, a la derecha, a la izquierda.

—Cuando era un crío —dijo el conductor—, no había tantos atascos en Market. Pero ahora pasa todo el tiempo. Ese TRAB. Y en otras, calles pasa lo mismo. Todos esos malditos rascacielos. Estaríamos Mejor sin ellos.

—En eso estoy con usted —dijo Franz.

—Y que lo diga. Conducir sería más fácil. Ten cuidado, hijo de puta.

La última observación iba dirigida a un coche que intentaba pasar al carril derecho en McAllister, aunque a duras penas. En una calle lateral Franz vio un gran globo naranja en el aire, como un Júpiter que tuviera un punto rojo; un anuncio de una gasolinera Union 76. Giraron en Van Ness y de inmediato el coche se dirigió a la acera. Franz pagó, añadió una generosa propicia y cruzó la acera hasta el Edificio de Veteranos y atravesó las amplias puertas de cristal. El vestíbulo estaba adornado con esculturas modernistas en forma de tubo de ocho pulgadas de diámetro que parecían gusanos gigantes en guerra.

Junto con unos cuantos espectadores rezagados, Franz se apresuró hasta el ascensor del fondo, sintiendo a la vez claustrofobia y alivio cuando las puertas se cerraron. En la cuarta planta se unieron a la marea de público que tiraba sus entradas en el vestíbulo y cogía sus programas antes de entrar en el salón, de mediano tamaño y color blanco hueso con su techo a cuadros y sus filas de sillas plegadas, ahora ocupadas en su mayoría, a juzgar por el ambiente.

Al principio, la presión de la gente en el vestíbulo molestó a Franz (cualquiera podría ser, o esconder, algo), pero luego comenzó a sentirse tranquilizado por la normalidad del concierto: las ropas principalmente conservadoras, fueran normales o estilo hippie; el puñado de excéntricos con ropas llamativas adecuadas para experiencias artísticas extrañas; la gente mayor, las damas con sobrios vestidos de noche con un toque de plata, los caballeros envarados con cuellos duros y gemelos. Una joven pareja llamó la atención de Franz. Ambos eran pequeños y de estructura delicada, y parecían escrupulosamente limpios. Vestían con ropa hippie muy bien cortada y completamente nueva: él con chaqueta de cuero y pantalones de pana, ella con un mono azul gastado con grandes parches blancos. Parecían chiquillos, pero la barba de él y la formal prominencia del

vientre de ella proclamaban que eran adultos. Se cogían de la mano como muñecos, como si estuvieran acostumbrados a tratarse con mucho cuidado. Hacían pensar en el príncipe y la princesa de un baile de disfraces planeado y supervisado por gente mayor.

Una parte muy fría y calculadora de la mente de Franz le dijo que aquí no estaba más a salvo que en la oscuridad. Sin embargo, sus temores se sosegaron, como había pasado cuando llegó a Beaver Street y luego, un poco, en el taxi.

Y entonces, justo antes de entrar en la sala, divisó al fondo del vestíbulo la espalda de un hombre pequeño de pelo gris y una mujer alta con un turbante beige y vestido marrón claro y ondulante. Parecían hablar animadamente y cuando se volvieron hacia él Franz sintió un helado escalofrío, pues la mujer parecía llevar un velo negro. Entonces vio que era de raza negra, mientras que la cara del hombre era algo porcina.

Mientras entraba nervioso en el salón, oyó que lo llamaban, se sorprendió, y entonces recorrió rápidamente el pasillo hasta el lugar donde Gunnar y Saul le guardaban un asiento en la tercera fila.

—Ya era hora —dijo Saul sombríamente mientras Franz pasaba junto a él.

—Empezábamos a temer que no vinieras —dijo Gun desde el otro asiento, con una pequeña sonrisa, mientras colocaba momentáneamente la mano sobre el antebrazo de Franz—. Ya sabes lo mucho que Cal depende de ti.

Una expresión de asombro asomó a su rostro cuando los cristales del bolsillo de Franz chocaron al quitarse la chaqueta.

—Mis binoculares se rompieron en Corona Heights. Ya os lo contaré más tarde —explicó Franz; entonces se le ocurrió una idea—. ¿Sabes algo de óptica, Gun? Óptica práctica, instrumentos y cosas así, prismas y lentes.

—Un poco —replicó Gun, frunciendo el ceño—. Y tengo un amigo que es un experto. Pero ¿por qué...?

—¿Sería posible trucar un telescopio terrestre, o un par de binoculares, para que una persona viera en la distancia algo que no está allí? —dijo Franz lentamente.

—Bueno... —empezó a decir Gunnar, la expresión intrigada, mientras hacía con las manos un gesto de inseguridad. Entonces sonrió—. Naturalmente, si intentaras mirar a través de unos prismáticos rotos, supongo que verías algo parecido a un calidoscopio.

—¿Taffy se puso duro? —preguntó Saul desde el otro lado.

—Ahora no importa —le dijo Franz a Gunnar, y con una rápida sonrisa conciliadora hacia Saul (y una mirada tras él y a cada lado; el público y sus chaquetas componían un efectivo terreno de caza), miró hacia el escenario, donde ya había sentados media docena de músicos.

En la curva cóncava emplazada justo detrás del podio del director de la orquesta, uno de los violinistas todavía afinaba su instrumento. La forma larga y estrecha del clavicordio, con su asiento aún vacío, ocupaba el extremo izquierdo de la curva, un poco retirado, para favorecer la audición de sus notas.

Franz miró su programa. La Quinta de Brandeburgo era el final. Había dos intermedios. El concierto empezaba con:

Concierto en Mi Mayor  
para clavicordio  
y orquesta de cámara  
de Giovanni Paisiello  
1. Allegro  
2. Larghetto  
3. Allegro (Rondo)

Saul le dio un codazo. Franz alzó la cabeza. Cal había llegado al escenario. Llevaba un vestido de noche blanco que dejaba al descubierto sus hombros y brillaba un poco en los

bordes. Le dijo algo a un músico, y al volverse, miró al público con disimulo. A Franz le pareció que le había visto, pero no podía estar seguro. Cal se sentó. Las luces se apagaron. Entre el estruendo de los aplausos entró el director de la orquesta, ocupó su sitio, miró a sus músicos por debajo de sus cejas, dio un golpecito al atril con la batuta y la alzó bruscamente.

—Ahora, en nombre de Bach y Sigmund Freud, haz que se enteren bien, Calpurnia —murmuró Saul.

—Y de Pitágoras —coreó Gun.

La música dulce y armoniosa de los violines y los suaves instrumentos de cuerda envolvió a Franz con su arrullo. Por primera vez desde Corona Heights se sintió completamente a salvo, entre sus amigos y en brazos de un sonido ordenado, como si la música fuera un íntimo refugio de cristal a su alrededor, una barrera perfecta para las fuerzas paranaturales.

Pero entonces el clavicordio entró desafiante, espantando el sueño, sus chispeantes lazos de agudos sonidos proponiendo preguntas y ordenando alegre y a la vez inflexiblemente que le respondieran. El clavicordio le dijo a Franz que el salón era un escape tan bueno como cualquier cosa que hubiera visto en Beaver Street.

Antes de saber lo que hacía, aunque sabía lo que sentía, Franz se puso en pie tambaleante y se dispuso a salir, intensamente consciente pero a la vez ignorante de las oleadas de sorpresa, protesta y condena que el público le dirigía en silencio.

Sólo se detuvo para susurrar al oído de Saul, con mucha rapidez pero también muy claramente:

—Dile a Cal, pero sólo después de que haya tocado el Brandenburgo, que su música me ha hecho ir a buscar la respuesta a la pregunta del 607 Rhodes.

Y entonces se marchó rápidamente, rozando las espaldas con la mano izquierda para mantenerse firme en su rumbo, colocando con la mano derecha un escudo ante el público que molestaba al pasar.

Cuando llegó al final de la fila, miró atrás y vio el ceño fruncido y la expresión de preocupación de Saul, enmarcada por su largo pelo castaño. Luego recorrió el pasillo entre las hostiles filas, sacudido, como por un látigo trenzado con miles de diamantes diminutos, por la música del clavicordio, que nunca se alteraba. Mantuvo la mirada firme al frente.

Se preguntó por qué había dicho «la cuestión del 607 Rhodes» en vez de «la cuestión de si los paramentales son reales», pero entonces advirtió que era porque se trataba de una pregunta que Cal se había planteado más de una vez y por eso podría entender su significado. Era importante que comprendiera que Franz estaba trabajando.

Se sintió tentado a echar una última mirada atrás, pero no lo hizo.

24

En la calle, ante el Edificio de Veteranos, Franz reemprendió su vigilancia a derecha e izquierda, ahora de forma un poco aleatoria, aunque era consciente no tanto del miedo como del cansancio, como si fuera un salvaje en una misión en una jungla de asfalto que viajara por el fondo de abismos peligrosamente amurallados y rectilíneos. Tras haber dado una deliberada zambullida en el peligro, se sentía casi envalentonado.

Caminó durante otras dos manzanas y luego subió por Larkin, avanzando de forma rápida y sin ruido. Los transeúntes eran escasos. La luna abarcaba el cielo. Turk Street arriba, una sirena ululaba a varias manzanas de distancia. Franz mantuvo su guardia en busca del paramental de sus binoculares y/o el fantasma de Thibaut: quizá un fantasma material formado por las cenizas flotantes del viejo, o una porción de ellas. Ese tipo de cosas podía no ser real, aunque aún podría haber una explicación natural (o él podía



estar loco), pero hasta que estuviera seguro de una cosa o de otra, no convenía bajar la guardia.

Ellis abajo, la rendija que albergaba su árbol favorito estaba oscura, pero a la altura de la calle los extremos de sus ramas aparecían verdes a la luz blanca de la calle.

A una media docena de bloques al oeste de O'Farrell divisó la masa modernista de la catedral de St. Mary, gris pálida a la luz de la luna, y se preguntó intranquilo por otra Señora.

Bajó por Geary dejando atrás las tiendas a oscuras, dos bares iluminados, y la ancha boca bostezante del garaje De Soto, hogar de los taxis azules, y llegó a la sucia abertura blanca que marcaba el 811.

En el vestíbulo había un par de tipos de aspecto duro sentados al borde de las pequeñas lozas de mármol bajo las dos filas de buzones de latón. Probablemente borrachos. Le siguieron con los ojos embotados mientras tomaba el ascensor.

Franz salió del ascensor en la sexta planta y cerró con cuidado las puertas (la corredera y la sólida), y caminó rápidamente ante la ventanilla negra y la puerta del trastero con su abertura redonda en el lugar donde tendría que haber estado el pomo, se detuvo por fin ante su propia puerta.

Después de prestar atención durante un ratito y no oír nada, abrió tras dar dos vueltas a la llave y entró, sintiendo un estallido de excitación y miedo. Esta vez no encendió la brillante luz del techo, sino que permaneció a la escucha, concentrado, esperando a que sus ojos se acostumbraran a la penumbra.

La habitación estaba llena de oscuridad (un gris oscuro, más bien), con la luna y el brillo indirecto de las luces de la calle. Todo estaba en silencio a excepción del leve y distante rumor del tráfico y el golpeteo de su propia sangre. De repente las tuberías emitieron un sólido y bajo gruñido: alguien había abierto un grifo un par de pisos más abajo. El sonido se detuvo de inmediato y el silencio interno regresó.

Franz cerró la puerta y caminó palpando la pared y el armario, evitando con cuidado la mesa de café, hasta llegar a la cabecera de su cama, donde encendió una luz. Pasó la mirada por su Amante del Erudito, tendida oscura e inescrutablemente silenciosa contra la pared, y luego se volvió hacia la ventana abierta.

Dos metros más acá, el gran cartón rojo fluorescente yacía en el suelo. Franz se acercó y lo recogió. Estaba doblado por la mitad y un poco roto por las esquinas. Sacudió la cabeza, lo colocó contra la pared y volvió a la ventana. Dos esquinas rotas del cartón estaban aún pegadas a los lados. Las cortinas colgaban ordenadamente. Había migajas y trocitos de papel marrón sobre la mesa y en el suelo, a sus pies.

Franz no pudo recordar si había limpiado ayer. Advirtió que el ordenado montón de viejos pulps sin revisar había desaparecido. ¿Los había guardado en alguna parte? Tampoco pudo recordarlo.

Era posible que una fuerte ráfaga de viento hubiera arrancado el cartel rojo, ¿pero no habría desordenado también las cortinas y volado los papeles de su mesa? Contempló las luces rojas de la torre del repetidor de televisión; trece pequeñas y firmes, seis más brillantes y parpadeantes. Bajo ellas, un kilómetro más acá, la masa oscura de Corona Heights quedaba recortada por las luces amarillentas de la ciudad y unas cuantas luces blancas y verdes en las curvas. Franz sacudió otra vez la cabeza.

Revisó rápidamente su habitación, esta vez sin sentirse como un idiota. Apartó las ropas del armario y miró tras ellas. Advirtió un impermeable gris que pertenecía a Cal y estaba allí desde hacía unas semanas. Miró tras la cortina de la ducha y debajo de la cama.

En la mesa entre las puertas del armario y el baño esperaba su correo, todavía sin abrir. La superior era una carta de una organización para la lucha contra el cáncer a la que había contribuido después de la muerte de Daisy. Frunció el ceño y arrugó por un momento los labios, la cara convulsionada por el dolor. Junto a la pila había una pequeña

pizarra, algunos pedazos de tiza, y sus prismas, con los que jugaba ocasionalmente, dividiendo la luz en espectros sucesivos.

—Te vestiremos con ropas alegres de nuevo, como un arco iris, querida mía, cuanto todo esto acabe —dijo a su Amante del Erudito.

Cogió un mapa de la ciudad y una regla y se dirigió al sofá, y una vez allí sacó los binoculares rotos de su bolsillo y los colocó con cuidado a un lado de la mesa. Le dio una sensación de seguridad pensar que el paramental del hocico no podría llegar a él sin cruzar los cristales rotos, como el que solían colocar sobre las tapias, para mantener a raya a los intrusos, hasta que se advirtió lo absurdo que era aquello.

Sacó también el diario de Smith y lo colocó junto a su Amante del Erudito, y extendió el mapa. Entonces abrió el diario por la maldición de De Castries, maravillándose de nuevo de que le hubiera eludido durante tanto tiempo, y releyó el punto crucial:

El fulcro (0) y el Cifrador (A) estarán aquí, en su amado 607 Rhodes. Yo estaré descansando en mi punto previsto (1) bajo el Asiento del Obispo, las cenizas más pesadas que jamás sentirá. Luego, cuando el peso esté en el Monte Sutro (4) y Monkey Clay (5) [(4) + (1) = (5)], SEA SU vida aplastada.

Ahora a trabajar, se dijo. ¿Habrá que resolver este problema con geometría negra o con física negra? ¿Cómo había dicho Byers que lo llamaba De Castries? Ah, sí, metageometría neopitagórica.

Monkey Clay era el punto más incongruente de la maldición, desde luego. Empezaría por ahí. Donaldus había divagado sobre barro simio y humano, pero eso no condujo a nada. Tenía que ser un lugar, como el Monte Sutro... o Corona Heights (bajo el Asiento del Obispo). Clay era una calle de San Francisco. Pero ¿Monkey?

La mente de Franz saltó de Monkey Clay a Monkey Wards. ¿Por qué? Conocía a un hombre que trabajaba en el gran rival de Sears Roebuck y que decía que algunos de sus colegas y él llamaban así a la compañía.

Otro salto, de Monkey Wards al Monkey Block. ¡Por supuesto! Monkey Block era el orgulloso nombre de un viejo edificio de apartamentos de San Francisco, derribado hacía tiempo, donde bohemios y artistas habían vivido durante los «locos veinte» y en los años de la Depresión. Monkey era la abreviatura de la calle donde estaba: ¡Montgomery! ¡Otra calle de San Francisco, y además cruzaba Clay! (Había algo más, pero su mente ardía y no podía esperar.)

Colocó excitado la regla sobre el mapa entre Monte Sutro y la intersección de las calles Clay y Montgomery al norte del distrito financiero. Vio que la línea recta así indicada atravesaba por la mitad a Corona Heights (y advirtió con una mueca que también pasaba cerca de la intersección de Geary y Hyde).

Cogió un lápiz de la mesa y marcó un pequeño «cinco» en la intersección Montgomery-Clay, un «cuatro» junto al Monte Sutro, y un «uno» en el centro de Corona Heights. Advirtió que la línea recta se convertía en una balanza de dos brazos con el punto de equilibrio o fulcro situado en algún lugar entre Corona Heights y Montgomery-Clay. Incluso se equilibraba matemáticamente: cuatro más uno igual a cinco..., igual que decía la maldición antes del último mandato. Aquel miserable fulcro (0), estuviera donde estuviese, seguramente quedaría apretujado entre los dos grandes brazos de la palanca («Dadme un punto de apoyo y estrangularé al mundo», Arquímedes), igual que el poderoso «su» quedaba aplastado por el temible «SEA» y las grandes letras mayúsculas.

Sí, aquel desgraciado (0) seguramente estaría ahogado, comprimido a la nada, especialmente cuando «los pesos estuvieran». Pero ¿ahora qué?

De repente se le ocurrió que fuera cual fuese el caso en el pasado, los pesos estaban ahora, con la torre de televisión alzándose sobre sus tres patas en Monte Sutro y siendo Montgomery-Clay el emplazamiento de la Transamerica Pyramid, el edificio más alto de San Francisco. (El «algo más» era que Monkey Block había sido derribado para hacer

primero sitio a un aparcamiento, y luego para la Transamerica Pyramid. ¡Cada vez más y más cerca!

Por eso la maldición no había alcanzado a Smith. Había muerto antes de que aquellas estructuras fueran construidas. La trampa no había sido dispuesta hasta después.

La Transamerica Pyramid y la torre de trescientos metros eran los aplastadores, desde luego.

Pero era ridículo pensar que De Castries pudiera haber predicho la construcción de aquellas dos estructuras. Y en cualquier caso la coincidencia (golpes de suerte) eran una explicación adecuada. Si se escogía cualquier intersección en el centro de San Francisco había al menos un cincuenta por ciento de posibilidades de que allí hubiera un rascacielos, o cerca.

Pero ¿por qué contenía la respiración entonces, por qué había un leve rugido en sus oídos, por qué sentía los dedos fríos y temblorosos?

¿Por qué le había dicho De Castries a Klaas y Ricker que la presciencia era posible en ciertos puntos en las megaciudades? ¿Por qué había titulado a su libro (estaba ahora mismo junto a Franz, un gris oscuro) Megapolisomancia?

Fuera cual fuese la verdad tras todo aquello, los pesos estaban presentes ahora, no había duda.

Eso hacía aún más importante encontrar el emplazamiento real de aquel enigmático 607 Rhodes donde el viejo diablo había vivido y Smith había hecho sus preguntas... y donde, según la maldición, estaba oculto el libro que contenía el Gran Cifrador... y donde se completaría la maldición. Desde luego, era toda una historia de detectives. ¿Escrita por Dashiell Hammett? ¿«La X marca el lugar» donde la víctima era (¿será?) descubierta, muerta, aplastada? Habían colocado una placa en Bush y Stockton, cerca del lugar donde Brigid O'Shaunessy había matado a Miles Archer en El Halcón Maltés, pero no había ningún memorial para Thibaut de Castries, una persona real. ¿Dónde estaba la elusiva X, o el místico (0)? ¿Dónde estaba el 607 Rhodes? Tendría que habérselo preguntado a Byers cuando tuvo la oportunidad. ¿Lo llamaba ahora? No, había cortado su conexión allí. Beaver Street era una zona a la que no quería arriesgarse a volver, ni siquiera por teléfono. Al menos por ahora. Pero dejó de escrutar el mapa, pues le pareció un empeño fútil.

Su mirada cayó sobre el Directorio de San Francisco de 1927 que había robado por la mañana y que ahora formaba la cintura de su Amante del Erudito. Bien podría terminar con esa parte de la investigación ahora, encontrar el nombre de este edificio, si es que tenía uno y si, de hecho, venía catalogado como hotel.

Colocó el grueso volumen sobre su regazo y abrió las amarillentas páginas por la sección de hoteles. En otro momento le habrían divertido los viejos anuncios de medicinas patentadas y barberías.

Pensó en toda la investigación que había hecho esta mañana en el Centro Cívico. Todo parecía ahora muy lejano y bastante ingenuo.

Vamos a ver, lo mejor sería buscar por las direcciones, no por la calle Geary (habría un montón de hoteles en Geary), sino por el 811. Probablemente sólo habría uno, si acaso. Empezó a pasar el dedo por la primera columna, despacio, pero con firmeza.

Estaba en la penúltima columna antes de encontrar un 811. Sí, era en Geary, muy bien. Se llamaba... Hotel Rhodes.

Franz se encontró de pie en el pasillo, ante su propia puerta. Temblaba levemente de arriba abajo.

Entonces advirtió por qué había venido aquí: a comprobar el número de la puerta, la pequeña placa oblonga donde aparecía grabada en gris claro «607». Quería ver su habitación desde fuera (y de paso disociarse de la maldición, apartarse del blanco).

Tenía la sensación de que si llamaba a la puerta ahora mismo (como debió de llamar Clark Smith tantas veces), Thibaut de Castries la abriría, con su rostro chupado convertido en una telaraña de finas arrugas grises, como si se lo hubiera empolvado con cenizas.

Si entraba sin llamar, no pasaría nada. Pero si llamaba, entonces la vieja araña se despertaría...

Sintió vértigo, como si el edificio empezara a doblarse sobre él, a rotar lentamente, al menos al principio. La sensación era similar al pánico ante un terremoto.

Se dijo que tenía que orientarse de inmediato, impedir desplomarse con el 811. Recorrió el oscuro pasillo (la luz situada sobre la puerta del ascensor estaba todavía fundida), dejando atrás el negro trastero, las ventanas pintadas de negro del conducto de ventilación, y subió los dos tramos de escalera, agarrándose al pasamanos para mantener el equilibrio, y pasó bajo la claraboya de la escalera, atravesando la siniestra habitación negra que albergaba bajo una claraboya aún mayor el motor y los relés del ascensor, el Enano Verde y la Araña, y salió a la azotea de alquitrán y grava.

Las estrellas estaban en el cielo donde deberían estar, aunque un poco apagadas por el resplandor de la luna, que estaba en lo alto del cielo, un poco al sur. Orión y Aldebarán subían por el este. Polaris estaba en su lugar perenne. Alrededor se extendía el irregular horizonte, interrumpido por altos edificios y rascacielos marcados de vez en cuando con luces rojas de advertencias y luces amarillas en las ventanas, como consciente de algún modo de la necesidad de conservar energía. Un viento moderado soplaba del oeste.

Desaparecido por fin su aturdimiento, Franz se dirigió a la parte trasera de la azotea, tras las bocas de los conductos de aire que parecían pequeños pozos cuadrados, y cuidando de no tropezar con los tubos de ventilación cubiertos de cables, llegó al borde occidental de la azotea, sobre su habitación y la de Cal. Apoyó una mano sobre el muro bajo. Tras él se hallaba el hueco que pasaba ante la ventana negra que había dejado atrás en el pasillo y las otras ventanas correspondientes a las demás plantas. Recordó que al mismo hueco asomaban las ventanas del cuarto de baño de otro conjunto de apartamentos y también una fila vertical de ventanitas que sólo podían pertenecer a los trasteros en desuso, y que originalmente les darían un poco de luz, según supuso. Miró al oeste, a las luces destellantes de la Torre y la oscuridad irregularmente redondeada de las colinas. El viento refrescó un poco.

«Éste es el Hotel Rhodes —pensó por fin—. Vivo en el 607 de Rhodes, el lugar que he buscado por todas partes. No hay ningún misterio en eso. A mi espalda está la Transamerica Pyramid (5) —miró por encima del hombro y vio que su única luz roja parpadeaba brillante y que sus ventanas iluminadas eran tan estrechas como los agujeros perforados de una tarjeta—. Delante de mí —se volvió— se encuentran la torre del repetidor (4) y la eminencia jorobada y coronada (1) donde están enterradas las cenizas del viejo rey araña, según dicen. Y yo soy el fulcro (0) de la maldición.»

Mientras se decía aquello, las estrellas perecieron oscurecerse un poco, con un brillo enfermizo, y él sintió mareo y cansancio, como si el fresco viento hubiera traído algo maligno del oeste hasta esta oscura azotea, como si alguna enfermedad universal o una contaminación cósmica llegara girando desde Corona Heights para abarcar toda la ciudad y las estrellas, infectando incluso a Orión y el Escudo..., como si con la ayuda de las estrellas él estuviera manteniendo las cosas en su sitio y ahora algo se negara a permanecer en su lugar asignado, rehusando permanecer enterrado y olvidado, como el cáncer de Daisy, interfiriendo con la regla del número y el orden en el universo.

Oyó un súbito roce tras él y se volvió. No había nada que pudiera ver, y sin embargo...

Se acercó al respiradero más cercano y se asomó. La luz de la luna penetraba hasta su planta, donde la ventanita del trastero estaba abierta. Por debajo quedaba tenuemente

iluminada por dos de las ventanas de los cuartos de baño, luz indirecta que manaba de los salones de esos apartamentos. Oyó un sonido parecido a un animal resoplando, ¿o era su propia respiración reflejada por la plancha de hierro? Y le pareció ver moverse (pero estaba muy oscuro) algo con demasiados brazos, subiendo y bajando rápidamente.

Volvió la cabeza y luego miró hacia arriba, como buscando la ayuda de las estrellas, pero éstas parecieron tan solitarias y despreocupadas como las mismas lejanas ventanas que ve un hombre a punto de ser asesinado en un páramo o de hundirse en el Gran Pantano de Grimpen de madrugada. El pánico se apoderó de él y corrió por donde había venido. Al atravesar la negra habitación del ascensor, los grandes interruptores de cobre chasquearon ruidosamente y los relés rechinaron, apresurando su huida como si hubiera una araña monstruosa corriendo tras él siguiendo las órdenes del Enano Verde.

Consiguió controlarse un poco al bajar la escalera, pero al llegar a su planta y pasar ante la ventana pintada de negro (cerca de la oscura lámpara del techo), tuvo la sensación de que había algo firmemente ágil agazapado al otro lado, colgando del conducto de aire, a medio camino entre una pantera negra y un mono arácnido, pero quizás con tantos brazos como una araña y con la cara arrugada y cenicienta de Thibaut de Castries, a punto de irrumpir a través del cristal. Al pasar ante la puerta negra del trastero, recordó la ventanita abierta que daba al hueco, y que no sería demasiado pequeña para una criatura así. Y el trastero mismo estaba justo contra la pared en la que se apoyaba su sofá. ¿Cuántos de los habitantes de una gran ciudad, se preguntó, saben algo de lo que hay al otro lado de las paredes exteriores de nuestros apartamentos, a menudo la misma pared contra la que dormimos, tan ocultos e inalcanzables como nuestros órganos internos? Ni siquiera podemos confiar en las paredes que nos guardan.

En el pasillo, la puerta del trastero pareció hincharse de repente. Durante un frenético instante pensó que se había dejado las llaves en la habitación, pero entonces las encontró en su bolsillo y localizó la adecuada. Abrió la puerta y entró, echando el doble cerrojo contra lo que pudiera haberle seguido desde la azotea.

Pero ¿podía confiar en su habitación con la ventana abierta? No importaba lo inalcanzable que fuera en teoría. Revisó de nuevo todo el lugar, esta vez sintiéndose obligado a mirar en cada espacio. Ni siquiera vaciar los cajones y mirar tras los libros le hizo sentirse cohibido. Buscó por fin en su armario tan concienzudamente que descubrió en el suelo, junto a la pared, junto a unas botas, una botella sin abrir de kirschwasser que debió de guardar allí hacía más de un año, cuando todavía bebía.

Miró hacia la ventana con sus trozos de papel arrugado e imaginó a De Castries cuando vivía allí. Sin duda la vieja araña se había sentado ante la ventana durante largas horas, contemplando su futura tumba en Corona Heights con el boscoso Monte Sutro detrás. ¿Había previsto la torre que se alzaría allí? Los viejos espiritistas y ocultistas creían que los restos astrales, el polvo ódico de una persona permanecía en las habitaciones donde había vivido.

¿Qué más había soñado aquí la vieja araña mientras se mecía un poco en la silla? ¿En sus días de gloria en el Frisco anterior al terremoto? ¿En los hombres y mujeres que había impulsado a suicidarse, o colocado bajo varios fulcros para que fueran aplastados? ¿En su padre (aventurero en África o impresor arruinado), en su pantera negra (si es que alguna vez había tenido una, no ya varias), en su joven amante polaca (o esbelta Anima-mujer), su Señora del Velo? ¡Si tan sólo tuviera alguien con quien hablar y sentirse libre de estos morbosos pensamientos! Si Cal y los demás volvieran del concierto. Pero su reloj de pulsera indicó que sólo eran poco más de las nueve. Era difícil creer que las búsquedas en su habitación y su visita a la azotea habían requerido tan poco tiempo, pero la manecilla de su reloj giraba firmemente con pequeñas sacudidas casi imperceptibles.

La idea de las horas solitarias que le esperaban le hizo desesperarse, y la botella que tenía en la mano con su blanca promesa de olvido le tentó, pero el temor de lo que podría suceder cuando se hubiera emborrachado fue aún mayor.

Depositó el brandy de cerezas junto al correo de ayer, que tampoco había abierto, y sus prismas y su pizarra. Creía que ésta estaba limpia, pero ahora advirtió que tenía algunas marcas. La cogió, junto con la tiza y los prismas y la acercó a la lámpara encendida junto al sofá. Pensó en encender la luz de doscientos vatios del techo, pero no le gustaba la idea de que su ventana destacara de forma tan brillante para alguien que pudiera observarle, tal vez desde Corona Heights.

Había marcas de tiza arácnidos en la pizarra: media docena de débiles triángulos que se estrechaban hacia la esquina inferior, como si alguien o alguna fuerza hubiera estado esbozando levemente (moviendo tal vez la tiza como el indicador de un tablero de Ouija) el rostro de su paramental. Y ahora la tiza y uno de los prismas saltaban como indicadores, pues sus manos temblaban.

Su mente quedó como paralizada, casi en blanco, por el súbito miedo, pero un rinconcito libre pensó en cómo una estrella blanca de cinco puntas con una punta dirigida hacia arriba (o hacia afuera), se supone que es un hechizo para proteger una habitación de la entrada de espíritus malignos, como si la entidad inquisidora quedara empalada por la punta de la estrella, y por eso Franz apenas se sorprendió cuando colocó la pizarra sobre el extremo de su mesa de café y se puso a dibujar estrellas en el alféizar de las ventanas, la abierta y la cerrada del cuarto de baño, y encima de su puerta. Se sentía un poco ridículo, pero ni siquiera consideró no terminar las estrellas. De hecho, su imaginación consideró la posibilidad de que hubiera aún más pasadizos secretos y lugares donde esconderse en el edificio, aparte de los respiraderos y los trasteros (en el Hotel Rhodes tenía que haber un hueco para la ropa y un montaplatos y quién sabía qué puertas auxiliares) y se molestó por no poder inspeccionar las paredes negras del armario con más atención, y al final cerró las puertas y trazó una estrella con tiza sobre ella, y una pequeña sobre el tragaluz.

Estaba pensando en dibujar otra estrella sobre la pared contigua al trastero del pasillo cuando llamaron bruscamente a la puerta. Franz colocó la cadena antes de abrirla los cinco centímetros que ésta permitía.

26

La mitad de una boca dentada y un gran ojo marrón le sonreían desde el otro lado de la cadena.

—¿Ajedrez? —dijo una voz.

Franz quitó rápidamente la cadena y abrió la puerta, ansioso. Se sintió enormemente aliviado por tener con él a una persona familiar, decepcionado de que fuera alguien con quien apenas podía comunicarse (desde luego no sobre el tema que abarrotaba su mente), pero se consoló con la idea de que al menos compartían el lenguaje del ajedrez. Eso le ayudaría a pasar el tiempo.

Fernando entró sonriendo, aunque frunció el ceño ante la cadena, y luego miró intrigado a Franz cuando éste volvió a cerrar la puerta y echó el cerrojo.

Por respuesta, Franz le ofreció una copa. Las negras cejas de Fernando se alzaron al ver la botella cuadrada, y sonrió aún más y asintió, pero cuando Franz abrió la botella y le sirvió un vasito vaciló, preguntando con sus rasgos móviles y sus expresivas manos por qué Franz no bebía.

Como solución más simple, Franz se sirvió un poco en otro vaso, ocultando la cantidad con los dedos, y se llevó el vaso a la boca hasta que el aromático líquido humedeció sus labios cerrados. Le ofreció a Fernando una segunda copa, pero el peruano señaló las piezas de ajedrez y luego a su cabeza, que sacudió sonriente.

Franz colocó el tablero de forma algo precaria sobre los clasificadores doblados de la mesita de café, y se sentó en la cama. Fernando miró vacilante la disposición, luego se

encogió de hombros y sonrió, acercó una silla y se sentó frente a él. Escogió el peón blanco y cuando terminaron de colocar las piezas abrió confiado la partida.

Franz hizo también sus movimientos rápidamente. Se encontró asumiendo de forma casi automática la rutina de «en guardia» que había empleado en Beaver Street mientras escuchaba a Byers. Su mirada vigilante se movía desde el extremo de la pared que tenía detrás hasta el armario con sus ropas y la puerta, y luego pasaba ante la estantería pequeña hasta la puerta del trastero, sobre la mesa repleta de cartas sin abrir, ante la puerta del cuarto de baño y la estantería grande y la mesa, se detenía en la ventana, luego recorría sus archivadores hasta el radiador y llegaba al otro extremo de la pared que tenía detrás, para empezar de nuevo. Sintió el fantasma de un regusto amargo cuando se humedeció los labios: el kirschwasser.

Fernando ganó en veinte movimientos. Miró pensativo a Franz durante unos instantes, como si estuviera a punto de hacer alguna observación sobre su indiferente juego, pero en cambio sonrió y empezó a colocar las piezas con los colores cambiados.

Con deliberada intrepidez Franz abrió con el gambito del rey. Fernando contraatacó en el centro con el peón de su reina. A pesar de la peligrosa posición, Franz descubrió que no podía concentrarse en el juego. No dejaba de revisar mentalmente otras protecciones que asumir además de su guardia visual. Se esforzó por escuchar sonidos en la puerta y tras las otras particiones. Deseó con desesperación que Fernando supiera más inglés, o no fuera tan sordo. La combinación, simplemente, era demasiado.

Y el tiempo pasaba muy despacio. La manecilla grande de su reloj, estaba petrificada. Era como uno de esos momentos en una borrachera, cuando estás al borde de la inconsciencia, que parecen durar eternamente. A este ritmo pasarían años antes de que terminara el concierto.

Y entonces se le ocurrió que no tenía ninguna garantía de que Cal y los otros regresaran de inmediato. La gente iba generalmente a bares o restaurantes después de las representaciones, para celebrarlo o para charlar.

Fue levemente consciente de que Fernando le estudiaba entre movimientos.

Por supuesto, podría volver al concierto cuando Fernando se marchara. Pero eso no arreglaría nada. Había abandonado el concierto decidido a resolver el problema de la maldición de De Castries y toda su extrañeza. Ya había respondido a la pregunta de 607 Rhodes, pero por supuesto pretendía mucho más que eso cuando habló con Saul.

Pero ¿cómo encontrar la respuesta a todo el asunto? Una investigación psíquica u oculta sería una cuestión de elaborados preparativos y estudios, usando instrumentos delicados y cuidadosamente comprobados, o en cualquier caso gente entrenada y sensible con experiencia previa: médiums, sensitivos, telépatas, clarividentes y similares que se demostraban a sí mismos con cartas Rhine y cosas así. ¿Qué podía esperar hacer él solo en una noche? ¿En qué estaba pensando cuando se marchó del concierto y le dejó a Cal su mensaje?

Sin embargo, tenía de algún modo la sensación de que todos los expertos en investigación física y su experiencia en masa no le servirían para nada ahora mismo. No más que lo que lo serían los expertos en ciencia con sus increíblemente sofisticados detectores electrónicos, fotográficos y demás aparatos. De entre todos los campos de lo oculto que florecían hoy en día, brujería, astrología, biofeedback, hipnosis, psicoquinesis, auras, acupuntura, viajes exploratorios con LSD, bucles en la corriente temporal, astrología (muchos de ellos seguramente falsos, algunos incluso reales), esto que le sucedía era completamente diferente.

Se imaginó volviendo al concierto, y no le gustó la idea. Le pareció oír la suave y tintineante música del clavicordio, todavía sacudiéndole y golpeándole imperiosamente.

Fernando se aclaró la garganta. Franz advirtió que había pasado por algo un jaque mate en tres movimientos y había perdido la segunda partida tan rápidamente como la primera. Empezó a colocar las piezas para una tercera.

La mano de Fernando, con la palma hacia abajo en un enfático no, le impidió hacerlo. Franz alzó la cabeza.

Fernando le miraba fijamente. El peruano frunció el ceño y agitó un dedo, indicando que estaba preocupado por Franz. Entonces señaló al tablero, y luego a su propia cabeza, tocando su sien. Luego sacudió la cabeza con decisión, frunció el ceño volvió a señalar a Franz.

Franz comprendió el mensaje: «Tu mente no está en el juego». Asintió.

Fernando se levantó, apartando la silla, y representó la pantomima de un hombre temeroso de algo que le perseguía. Agachándose un poco, no dejaba de mirar alrededor, más o menos como Franz había estado haciendo, pero de forma más obvia. No paraba de volverse y mirar detrás de él, ahora en una dirección ahora en otra, los ojos desorbitados y la expresión temerosa.

Franz asintió, diciendo que lo comprendía.

Fernando recorrió la habitación, mirando la puerta del pasillo y la ventana. Mientras miraba en otra dirección rozó ruidosamente el radiador con el puño, y al instante dio un respingo y se apartó de él.

Un hombre muy asustado de algo, sobresaltado por ruidos súbitos, eso debía de querer decir. Franz volvió a asentir.

Fernando hizo lo mismo con la puerta del cuarto de baño y en la pared cercana. Después de golpear la última, miró a Franz y dijo:

—Hay hechicería. Hechicería oculta en las murallas.

Franz recordó sus propias suposiciones sobre puertas secretas, huecos y pasadizos. Pero ¿lo decía Fernando de forma figurada o literal? Franz asintió, pero arrugó los labios y trató de asumir una expresión interrogante.

Fernando pareció advertir las estrellas de tiza por primera vez. Blancas sobre madera pálida, no eran fáciles de ver. Alzó las cejas y sonrió comprensivamente a Franz, y sonrió aprobándolo. Indicó las estrellas y luego extendió las manos, con las palmas hacia fuera, señalando la ventana y las puertas, como manteniendo algo a raya, fuera, mientras continuaba asintiendo.

—Bueno —dijo.

Franz asintió, maravillándose al mismo tiempo del miedo que le había hecho emplear un artilugio defensivo tan irracional, algo que el supersticioso Fernando comprendió al instante: estrellas contra brujos (y había estrellas de cinco puntas entre los graffiti de Corona Heights, con el propósito de mantener quietos las cenizas y los huesos muertos. Byers las había colocado allí).

Se levantó, se acercó a la mesa y ofreció a Fernando otro trago, para lo que abrió la botella. Éste lo rehusó con un rápido ademán, y se dirigió al lugar donde Franz estaba, golpeó la pared tras el sofá y se volvió.

—¡Hechicería oculta en las murallas! —repitió.

Franz le miró, aturdido. Pero el peruano tan sólo inclinó la cabeza y se llevó tres dedos a la frente, simbolizando el acto de pensar (y posiblemente eso era lo que estaba haciendo).

Entonces alzó la cabeza con aire de revelación, cogió la tiza de la pizarrita situada junto al tablero y dibujó sobre la pared una estrella de cinco puntas, más grande y más notable y mejor hecha que ninguna de las que había dibujado Franz.

—Bueno —repitió Fernando, asintiendo. Entonces señaló al suelo tras la cama, hacia el tablón que escondía, y repitió—: Hay hechicería oculta en las murallas.

Se dirigió rápidamente a la puerta, hizo ademán de marcharse y volver, y miró solícito a Franz, alzando las cejas, como preguntando: «¿Estarás bien mientras tanto?».

Divertido por la pantomima y sintiéndose cansado de repente, Franz asintió con una sonrisa y (pensando en la estrella que Fernando había dibujado y en la sensación de camaradería que eso le había producido) dijo en español:



—Gracias.

Fernando asintió con una sonrisa, abrió la puerta y salió. Poco después Franz oyó la puerta del ascensor detenerse en esta planta, abrirse y cerrarse sus puertas y bajar chirriando hacia abajo, como si se encaminara al sótano del universo.

27

Franz se sentía como un boxeador sonado. Sus ojos y oídos estaban aún en guardia, detectando los más leves sonidos y las más tenues visiones, pero de manera cansada, casi protestando, combatiendo la urgencia de desmoronarse. A pesar de todos los shocks y sorpresas del día, su mente, esclava de la química de su cuerpo, cedía. Posiblemente Fernando había ido a alguna parte, pero ¿por qué? ¿A recoger qué? Y sin duda volvería como había dado a entender mediante gestos. Pero ¿cuándo? ¿Y otra vez por qué? En verdad, a Franz no le importaba mucho. Empezó a ordenar automáticamente las cosas a su alrededor.

Pronto se sentó con un suspiro de cansancio en el lado de la cama y miró la abarrotada mesita de café, preguntándose por dónde empezar. En el fondo estaba su trabajo de escritor, que apenas había mirado desde anteayer. Profundidades extrañas... era irónico. En lo alto estaba el teléfono con su largo cable, sus binoculares rotos, el gran cenicero quemado y cubierto de colillas (pero no había fumado desde que llegó esta noche y no le apetecía tampoco ahora), el tablero con sus piezas a medio colocar, la pizarrita con sus tizas, sus prismas, y algunas piezas de ajedrez comidas, y por fin los vasitos de vino y la botella cuadrada de kirschwasser, todavía abierta, donde la había depositado después de ofrecérsela a Fernando por última vez.

Poco a poco, el desorden empezó a parecerle divertido, más allá de toda posibilidad de poder arreglarlo. Aunque sus ojos y oídos estaban todavía funcionando de modo automático (y siguieron haciéndolo), casi se rió débilmente. Su mente cansada tenía su lado tonto, una tendencia a las bromas y a tópicos mezclados, y a epigramas levemente psicóticos... tonterías surgidas de la fatiga. Recordó lo bien que el psicólogo F. C. MacKnight había descrito la transición de estar despierto a dormido: los breves pasos lógicos diurnos de la mente se hacían más largos gradualmente, cada salto mental un poco más estirado y salvaje, hasta que, sin solución de continuidad, se volvían zancadas de gigante completamente impredecibles y uno se hallaba soñando.

Recogió el mapa de la ciudad de encima de la cama y sin doblarlo lo colocó como si fuera una colcha en lo alto de la mesa de café.

—Vete a dormir, montón de basura —dijo con humorística ternura.

Y colocó la regla encima, como si fuera un mago agitando su varita.

Luego (sus ojos y oídos estaban aún haciendo sus rondas de vigilancia) medio se volvió hacia la pared donde Fernando había dibujado la estrella de tiza y empezó a acostar a sus libros, como había hecho con el lío de la mesa, como si preparara a su Amante del Erudito para la noche, una operación sobre cosas familiares que era el antídoto perfecto incluso para los temores más descabellados.

Sobre las páginas amarillentas de Megapolisomancia, la sección sobre «material electromeéfítico en las ciudades», colocó amablemente el diario de Smith, abierto por la maldición.

—Estás muy pálida, querida —observó—, y sin embargo el lado izquierdo de tu cara tiene todas esas extrañas marcas negras, una página entera. Sueña con una hermosa fiesta satánica en traje de noche, todo blanco y negro como en Marienbad, en un salón de baile repleto de ángeles con perros blancos danzando alrededor como arañas gigantes.

Tocó un hombro que era casi todo El extraño de Lovecraft, sus páginas de cuarenta años abiertas por «La cosa en el umbral».

—No te derritas ahora, querida, como la pobre Asenath Waite —murmuró a su amante—. Recuerda que no tienes piezas dentales (que yo sepa) por las que pudieras ser identificada.

Miró al otro hombro: Wonder Stories y Weird Tales, arrugados y sin portadas, con «La exhumación de Venus» en lo alto.

—Ésa es una forma mucho mejor de marcharse —comentó—. Todo mármol rosado bajo los gusanos y el moho.

El pecho era el monumental libro de Lettland, abierto adecuadamente por el misterioso, provocativo y cuestionador capítulo «El mamífero místico: frío como...». Pensó en la extraña desaparición de la autora feminista en Seattle. Ahora nadie podría conocer sus nuevas respuestas.

Sus dedos acariciaron la fina cintura, negra y moteada de gris, compuesta por las historias de fantasmas de James. El libro se había mojado y había sido puesto a secar, y ahora tenía todas las páginas arrugadas y descoloridas. Franz alisó un poco el directorio robado (que representaba las caderas), todavía abierto por la sección de hoteles.

—Eso será más cómodo para ti. ¿Sabes, querida amiga? Ahora estás doblemente en el 607 Rhodes —susurró, y se preguntó aturdido qué había querido decir con eso.

Oyó el ascensor detenerse y sus puertas abriéndose, pero no lo oyó marcharse. Esperó tenso, pero no llamaron a su puerta, ni escuchó pasos. De alguna parte llegó el leve roce de una puerta testaruda al abrirse o cerrarse, y luego nada más.

Tocó The Spider Glyph in Time, que yacía bajo el directorio. A primeras horas del día su Amante del Erudito yacía boca abajo, pero ahora estaba de espaldas. Reflexionó un instante (¿Qué había dicho Lettland?) sobre por qué los genitales femeninos eran considerados una araña. ¿Por la maraña de pelo? ¿La boca que se abría verticalmente como las mandíbulas de una araña en vez de en horizontal como los labios del rostro humano o los de las muchachas chinas de las leyendas de los marineros? El viejo y febril Santos-Lobos sugirió que implicaba el tiempo para tejer una red, el reloj de la araña. Y qué hendedura tan encantadora para una tela.

Sus dedos se dirigieron al Knochenmädchen in Pelze (mit Peitsche) (más vellos oscuros, ahora suaves pieles envolviendo los esqueletos de muchachas), y Ames et Fantômes de Douleur, el otro muslo; de Sade (o su falsificador póstumo), cansado de la carne, había querido realmente hacer gritar la mente y llorar a los ángeles: ¿No debería Los fantasmas del dolor ser Las agonías de los fantasmas?

Ese libro, junto con Skeleton Girls in Furs (With Whips) (Muchachas esqueletos con pieles [y látigos]) de Masoch, le hicieron pensar en qué muertes lujosas tenía bajo las manos. Lovecraft murió rápidamente en 1937, escribiendo hasta el final notas sobre sus últimas sensaciones (¿Vio paramentales entonces?). Smith lo hizo más despacio un cuarto de siglo después, con el cerebro aturdido por pequeños colapsos. Santos-Lobos reducido por las fiebres a ceniza pensante. ¿Y estaba muerta la desaparecida Lettland? Montague (su Cinta Blanca componía una rodilla, pero el papel se volvía amarillento), se ahogó de enfisema mientras escribía notas sobre nuestra cultura autoasfixiante.

¡La muerte y el temor a la muerte! Franz recordó lo mucho que le había deprimido El color que surgió del espacio, de Lovecraft, cuando lo leyó siendo un adolescente. El Granjero de Nueva Inglaterra y su familia pudriéndose viva, envenenada por radiactividad llegada de los confines del universo. Sin embargo, al mismo tiempo, había sido fascinante. ¿Qué era toda la literatura de terror sobrenatural sino un ensayo para hacer la muerte excitante? Intriga y extrañeza ante el final de la propia vida. Pero mientras pensaba en esto, Franz advirtió lo cansado que estaba. Cansado, deprimido y morboso... los desagradables aspectos de su mente agotada, el lado oscuro de su moneda.

Y hablando de oscuridad, ¿donde encajaba Nuestra Señora de lo Mismo? Suspiria de Profundiis componía la otra rodilla y De Profundis una pantorrilla. («¿Qué te parece lord Alfred Douglas, querida? ¿Te excita? Creo que Oscar era demasiado bueno para él»).

¿Era el repetidor de televisión de allá fuera su estatua? Era alta y con forma de torre. ¿Era la noche su «fino velo»? ¿Y las diecinueve luces rojas, parpadeantes o firmes, «la fiera luz de una ardiente miseria»? Bueno, él se sentía ahora suficientemente miserable por los dos. Eso le hizo reír. «Ven, dulce noche, y cúbreme.»

Terminó de repasar su Amante del Erudito: The Subliminal Occult (Lo oculto subliminal) del profesor Nostig («Eliminó usted todas las fotografías kirlianas, doctor, pero ¿podría hacer lo mismo con lo paranatural?»), los ejemplares de Gnostica (Gnóstica) (¿alguna relación con el profesor Nostig?), The Mauritzius Case (El caso Mauritzius) (¿vio Etzel Andergast paramentales en Berlín? ¿Y Waramme en Chicago?), Hecate, or the Future of Witchcraft (Hecate, o el futuro de la brujería) de Yeats («¿Por qué hiciste destruir ese libro, William Butler?»), y Journey to the End of the Night (Viaje al final de la noche) («Y a tus pies, querida»), y se tendió cansado al lado, todavía atento tozudamente al más mínimo sonido o visión sospechosos. Se le ocurrió que acudía a ella de noche como si fuera una esposa o una mujer real, para relajarse y ser consolado después de todas las tensiones, pruebas y peligros del día. «¡Recuerda que todavía están allí!»

Pensó que todavía llegaría a tiempo de escuchar la Quinta de Brandeburgo si se daba prisa, pero estaba demasiado agotado para moverse siquiera... para hacer nada más que permanecer despierto y en guardia hasta que Cal, Saul y Gun regresaran.

La luz en la cabecera de su cama fluctuó un poco, se difuminó y luego aumentó de brillo bruscamente, y luego volvió a oscurecerse como si la bombilla fuera muy vieja, pero Franz estaba demasiado cansado para levantarse y reemplazarla o encender siquiera otra luz. Además, no quería que su ventana brillara demasiado para que lo viera aquello que había en Corona Heights. (Tal vez todavía estaba allí en vez de aquí. ¿Quién sabía?)

Advirtió un leve y pálido destello gris en tomo a los bordes de la ventana: la luna empezaba a asomar, pasando los altos edificios situados al sur para dejarse ver por completo. Franz sintió el impulso de levantarse y echar un último vistazo a la torre de televisión, decir buenas noches a su esbelta diosa asistida por la luna y las estrellas, llevaría a la cama, decir sus últimas oraciones, pero el mismo cansancio se lo impidió. Tampoco quería mostrarse a Corona Heights o mirar nunca jamás el parche oscuro que era aquel lugar.

La luz en la cabecera de su cama brillaba firmemente, pero le pareció que era un poco más oscura que antes de la fluctuación, ¿o se trataba sólo de impresiones de su mente agotada?

«Olvida eso ahora. Olvidalo todo.» El mundo estaba podrido. Esta ciudad era un lío de oscuras torres y enormes rascacielos, Torres de traición, en efecto. Todo se había derrumbado y había ardido en 1906 (al menos todo lo que había alrededor de este edificio) y pronto lo haría de nuevo, y todos los papeles serían entregados a las máquinas destructoras de documentos, con o sin la ayuda de los paramentales (¿No se sacudía ahora la jorobada y sombría masa de Corona Heights?). Y todo el mundo estaba igual de mal; perecía de contaminación, ahogándose y asfixiándose con venenos químicos y atómicos, detergentes e insecticidas, efluvios industriales, smog, el hedor del ácido sulfúrico, las cantidades de acero, cemento, aluminio siempre brillante, plásticos eternos, papel omnipresente, fluidos de gases y electrones... ¡material electromefítico, desde luego! El mundo apenas necesitaba a lo paranatural para morir. Era negro y canceroso, como la familia del relato de Lovecraft exterminada por extrañas radiaciones traídas por un meteoro llegado del confín de ninguna parte.

Pero eso no era el fin (Franz se acercó un poco más a su Amante del Erudito). La enfermedad electromefítica se extendía, se había extendido (se había metastasiado) de este mundo a todas partes. El universo sufría una enfermedad terminal; moriría termodinámicamente. Incluso las estrellas estaban infectadas. ¿Quién creía que aquellos brillantes puntos de luz significaban algo? ¿Qué eran si no un enjambre de motas

fosforescentes detenidas momentáneamente en una pauta aleatoria alrededor de un planeta basura?

Intentó lo mejor que pudo «oír» la Quinta de Brandeburgo que estaba tocando Cal, las enormemente variadas e infinitamente ordenadas corrientes diamantinas de sonido que lo convertían en el padre de todos los conciertos para piano. La música tiene el poder de liberar cosas, había dicho Cal, de hacerlas volar. Tal vez acabaría con su melancólico estado de ánimo. Las campanas de Papageno eran mágicas, y una protección contra la magia. Pero todo era silencio.

¿Qué sentido tenía la vida, de todas formas? Se había recuperado trabajosamente del alcoholismo sólo para enfrentarse una vez más a la Desnarigada en una nueva máscara triangular. Esfuerzo baldío, se dijo. De hecho, tendría que haber extendido la mano y cogido la amarga y punzante botella, pero estaba demasiado cansado para hacerlo. Fue un idiota al pensar que Cal se preocupaba por él, tan idiota como Byers con su intercambio de parejas y sus adolescentes, su sucio paraíso de querubines sexys y esbeltas.

La mirada de Franz vagó hasta el retrato con la cara de Daisy, reducido por la perspectiva a unas rendijas para los ojos y una boca que sonreía sobre el hoyuelo de la barbilla.

En ese momento empezó a oír un leve roce en la pared, como si una rata grande intentara no hacer ruido. ¿Desde dónde llegaba? No podía decirlo. ¿Cómo eran los primeros sonidos de un terremoto? Sólo los perros y los caballos podían oírlos. Se produjo un roce más fuerte, y luego nada más.

Recordó el alivio que sintió cuando el cáncer lobotomizó el cerebro de Daisy y ella llegó al estado vegetativo, presumiblemente insensible («el efecto plano», lo llamaban los neurólogos) y la necesidad de anesthesiarse con alcohol se volvió un poco menos acuciante.

La luz tras su cabeza arqueó brillante, de un blanco verdoso, fluctuó, y luego se apagó. Franz empezó a levantarse, pero apenas alzó un dedo. La oscuridad de la habitación tomó formas como los Cuadros Negros de la brujería, las maravillas que aturdían a las multitudes, y los horrores olímpicos que Goya había pintado para sí mismo en su vejez, una forma muy adecuada de decorar una casa. Su dedo alzado se movió vagamente hacia la estrella ennegrecida de Fernando, y luego se retiró. Un pequeño sollozo se formó en su garganta antes de desvanecerse. Franz se acurrucó junto a su Amante del Erudito, tocando con los dedos su hombro lovecraftiano. Pensó que era la única persona real que tenía. La oscuridad y el sueño se cerraron sobre él sin hacer ningún ruido.

Pasó el tiempo.

Franz soñó con la oscuridad completa y con grandes ruidos blancos y chasqueantes, como si interminables páginas de papel fueran aplastadas y docenas de libros fueran arrancados de inmediato y sus duras cubiertas crujieran y chasquearan, un pandemónium de papel.

Pero quizás no había ningún gran ruido (sólo el Tiempo aclarándose la garganta), pues al siguiente pensamiento se despertó tranquilamente en dos habitaciones; ésta con la de esto-es-un-sueño superpuesta. Intentó asimilarlas a ambas. Daisy yacía pacíficamente junto a él. Ambos eran muy, muy felices. Habían hablado la noche pasada y todo estaba muy bien. Sus dedos, finos y satinados, tocaban su mejilla y su cuello.

Con la fría zambullida de un presentimiento, sintió la sospecha de que ella estaba muerta. Los dedos que le acariciaban se movieron, tranquilizándole. Parecía haber demasiados. No, Daisy no estaba muerta, sino muy enferma. Estaba viva, pero en estado vegetativo, piadosamente tranquilizada por su propio mal. Horrible, aunque todavía era un consuelo yacer junto a ella. Como Cal, era tan joven, incluso en esta semimuerte. Sus dedos eran tan delgados y suaves, tan fuertes y numerosos, y empezaban a apretar..., no eran dedos sino negras enredaderas enraizadas dentro de su cráneo, creciendo

profusamente de sus órbitas cavernosas, brotando desbordantes del agujero triangular entre los huesos nasal y vómer, retorciéndose en tentáculos por debajo de sus blancos dientes superiores, apretando insidiosa e insistentemente, como la hierba en una rendija en el asfalto, surgiendo de su cráneo marrón claro, apartando las suturas escamosa, sagital y coronas.

Franz se incorporó con un respingo convulsivo, jadeando, el corazón desbocado, sudor frío corriéndose por la frente.

28

La luz de la luna inundaba la ventana, dibujando una mancha del tamaño de un ataúd sobre la alfombra más allá de la mesita de café, lanzando por contraste al resto de la habitación a sombras más oscuras.

Franz estaba completamente vestido; le dolían los pies por causa de los zapatos.

Advirtió con enorme gratitud que estaba de verdad despierto por fin, que Daisy y el horror vegetativo que la habían destruido no estaban allí, desvanecidos más rápidamente que el humo.

Se sintió plenamente consciente del espacio a su alrededor: el frío aire contra su cara y sus manos, las ocho esquinas principales de su habitación, la rendija ante la ventana que ocupaba seis plantas entre este edificio y el siguiente a nivel del suelo, la séptima planta y el tejado encima, el pasillo al otro lado de la pared tras la cabecera de su cama, el trastero al otro lado de la pared que contenía el retrato de Daisy y la estrella de Fernando, y el hueco tras el trastero.

Y todas sus otras sensaciones y pensamientos parecieron igualmente vívidas y prístinas. Se dijo que volvía a estar en plena posesión de sus facultades mentales, como por las mañanas, despejado por el sueño, fresco como la brisa marina. ¡Qué maravilla! Había dormido durante toda la noche (¿Habían llamado Cal y los muchachos suavemente a su puerta y se habían marchado sonriendo y encogiéndose de hombros?) y ahora se despertaba una hora o así antes del amanecer, justo cuando comenzaba el largo crepúsculo astronómico, simplemente porque se había ido a dormir demasiado temprano. ¿Había dormido Byers también? Lo dudaba, incluso con sus esbeltos y decadentes somníferos.

Pero entonces advirtió que la luz de la luna todavía fluía igual que lo hacía antes de que se quedara dormido, demostrando que sólo lo había hecho durante una hora o menos.

Su piel se estremeció un poco, y los músculos de sus piernas se tensaron, todo su cuerpo se aceleró como anticipando... no sabía qué.

Sintió un contacto paralizante en la nuca. Entonces las estrechas y punzantes enredaderas (eso parecía, aunque ahora eran menos), se movieron con un leve rumor a través de sus cabellos erizados pasando junto a su oreja hasta su mejilla derecha y su mandíbula. Surgían de la pared... no... no eran enredaderas, sino los dedos de la estrecha mano derecha de su Amante del Erudito, que se había enderezado desnuda junto a él, una forma alta y pálida, sin rasgos, en medio de la penumbra. Tenía una cara estrecha, aristocráticamente pequeña, (¿cabellos negros?), un cuello negro, hombros anchos e imperiales, una cintura estrecha y elegante, caderas esbeltas, y piernas muy muy largas, muy parecidas al esqueleto de metal de la torre de televisión, un Orión mucho más esbelto (con Rigel sirviendo de pie en vez de rodilla).

Los dedos de su brazo derecho, que serpenteaban alrededor del cuello de Franz, se arrastraron ahora sobre su mejilla hacia sus labios, mientras ella se volvía e inclinaba su cara hacia él. Todavía carecía de rasgos en la oscuridad, aunque en la mente de Franz surgió la pregunta de si tenía aquella intensa expresión con que la bruja Asenath (Waite)

Derby se volvía hacia su marido Edward Derby cuando estaban en la cama, con el viejo Ephraim Waite (¿Thibaut de Castries?) asomado a ella con sus ojos hipnóticos.

Ella se acercó aún más, los dedos de su mano derecha se arrastraron hacia su nariz y su ojo, mientras su mano izquierda surgía en la oscuridad y se acercaba serpenteando al rostro de Franz. Todos sus movimientos eran elegantes y hermosos.

Sacudiéndose violentamente, Franz alzó su mano izquierda protectoramente y con un empujón de la mano derecha y de sus piernas contra el colchón, se lanzó contra la mesa de café, derribándola junto con todas sus cosas (los vasos y la botella y los binoculares), que cayeron ruidosamente con él al suelo, donde (tras haber girado por completo), quedó tendido al borde de la mancha de luz, a excepción de su cabeza, que quedaba en la sombra situada entre aquel sitio y la puerta. Al volverse, su cara rozó el gran cenicero repleto y la botella de kirschwasser y captó vaharadas de apesoso tabaco y del punzante y amargo alcohol. Sintió las duras formas de las piezas de ajedrez bajo él. Miró a la cama de la que había saltado y durante un momento sólo vio oscuridad.

Entonces se alzó, aunque no muy alto, la forma larga y pálida de su Amante del Erudito. Ella pareció mirar a su alrededor como una mangosta o una comadreja, la cabeza oscilando sobre el fino cuello. Entonces, con un roce seco y enervante, ella se acercó a él, agitándose y rebulléndose, cruzando la mesa y todos sus materiales dispersos y desordenados, sus manos de largos dedos extendidos por delante de sus brazos delgados y pálidos. Mientras Franz intentaba ponerse en pie, los dedos se cerraron sobre su hombro y su costado con una terrible tenaza y en su mente destelló al instante el recuerdo de un verso: Los fantasmas somos nosotros, pero con esqueletos de acero.

Con un estallido de fuerza surgido de su terror, Pranz se liberó de la trampa de aquellas manos. Pero le habían impedido levantarse, con el resultado de que sólo se había alzado sobre la mancha de luz y ahora yacía de espaldas, agitándose y sacudiéndose, la cabeza todavía en las sombras.

Papeles, piezas de ajedrez y el contenido del cenicero se dispersaron y revolotearon. Un vaso se quebró cuando lo aplastó con el pie. El teléfono volcado empezó a hacer «bip» como un ratón furioso y pedante, en alguna calle cercana una sirena aulló como si estuvieran torturando a un perro, hubo un gran ruido como en su sueño (los papeles revoloteaban en fragmentos cerca de la puerta) y por encima de todo sonaban gritos roncros y entrecortados, producidos por el propio Franz.

Su Amante del Erudito se acercó retorciéndose y estirando los brazos hacia la luz de la luna. Tenía todavía la cara en sombras pero él pudo ver que su cuerpo fino y de anchos hombros estaba aparentemente formado sólo de trozos de papel apretujado, motas marrón claro y amarillentas por la edad, como compuesto por las páginas masticadas de todas las revistas y libros que la habían formado sobre la cama, mientras que alrededor de su espalda y de su cara en sombras caía una cascada de pelo negro (¿las cubiertas negras arrancadas a los libros?). Sus delgados miembros parecían estar hechos de papel marrón retorcido y trenzado. Ella se lanzó con terrible rapidez hacia él y lo rodeó con sus brazos, apresándolo. Sus largas piernas se entremezclaron con las suyas. A pesar de todos sus esfuerzos y convulsiones, completamente aturdido por sus gritos, Franz jadeó y gimió.

Entonces ella torció la cabeza, de forma que la luz de la luna le iluminó el rostro. Era estrecho y estirado, con la forma de un zorro o una comadreja, hecho igual que el resto de su cuerpo de papel apretujado y prensado, pero superpuesto en esta parte con motas blancas (¿el papel de arroz?) o salpicado con irregulares manchas negras (¿la tinta de Thibaut?). No tenía ojos, aunque parecía mirar a su cerebro y su corazón. No tenía nariz (¿Era esto la Desnarigada?). No tenía boca... pero entonces la larga barbilla empezó a retorcerse y alzarse como el hocico de una bestia y Franz vio que estaba abierta al fondo.

Advirtió que esto era lo que había bajo las túnicas sueltas y los velos negros de la Mujer Misteriosa de De Castries, la que le había seguido hasta la tumba, llena de

intelectualidad, toda de papel (¡una verdadera Amante del Erudito!), la Reina de la Noche, la que acechaba en la cima, la cosa que incluso Thibaut de Castries temía, Nuestra Señora de las Tinieblas.

Las trenzas de los brazos y piernas se retorcieron y se tensaron a su alrededor, y la cara, al volver de nuevo a las sombras, se movió en silencio hacia la suya, y todo lo que Franz pudo hacer fue apartarla y retroceder.

Pensó en un destello en la desaparición de las revistas pulp y advirtió que ellas, rotas y reducidas a trocitos, debían de haber sido la materia prima para la figura marrón claro que había visto en la ventana desde Corona Heights.

En el negro techo, sobre el goteante hocico de negros cabellos, vio un pequeño parche de suaves y espectrales colores fantasmagóricos: el espectro de la luz de la luna proyectado por uno de sus prismas, que yacía en el suelo.

La cara dura, seca y áspera presionó contra la suya, bloqueando su boca, aplastando su nariz; el hocico se clavó en su cuello. Franz sintió un peso enorme e incalculable sobre él (¡La torre de televisión y la Transamérica! ¿Y las estrellas?). Y llenando su boca y su nariz, el polvo reseco y amargo de Thibaut de Castries.

En ese instante la habitación se llenó de una luz blanca y brillante y, como si le inyectaran un estimulante instantáneo, Franz pudo apartar la cara del horror rugoso y torcer los hombros.

La puerta estaba completamente abierta, la llave todavía en la cerradura, y Cal se hallaba de pie en el umbral, la espalda contra el marco, un dedo de su mano derecha en el interruptor de la luz.

Jadeaba, como si hubiera corrido con fuerza. Todavía llevaba el vestido blanco de su concierto y sobre éste una chaqueta de terciopelo negro abierta. Contemplaba la escena con una expresión de horror incrédulo. Entonces su dedo se retiró del interruptor y todo su cuerpo se deslizó lentamente hacia abajo, doblándose sólo por las rodillas. Su espalda permaneció muy recta contra el marco de la puerta, sus ojos llenos de horror no parpadearon ni una sola vez. Entonces, cuando terminó de agacharse, sus ojos se abrieron aún más llenos de justa furia, como una doctora bruja, echó la barbilla hacia adelante y adoptó su expresión profesional más desagradable, y con una voz ronca que Franz no le había oído nunca, dijo:

—¡En nombre de Bach, Mozart y Beethoven, de Pitágoras, Newton y Einstein, por Bertrand Russell, William James, y Eustace Hayden, márchate! ¡Fuerzas y formas desordenadas e inarmónicas, marchaos de inmediato!

Mientras hablaba, los papeles alrededor de Franz (ahora pudo ver que estaban arrugados) se alzaron crujiendo, y la tenaza sobre sus brazos y piernas se aflojó, de manera que pudo arrastrarse hacia Cal mientras retorció violentamente sus miembros medio liberados. A la mitad de su excéntrico exorcismo, los pálidos fragmentos empezaron a girar violentamente y de repente se multiplicaron en número. Todo lo que contenía a Franz desapareció de pronto, y al final se encontró arrastrándose hacia Cal en medio de una densa nevada de papel.

Los innumerables trozos se desplomaron en el suelo. Franz apoyó la cabeza en el regazo de Cal, que ahora estaba sentada erecta en la puerta, medio dentro medio fuera, y se quedó allí jadeando, una mano agarrada a su cintura, la otra extendida hacia el pasillo, como para marcar en la alfombra el punto más lejano de su avance. Sintió en la mejilla el reconfortante contacto de los dedos de Cal, mientras que su otra mano apartaba ausente fragmentos de papel de su chaqueta.

Era la voz de Gun, con urgencia. Luego Franz escuchó a Saul.

—¿Qué demonios le ha pasado a esta habitación?

—¡Dios mío, parece como si hubieran metido toda la biblioteca en una trituradora!

Todo lo que Franz pudo ver fueron los zapatos y las piernas. Qué extraño. Había un tercer par, pantalones de pana marrones y zapatos gastados, bastante pequeños; por supuesto, Fernando.

Por todo el pasillo se fueron abriendo puertas y asomando cabezas. Las puertas del ascensor se abrieron y Dorotea y Bonita llegaron corriendo, con los rostros ansiosos. Pero Franz se encontró mirando, porque realmente le aturdiría, un puñado de cartones polvorientos y arrugados apilados a lo largo de la pared situada frente al trastero, acompañados de tres viejos trajes y un cofre pequeño.

Saul se había arrodillado junto a él y examinaba profesionalmente su muñeca y su pecho; le echó hacia atrás los párpados para comprobar las pupilas, pero no dijo nada. Luego miró tranquilizador a Cal.

Franz consiguió ofrecer una mirada inquisitivo. Saul le sonrió para reconfortarle.

—¿Sabes, Franz? Cal salió de ese concierto como un murciélago escapado del infierno. Saludó con los otros solistas y esperó a que el director de la orquesta aceptara sus aplausos, pero entonces agarró el abrigo, que se había llevado al escenario durante el segundo intermedio y esperaba en su asiento (yo le había dado tu mensaje) y se marchó pasando directamente entre el público. Y tú creías que habías ofendido a la gente al marcharte de ese modo. ¡Créeme, no fue nada comparado con la forma en que los trató ella! Para cuando volvimos a verla, estaba parando un taxi en la calle. Si hubiéramos sido un poco más lentos, nos habría dejado tirados. Sólo nos dio tiempo de montarnos con ella.

»Y luego volvió a adelantarse, mientras nosotros pensábamos que el otro iba a pagarle al taxista, pero el hombre nos gritó y tuvimos que volvernos —Gun se quitó del hombro algunos fragmentos de papel, como temeroso de molestarles—. Cuando entramos, ella ya había subido la escalera. Para cuando llegó el ascensor, ya estaba aquí. Dime, Franz —señaló—. ¿Quién ha pintado esa estrella con tiza en la pared?

Tras la pregunta, Franz vio los zapatitos marrones avanzar con decisión, apartando la tormenta de papel. Una vez más Fernando golpeó la pared sobre la cama, como para llamar la atención, y se volvió y dijo con autoridad:

—¡Hay hechicería oculta en las murallas!

Franz tradujo, como un niño que intenta demostrar que no está enfermo. Cal le acarició los labios, reprochándose: tenía que descansar.

Fernando alzó un dedo, como para anunciar que iba a demostrar lo que había dicho, y se dio la vuelta, pasando con cuidado junto a Cal y Franz en la puerta. Se dirigió rápidamente pasillo abajo hasta detenerse delante de la puerta del trastero y entonces se volvió. Gun, que le había seguido, se detuvo también.

El oscuro peruano señaló dos veces desde la puerta cerrada a las cajas apiladas y luego dio un par de pasos de puntillas, encogido, indicando que él las había movido, en silencio, y sacó un gran destornillador de su bolsillo y lo metió en el agujero donde estaba el pomo retorciéndolo hasta abrir la puerta. Luego, con un movimiento perentorio del destornillador, entró.

Gun le siguió y se asomó. Informó a Franz y a Cal.

—Ha vaciado toda la habitación. Dios mío, cuánto polvo. Vaya, incluso tiene una ventanita. Ahora Fernando está arrodillado junto a la pared que forma el otro lado de la que ha golpeado antes. Hay una pequeña alacena en ella. Tiene una puerta. ¿Fusibles? ¿Material de limpieza? ¿Desagües? No lo sé. Ahora está utilizando el destornillador para abrirla. ¡Vaya, que me aspen!



Retrocedió para dejar salir a Fernando, que sonreía triunfal y llevaba ante su pecho un libro gris bastante grande y delgado. Se arrodilló junto a Franz y se lo tendió, abriéndolo dramáticamente. Hubo una vaharada de polvo.

Las dos páginas abiertas al azar estaban cubiertas de arriba abajo, con líneas ininterrumpidas de negros signos astronómicos y astrológicos y otros símbolos crípticos.

Franz extendió la mano, tembloroso, y luego la retiró bruscamente, como si temiera quemarse.

Reconoció la letra que había escrito la maldición.

Tenía que ser el Libro-Cincuenta, el Gran Cifrador mencionado en Megapolisomancia y en el diario de Smith (B), el libro que Smith había visto una vez y que era un ingrediente esencial (A) de la maldición y que Thibaut de Castries había ocultado hacía casi cuarenta años para que hiciera su trabajo en el fulcro (0) de (Franz se estremeció al mirar el número de su puerta) 607 Rhodes.

30

Al día siguiente, ante la insistencia de Franz, Gun quemó el Gran Cifrador, pero sólo después de que Saul y él decidieran microfilmarlo. Desde entonces lo ha analizado varias veces con sus ordenadores y ha dejado que varios semánticos y lingüistas lo estudien, sin lograr el más mínimo progreso para desentrañar el código, si es que hay uno. Recientemente, dijo a los demás:

—Parece como si Thibaut de Castries hubiera creado ese fuego fatuo matemático, un conjunto de números completamente aleatorio.

Resultó que había exactamente cincuenta símbolos. Cal señaló que cincuenta era el número total de caras de los cinco sólidos pitagóricos o platónicos. Pero cuando le preguntaron adónde llevaba aquello, sólo pudo encogerse de hombros.

Al principio, Gun y Saul no pudieron dejar de preguntarse si Franz no había destrozado todos sus libros y papeles en una especie de arrebató psicótico. Pero concluyeron que eso habría sido una tarea imposible, al menos en tan poco tiempo.

—Todo estaba hecho trizas, como si fuera estopa.

Gun guardó algunas muestras del extraño confeti, «fragmentos irregulares, de unos tres milímetros de anchura por término medio», nada que pudiera hacer una máquina destructora de documentos, por avanzada que fuese (y eso pareció zanjar la sospechas de que la máquina de Gun, o alguna otra supermáquina italiana, pudieran haber formado parte de algún modo en el asunto).

Gun también desmontó los binoculares de Franz (tras llamar a su amigo óptico, que entre otras cosas había investigado y desmitificado a conciencia el famoso Cráneo de Cristal), pero no descubrieron ningún posible truco. La única circunstancia notable fue la manera en que los prismas y lentes habían sido aplastados.

«¿Más estopa?»

Gun encontró un fallo en la detallada narración que dio Franz cuando se recuperó lo suficiente:

—No se pueden ver colores espectrales con la luz de la luna. Las formas cónicas de la retina no son tan sensibles.

—La mayoría de la gente ni siquiera puede ver el destello verde del sol poniente —replicó Franz con algo de brusquedad—. Sin embargo a veces está presente.

—Hay que creer que hay algo de sentido en todo lo que dicen los locos —fue el comentario de Saul.

—¿Locos?

—Todos nosotros.

Gun y él todavía viven en el 811 de Geary. No han encontrado nuevos fenómenos paramentales..., al menos no todavía.

Los Luque están aún allí. Dorotea mantiene en secreto la existencia de los trasteros, especialmente al propietario:

—Si lo supiera, querría alquilarlos.

La historia de Femando, según fue interpretada por fin entre Dorotea y Cal, fue sencillamente que había advertido la pequeña alacena en el trastero mientras ordenaba las cajas para hacer espacio y que eso le llamó la atención (¡Misterioso!), así que cuando el «señor Juestón» se vio aterrorizado, lo recordó y siguió una corazonada. La alacena, por las manchas del fondo, había contenido antaño abrillantador para muebles, metales y zapatos, pero durante casi cuarenta años sólo había ocultado el Libro-Cincuenta.

Los tres Luque y los demás (nueve en total con las acompañantes de Gun y Saul, el número adecuado para una fiesta romana clásica, según observó Franz) fueron finalmente de excursión a Corona Heights. Ingrid, la acompañante de Gunnar, era alta y rubia, igual que él, y trabajaba en la Agencia de Protección del Medio Ambiente, y fingió sentirse muy impresionada por el Museo juvenil. Mientras que Joey, la amiga de Saul, era una pelirroja dietista con conexiones en la comunidad teatral. Las colinas parecían muy distintas ahora que las lluvias de invierno las habían vuelto verdes. Sin embargo, encontraron algunos sombríos recordatorios de un período más oscuro: se toparon con las niñitas del San Bernardo. Franz se puso pálido, pero se recuperó rápidamente. Bonita jugó con ellas un rato, fingiendo que era divertido. Al final lo pasaron bien, pero nadie se sentó en el Asiento del Obispo o buscó debajo los signos de un antiguo internamiento.

—A veces creo que la advertencia de no mover los viejos huesos está en la raíz de todo lo para... sobrenatural —observó después Franz.

Intentó volver a ponerse en contacto con Jaime Byers, pero ni las llamadas telefónicas ni las cartas recibieron contestación.

Más tarde se enteró de que el adinerado poeta y ensayista, acompañado por Fa Lo Suae (y al parecer también por Shirl Somaes), había emprendido una larga vuelta al mundo.

—Alguien lo hace siempre al final de las historias de terror sobrenatural —comentó amargamente, con humor algo forzado—. El perro de los Baskerville y todo eso. Me gustaría saber quiénes fueron sus fuentes aparte de Klaas y Ricker. Pero tal vez lo mejor sea que no lo averigüe.

Cal y él comparten ahora un apartamento cerca de Nob Hill. Aunque no se han casado, Franz jura que nunca volverá a vivir solo. Nunca volvió a dormir otra noche en la habitación 607.

En cuanto a lo que Cal vio y oyó (e hizo) aquella noche, declara:

—Cuando llegué a la tercera planta oí que Franz empezaba a gritar. Saqué su llave. Todos aquellos trozos de papel lo rodeaban como si fueran un remolino. Pero en el centro lo agarraban y componían una especie de duro pilar con una cima desagradable. Así que dije, imitando a mi padre, las primeras cosas que se me vinieron a la cabeza. El pilar cayó como una piñata mexicana y se convirtió en parte de la tormenta de papel, que se posó muy rápidamente, como copos de nieve en la luna. Tenía varias pulgadas de grosor.

En cuanto Saul me transmitió el mensaje de Franz, supe que tenía que acudir tan rápidamente como fuera posible, pero sólo después de que tocáramos el Brandeburgo.

Franz cree que la Quinta de Brandeburgo le salvó de algún modo, junto con la rápida acción de Cal, pero hasta el momento no tiene ninguna teoría. A ese respecto, Cal tan sólo dice:

Creo que es una suerte que Bach tuviera una mente matemática y que Pitágoras fuera musical.

Una vez que se encontraba de humor, especuló:

—Los talentos atribuidos a la joven amante polaca del padre de De Castries (¿y a su dama misteriosa?) corresponderían exactamente con los de un ser hecho por completo de fragmentos de libros de ocultismo en muchas lenguas: un sorprendente dominio de los idiomas, conocimiento sin medida de extrañas y profundas habilidades como secretaria, tendencia a disolverse como una muñeca explosiva, un velo negro moteado y todo lo característico de un despiadado animal nocturno, aunque con una sabiduría que se remonta a Egipto, una experta en erotismo (realmente me siento un poco celosa), gran dominio de la cultura y el arte...

—¡Y una fuerza muy grande! —cortó Franz con un escalofrío.

Pero Cal continuó, un poco maliciosamente:

—Y luego la forma en que la acariciaste de la cabeza a los pies y le hablaste amorosamente antes de quedarte dormido... ¡no me extraña que se excitara!

—Siempre supe que nos encontraríamos algún día —él intentó hacerlo pasar por un chiste, pero su mano tembló un poco al encender un cigarrillo.

Durante una temporada, Franz tuvo mucho cuidado de no volver a dejar un libro o una revista sobre la cama. Pero el otro día Cal encontró tres en fila, en el lado más cercano a la pared. No las tocó, pero se lo dijo a él.

—No sé si podría repelerlo de nuevo —dijo—. Así que ten cuidado. Todo es muy incierto.

**FIN**